

Huellas de Esperanza, Estudiantes y Memorias del Paro de 2018 en Popayán



María Camila Hernández Duque

Universidad del Cauca

Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación

Maestría en Educación Popular

Popayán

2025

Huellas De Esperanza, Estudiantes Y Memorias Del Paro De 2018 En Popayán

Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Educación Popular

Línea de investigación – Sistematización de Experiencias

María Camila Hernández Duque

Directora

Mg. Fulvia Salazar Gómez

Universidad del Cauca

Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación

Maestría en Educación Popular

Popayán

2025

Nota de aceptación

Asesora: _____

Mg. Fulvia Salazar Gómez

Jurado 1: _____

Mg. Nidia Esperanza Méndez Palechor

Jurado 2: _____

Dr. Robert Alfredo Euscategui

Lugar y fecha de sustentación: Popayán 15 de diciembre de 2025

Índice de contenido

1	Introducción	13
2	Comprendiendo la Realidad del Contexto.....	15
2.1	Contextualizando la Problemática.....	15
2.2	Una Mirada a la Trayectoria de la Movilización Estudiantil.....	19
2.3	¿Qué Estaba Pasando en 2018?.....	23
3	Objetivos.....	24
3.1	General:.....	24
3.2	Específicos:	24
4	Dando Soporte a las Categorías de Investigación.....	25
4.1	Antecedentes.....	25
4.1.1	Manifiesto de Liminar Federación Universitaria de Córdoba – 1918	26
4.1.2	Movimiento Estudiantil Ecuatoriano 1969-1969	32
4.1.3	Movilizaciones Estudiantiles Claves en Colombia.....	33
4.2	Marco legal de sustentación	51
4.2.1	La Protesta como Derecho Constitucional	52
4.2.2	La Represión y Los Límites del Uso de la Fuerza	52
4.2.3	Educación, Dignidad y Justicia Social.....	53
4.3	Categorías	53
4.3.1	La Educación Pública y la Universidad	53
4.3.2	Políticas Públicas.....	55
4.3.3	Papel de los Estudiantes y la Comunidad Educativa en las Movilizaciones ...	57
4.3.4	Educación Popular.....	58

4.3.5	Sistematización.....	60
5	Ruta Metodológica.....	62
5.1	Sistematización de la Experiencia.....	62
5.2	Investigación Cualitativa	65
5.3	Los Actores de la Experiencia.....	66
5.4	Técnicas de Recolección de Información.....	68
5.4.1	Revisión documental.....	68
5.4.2	Observación	69
5.4.3	Entrevistas.....	70
5.4.4	Grupo Focal.....	71
5.4.5	Registro Fotográfico: Evidencia que Permite Reconstruir	72
6	Capítulo de Resultados.....	74
6.1	Reconstruyendo el Proceso Vivido por los Estudiantes de Unicauca Durante el Paro de 2018.....	74
6.2	La Historia Desde las Voces de sus Actores.....	86
	Pregunta número 1	86
	¿Qué estaba pasando en tu vida en 2018? (¿semestre, de qué carrera, a qué te dedicabas, de dónde provenías, hacías parte de alguna comunidad u organización?)	86
	Pregunta número 2	88
	¿Cuál fue tu rol dentro del paro nacional estudiantil del 2018?	88
	Pregunta numero 3	89
	¿Cuáles son los principales aprendizajes que dejó el paro de 2018?	89
	Pregunta numero 4	91

Cuéntame una anécdota o vivencia que te haya marcado dentro del paro 2018.	91
Pregunta numero 5	93
¿Desde tu perspectiva cómo evalúas el paro y tu accionar hoy en día? ¿Lo repetirías?	93
6.3 Análisis e Interpretación de la Experiencia Casos Puntuales de cómo se Vivió el Momento	95
6.3.1 Otro Capítulo: Análisis de Resultados.....	99
6.4 Logros Alcanzados	101
6.4.1 La Acción Comunitaria como Defensa y Protección de la Vida.	101
6.4.2 El Arte como Grito Colectivo	106
6.4.3 Reflexión final de las fotografías:	122
7 La Violencia Estatal y la Respuesta Comunitaria	123
8 Aprendizajes para Continuar el Camino:	126
9 Referencias.....	128

Índice de Tablas

Tabla 1. Registro de Lideres Sociales Asesinados Según Cada Organización	24
Tabla 2. De Memoria Histórica	75
Tabla 3. Respuestas a la Pregunta ¿Qué Estaba Pasando en tu Vida en 2018?.....	86
Tabla 4. Respuestas a la pregunta ¿Cuál fue tu rol dentro del paro nacional estudiantil del 2018?.....	88
Tabla 5. ¿Cuáles son los Principales Aprendizajes que Dejó el Paro de 2018?.....	89
Tabla 6. Respuestas a la Pregunta Cuéntame una Anécdota o Vivencia que te Haya Marcado Dentro del Paro 2018.	91

Tabla 7. Respuesta a la pregunta ¿Desde tu perspectiva cómo evalúas el paro y tu accionar hoy en día? ¿Lo repetirías?	93
Tabla 8. Aciertos del Proceso	97
Tabla 9. Dificultades del Proceso.....	98

Índice de Ilustraciones

Ilustración 1. La Mesa Triestamentaria: El Poder de lo Colectivo	109
Ilustración 2. Mujer Rebelde.....	110
Ilustración 3. El Peso de la Represión	111
Ilustración 4. La Sangre en los Pasillos	112
Ilustración 5. El Orden Que Lanza Piedras.....	113
Ilustración 6. Esteban Canta con un Solo Ojo	114
Ilustración 7. Cuidar lo que se Ama.....	115
Ilustración 8. No Somos Vagos, Somos Historia Viva.....	116
Ilustración 9. Territorio, Raíces y Dignidad	117
Ilustración 10. La Presencia Indígena en el Paro Nacional Estudiantil de 2018.....	118
Ilustración 11. La Capucha como Símbolo de Dignidad y Defensa.....	120
Ilustración 12. Esteban Mosquera: Memoria Viva del Paro.....	121

Agradecimientos

Agradezco profundamente a mi madre, cuyo amor y fortaleza han guiado cada paso de mi vida. A mi esposo, por su compañía incondicional, su paciencia y su apoyo permanente durante este proceso de formación y creación.

A mi hija, que crece en mi vientre y ya transforma mi manera de mirar el mundo. Su presencia ha sido una luz constante en este camino, recordándome que cada esfuerzo tiene sentido cuando se piensa en las vidas que vienen. A ella le agradezco la fuerza inesperada que me ha dado, el amor que se expande y la certeza de que la lucha por una educación pública digna y humana también es una forma de preparar el mundo donde nacerá.

Dedicatoria

Dedico este trabajo a la memoria de Esteban Mosquera y Carlos Andrés Ascué “El Lobo” jóvenes asesinados violentamente y cuya ausencia sigue doliendo en la historia reciente de la universidad pública. Desde otro plano continúan siendo fuente de inspiración, pues en ellos conocí lo que significa la consecuencia, la entrega y la decisión firme de no abandonar la lucha, incluso cuando la vida misma está en juego. Ambos sembraron en mí semillas de resistencia, compañerismo y dignidad que hoy siguen germinando.

A todas y todos quienes caminaron los paros estudiantiles: a los heridos, los mutilados, las voces silenciadas y los grupos que, a pesar de la adversidad, siguen emergiendo desde uniones inesperadas. Esta dedicatoria es también para quienes sostuvieron la calle, la palabra y la esperanza en los momentos más difíciles.

Y una dedicatoria especial para el amor, quien me tomó de la mano durante la marcha de la vida y no me la ha soltado desde entonces. Nos encontramos en el paro nacional de 2018, y desde ese instante nuestras luchas, pasos y sueños se entrelazaron para siempre.

Resumen

El paro universitario de 2018 en Colombia, marcó un hito en la historia reciente de la movilización estudiantil. Este trabajo plantea una sistematización de las experiencias vividas por estudiantes de la Universidad del Cauca, durante dicho paro; no como un simple recuento cronológico, sino como una lectura crítica, política y pedagógica desde la educación popular.

Ser parte de la voz de quienes resistieron, caminaron, organizaron ollas comunitarias, cantaron, lloraron y se enfrentaron a la represión. Retoma herramientas metodológicas cualitativas, con un enfoque crítico-interpretativo, que permite triangular vivencias, documentos y registros visuales. A partir de ello, se visibilizan aprendizajes que trascienden lo académico, inscribiéndose como pedagogía de la esperanza y acción colectiva, inspirada en Paulo Freire, Marco Raúl Mejía y Raúl Zibechi. Consolidándose este documento como una apuesta por la memoria y la reivindicación de la lucha en el territorio.

Abstract

The 2018 university strike in Colombia marked a milestone in the recent history of student mobilization. This thesis proposes a systematization of the experiences lived by students of the University of Cauca during that strike, not as a mere chronological account, but as a political and pedagogical reading from the perspective of popular education. It is based on the voices of those who resisted, walked, organized community kitchens, sang, cried, and faced repression. The work draws on qualitative methodological tools, with a critical-interpretative approach, allowing the triangulation of experiences, documents, and visual records. From this, we highlight learnings that go beyond the academic, inscribed in a pedagogy of hope and collective action. Inspired by Paulo Freire, Marco Raúl Mejía, and Raúl Zibechi, this document is a commitment to memory as a territory of struggle.

Palabras clave: Movimientos Sociales, Organización estudiantil, Protesta Social, Poder Popular.

Glosario:

OCDE: Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico. Agrupa a países de altos ingresos que coordinan políticas económicas y sociales, siendo promotora de reformas estructurales en educación, generalmente en clave neoliberal.

UNESCO: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Organismo internacional que promueve el acceso equitativo a la educación, la preservación del patrimonio cultural y el fortalecimiento de las ciencias como bienes públicos.

UNICAUCA: Universidad del Cauca. Institución pública de educación superior ubicada en Popayán, epicentro de luchas estudiantiles y territoriales en el suroccidente colombiano.

UNEES: Unión Nacional de Estudiantes de la Educación Superior. Plataforma organizativa surgida durante el paro de 2018, que articuló procesos estudiantiles de carácter nacional desde una apuesta por la educación pública, crítica y transformadora.

ENEES: Encuentro Nacional de Estudiantes de la Educación Superior. Espacio de deliberación y construcción política del movimiento estudiantil colombiano, que permitió articular agendas comunes, estrategias de movilización y horizontes de lucha.

CAPUCHA: Más que una prenda, es un símbolo político de anonimato, protección y

resistencia en el contexto de la protesta social. En el paro universitario, la capucha encarnó la dignidad de quienes enfrentaron la represión estatal, resguardando su identidad ante la criminalización. Representa el derecho a resistir sin ser expuesto al castigo, a defender la vida sin entregar el rostro. En la pedagogía de la insumisión, la capucha es también un aula: desde allí se grita, se cuida y se construye conciencia colectiva.

1 Introducción

El Paro Nacional Universitario de 2018 en Colombia constituyó un hito en la historia reciente de la educación superior pública y de la movilización estudiantil en el país; la movilización hizo frente a una crisis financiera estructural acumulada durante décadas, donde miles de estudiantes, docentes y trabajadores universitarios, se articularon en un proceso de resistencia nacional, que trascendió lo reivindicativo para convertirse en una experiencia política y pedagógica, profundamente transformadora, desde lo individual a lo colectivo, marcando la vida de sus participantes, logrando unidad en las acciones y una reorganización del movimiento estudiantil universitario.

En este contexto, la Universidad del Cauca, una de las instituciones más antiguas y representativas del suroccidente colombiano, desempeñó un papel protagónico; las movilizaciones que tuvieron lugar en Popayán, lideradas por estudiantes de diversas facultades, unidos con padres de familia, docentes y administrativos, no solo visibilizaron la precarización progresiva de las universidades públicas, sino que también propiciaron espacios de encuentro, discusión y organización, que materializaron formas de educación no formal, horizontal y crítica, en tanto permitió la construcción colectiva de saberes, el fortalecimiento del pensamiento político y la formación ciudadana dentro y fuera del aula.

Este proceso, gestado desde las bases estudiantiles, puede ser interpretado como una práctica viva de pedagogía popular, en tanto implicó una construcción colectiva del saber y de la acción política; que parte de la relación dialógica que se gestó, en coherencia con los principios planteados por Paulo Freire, quien enseñó que la educación debe ser un acto de liberación, que conlleva un proceso donde se reconocen los actores sociales, quienes están en permanente transformación. Y, de hecho, así fue, por ello este ejercicio pretende analizar cómo algunos participantes de la movilización, jugaron un papel importante y fundamental para los logros alcanzados. Es así como la movilización del paro de 2018, se convirtió en un espacio de praxis educativa, donde la reflexión y el análisis

político planteaba una acción transformadora, en la cual no solo se evidenciaba el problema, si no la apropiación crítica de las circunstancias para construir alternativas de presión frente a las pretensiones del gobierno y lograr el objetivo inicial, movilizándose con acciones colectivas por el aumento al presupuesto educativo que no solo se enmarca en recursos económicos, sino en la exigencia de una educación pública de calidad, incluyente, digna y garante de derechos, entendida como un pilar fundamental para la equidad social y el desarrollo democrático del país.

En este orden de ideas, el paro no fue únicamente una interrupción del calendario académico, sino una ruptura epistémica que permitió resignificar los espacios universitarios, los vínculos entre los actores educativos y su relación con las comunidades externas. A lo largo de las semanas de protesta, surgieron experiencias como las asambleas permanentes, los campamentos pedagógicos, las cátedras populares y los actos simbólicos, que expresaron una forma alternativa de vivir la universidad: más democrática, más crítica y más conectada con las luchas históricas del pueblo colombiano.

Este ejercicio investigativo, buscó recuperar las vivencias del paro, la memoria colectiva de estudiantes, docentes, administrativos y padres de familia de la Universidad del Cauca, desde un enfoque cualitativo, con base en los principios de la pedagogía popular y a través de la sistematización de experiencias, que permita hacer una lectura crítica de este momento histórico, en la vida de la universidad.

La pregunta que guía este trabajo, se orienta hacia la comprensión de cómo la movilización estudiantil articuló dimensiones educativas, políticas y culturales, generando procesos de subjetivación, conciencia crítica y transformación social; rescatando las voces de los protagonistas, reconstruyendo el sentido de sus prácticas y reflexionando colectivamente sobre sus implicaciones. De esta manera se contribuyó a la comprensión del Paro Nacional Universitario de 2018, desde una mirada situada en Popayán, aportando a la memoria colectiva del movimiento estudiantil colombiano.

Al recuperar las voces, los sentires y las prácticas de quienes participaron, se reafirma el carácter pedagógico de la lucha social y se reconoce el potencial transformador del sujeto estudiantil como actor político, en la construcción de una sociedad más justa y democrática.

2 Comprendiendo la Realidad del Contexto

2.1 Contextualizando la Problemática

Colombia es un país marcado por profundas desigualdades socioeconómicas, donde el acceso y la permanencia a una educación de calidad varía ampliamente según el nivel económico y la ubicación geográfica de los aspirantes. La insuficiencia de recursos financieros, las deficiencias en infraestructura educativa y la limitada oferta de cupos en las universidades públicas constituyen barreras estructurales que dificultan el acceso y la permanencia de miles de jóvenes en la educación superior.

En este contexto, la interseccionalidad, es decir, la combinación de factores como la clase social, el género, la etnia y la región de origen, ha generado tensiones y divisiones en la sociedad, ampliando aún más las brechas en el acceso a la educación superior. Estas desigualdades estructurales han sido objeto de debate en múltiples escenarios, siendo una de las principales banderas de lucha en las movilizaciones estudiantiles.

Además, se debe reconocer que las políticas gubernamentales en materia de educación en Colombia, están profundamente influenciadas por consideraciones políticas y económicas, que afecta la disponibilidad de recursos y la calidad educativa. Cada cambio de gobierno y de gabinete, introduce nuevas reformas que desmejoran de manera significativa las condiciones de la educación pública, que van en contra de uno de los principios fundamentales del movimiento estudiantil, consistente en la no politización de la educación superior pública; exigiendo que las universidades reciban financiación suficiente y estable, sin depender de coyunturas políticas.

En concordancia con esto, se debe reconocer que el sistema educativo colombiano ha enfrentado y sigue enfrentando desafíos persistentes en términos de acceso, equidad y calidad. A pesar de los esfuerzos realizados por mejorar la educación en el país, persisten brechas significativas en los resultados educativos y en las oportunidades de acceso y permanencia, particularmente para los sectores más vulnerables de la sociedad. Ante esta situación, los estudiantes emergen como una fuerza clave en la sociedad colombiana, con una larga historia de participación en movimientos sociales y políticos, abordando no solo problemas relacionados con la educación, sino también cuestiones más amplias de justicia social y equidad.

En estas condiciones, el Paro Nacional Estudiantil de 2018 en Colombia, representó un momento histórico de movilización social y política, que en el ámbito educativo, recogió la falta de financiación de la educación pública, la inequidad en el acceso y permanencia, la crisis de gobernanza universitaria, entre otros aspectos; sumándose problemáticas sociales más amplias, como la desigualdad, la violencia estructural, el asesinato de líderes sociales y la precarización de derechos fundamentales en el país

El paro nacional fue protagonizado por estudiantes universitarios quienes marcaron el punto de partida de una movilización que desbordó sus fronteras, su impacto trascendió lo académico y resonó en diversos sectores de la universidad y la sociedad en general, logrando el apoyo de docentes, sindicatos, organizaciones sociales, comunidades barriales y otros actores. La movilización se convirtió en un espacio de articulación entre los sectores populares, consolidándose como un movimiento que, además de exigir mayor presupuesto para la educación y estrategias para evitar la deserción, generó espacios de reivindicación de la educación pública y de reflexión social, a la espera de una respuesta estatal integral.

La ciudad de Popayán fue uno de los epicentros del Paro Nacional Estudiantil de 2018, haciendo gala de su identidad como ciudad universitaria y de la tradición de activismo estudiantil, convirtiéndola en un punto de referencia para los estudiantes de otras

universidades de Colombia, que ven en la educación superior una herramienta efectiva de transformación social.

La Unicauca en contexto, no solo imparte conocimiento académico, sino que también es un espacio de resistencia, donde confluyen experiencias y saberes de sectores históricamente marginados; por su ubicación geográfica es un espacio estratégico, que atiende la demanda educativa del sur occidente colombiano (Nariño, Putumayo y Huila); pero además recoge en su interior la riqueza étnica y cultural de la región, fortaleciendo la diversidad e interculturalidad; consolidándose como espacio de construcción alternativa frente a la exclusión y la desigualdad.

Numerosos estudiantes se vincularon activamente en asambleas, bloqueos, marchas y ocupaciones del campus universitario, del Parque Caldas y de la ciudad; visibilizando su lucha y resistencia, logrando la integración y el apoyo colectivo de la comunidad en general. La toma de decisiones colectivas a través de mecanismos asamblearios, permitió fortalecer el movimiento y consolidar una agenda de reivindicaciones alineada con las demandas nacionales.

Uno de los factores centrales que motivó el paro, fue la inequidad en el acceso a educación pública, de calidad y las condiciones de permanencia estudiantil. Es así como la educación ha sido históricamente el único camino viable, para que sectores menos favorecidos accedan a formación universitaria. Sin embargo, las brechas socioeconómicas y regionales han limitado el acceso de miles de jóvenes a oportunidades educativas dignas.

La existencia de barreras estructurales en la calidad educativa, afectan de manera desproporcionada a comunidades rurales y a sectores de bajos ingresos; por ello fue necesario promover metodologías que reconozcan los saberes locales, que potenciaran el pensamiento crítico y generen aprendizaje significativo en contextos diversos. Además, la lucha por una educación pública de calidad debe ir de la mano con la exigencia de políticas, que cierren estas brechas y garanticen el derecho a aprender en condiciones de equidad.

Visto de esta manera, se evidencia que las universidades públicas han reproducido dinámicas de exclusión hacia diversos sectores sociales. La ausencia de políticas inclusivas, de pedagogías interculturales y del reconocimiento de saberes alternativos en los planes de estudio constituye una de las principales limitaciones para el acceso y la permanencia de comunidades étnicas, campesinas y de bajos recursos en la educación superior. Esta situación ha generado un sentimiento de exclusión y la percepción de que la universidad pública continúa respondiendo a lógicas centralistas y homogeneizadoras, ajenas a la diversidad sociocultural del país.

El déficit de financiamiento de la educación pública en Colombia ha generado graves problemas de infraestructura y calidad educativa. Para el año 2018, el sistema universitario público reportaba un déficit de 3,2 billones de pesos en gastos operativos y de 15 billones en infraestructura. Sin embargo, la crisis no se limita únicamente a la infraestructura, sino que también abarca la insuficiencia de personal docente y administrativo, la precarización laboral del profesorado, la falta de actualización curricular, la escasa inversión en investigación y tecnología, y la limitada oferta de bienestar estudiantil. En regiones como el Chocó y el Cauca, las condiciones precarias de las sedes universitarias y la falta de recursos integrales han impactado directamente la calidad del aprendizaje, generando mayores índices de deserción y bajo rendimiento académico.

En las últimas décadas, las IES públicas han enfrentado un proceso progresivo de privatización encubierta, producto de la reducción del financiamiento estatal y la imposición de modelos de autofinanciamiento. Este fenómeno ha obligado a las instituciones a depender de la venta de servicios, proyectos de investigación y alianzas público-privadas para subsistir, lo que ha limitado su capacidad de garantizar el acceso equitativo a la educación superior.

La incorporación de una lógica mercantil en la educación pública ha provocado la precarización de las condiciones laborales de los docentes y trabajadores administrativos.

Al mismo tiempo, ha dificultado el acceso de estudiantes de bajos recursos, quienes deben asumir elevados costos de matrícula, materiales y servicios complementarios, lo que convierte la educación en un privilegio más que en un derecho garantizado por el Estado. Esta problemática se constituyó en uno de los ejes centrales del paro estudiantil de 2018, durante el cual los estudiantes denunciaron el progresivo deterioro de la autonomía universitaria y la tendencia a concebir la educación como un bien de mercado, reduciéndola a un servicio sujeto a la lógica de la rentabilidad, en lugar de reconocerla como un derecho fundamental y un pilar del desarrollo social.

El Paro Nacional Estudiantil de 2018 formuló interrogantes profundos sobre el papel de la educación pública en Colombia y su potencial para impulsar procesos de transformación social. En este sentido, la reflexión puede sintetizarse en la siguiente pregunta:

¿Cómo reconstruir la lucha estudiantil unicaucana del 2018, y su incidencia en la configuración del debate político y social sobre la educación superior en Colombia?

Este estudio no solo busca comprender el paro nacional estudiantil de 2018 en sí mismo, sino también examinar su relevancia para la educación popular, su potencial para catalizar reformas educativas y su papel en el contexto político y social de Colombia. Al hacerlo, se espera contribuir al debate académico y aportar perspectivas que puedan informar la acción futura en el ámbito educativo y más allá.

2.2 Una Mirada a la Trayectoria de la Movilización Estudiantil

El movimiento estudiantil tiene una larga trayectoria de luchas por la educación pública, los derechos humanos y la democracia; las y los estudiantes han desempeñado un papel crucial en la transformación del sistema educativo y en la resistencia a políticas gubernamentales, que buscan privatizar la educación superior; además, las juventudes son el motor del movimiento social y han sido fuente de inspiración a grandes luchas, por esto,

se nombrarán algunos sucesos que fueron fuente de inspiración para los estudiantes durante el paro.

Es inevitable recordar el Manifiesto de Córdoba de 1918, un documento fundacional del movimiento estudiantil latinoamericano, donde los estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba en Argentina, alzaron su voz contra las estructuras autoritarias y excluyentes que dominaban la universidad de su época. Las demandas eran muy parecidas a las de los Unicaucanos en el 2018, autonomía universitaria, cogobierno, autonomía docente y extensión hacia los sectores populares, que fueron proclamadas en un manifiesto y que siguen resonando en las luchas actuales. Más de un siglo después, los estudiantes de la Universidad Pública, al tomar las calles y organizar espacios de discusión y acción colectiva, reactivaron estos mismos principios, exigiendo no solo mayor financiación para las universidades públicas, sino también el fortalecimiento de su carácter democrático y su compromiso social. Así, el paro y la movilización de 2018, pueden ser leídos como una continuidad histórica de esa voluntad transformadora, que, desde Córdoba hasta Popayán, ha marcado la identidad del movimiento estudiantil en la región.

Después de la fuente de inspiración que trae consigo la lucha latinoamericana y el manifiesto de Córdoba, pasamos directamente a luchas locales y nacionales como el paro de 2011, el cual se organizó en rechazo a la reforma a la Ley 30 de 1992. Esta propuesta del gobierno de Juan Manuel Santos y su ministra de Educación María Fernanda Campo, buscaba hacer un recorte a las transferencias de dinero que se enviaba a las IES públicas e introducir esquemas de autofinanciamiento, reduciendo la financiación estatal y favoreciendo la entrada de capital privado en la gestión educativa pública.

En esta movilización se dio apertura a la fuerza del movimiento estudiantil unicaucano, evidenciando a nivel nacional, su capacidad organizativa, de convocatoria y movilización; trayendo insumos esenciales que más adelante se describe en la línea del

tiempo, por cuando los líderes de dicha época, compartieron sus experiencias organizativas y de lucha con las nuevas generaciones, para fortalecer los procesos formativos y políticos al interior de la universidad. Este compartir, saberes y vivencias, no sólo consolidaron una memoria colectiva en torno a la lucha estudiantil, sino que también contribuyeron a la construcción de nuevas formas de resistencia y organización, que serían retomadas y enriquecidas en movilizaciones posteriores, como las del 2018. De este modo, el paro de 2011 marcó un momento coyuntural de protesta y sembró las bases de una tradición de lucha que sigue viva en las nuevas generaciones estudiantiles, sentando un gran precedente, ya que obligó al presidente Juan Manuel Santos a retirar su propuesta.

La Universidad del Cauca ha participado activamente en diversas jornadas de protesta a nivel nacional, consolidando su identidad como una institución con una sólida tradición de lucha estudiantil. En 2013, la comunidad universitaria se sumó a la movilización nacional convocada por la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE), exigiendo el cumplimiento de los acuerdos gubernamentales sobre la financiación de la educación superior, rechazando las reformas que buscaban profundizar la privatización del sistema universitario. Esta jornada no solo visibilizó las carencias presupuestales de las universidades públicas, sino que también fortaleció la organización estudiantil local.

Entre 2014 y 2016, se desarrollaron nuevas movilizaciones en defensa de la autonomía universitaria, especialmente ante las intervenciones estatales y la imposición de políticas, que limitaban la participación democrática en el gobierno universitario. En este periodo, también se alzó la voz contra la criminalización de la protesta estudiantil, tras varios casos de judicialización de líderes universitarios en el país. En 2017, la universidad protagonizó un paro en solidaridad con las movilizaciones campesinas e indígenas del Cauca, que demandaban garantías para la defensa de sus territorios y derechos colectivos; con lo cual, no solo expresó el compromiso histórico de la Unicauca con las luchas sociales de la región, sino que también reforzó los lazos entre la universidad y los movimientos

indígenas y campesinos, reafirmando su papel como espacio de articulación entre la academia y las resistencias populares.

Estas experiencias fortalecieron la capacidad de organización del estudiantado, permitiendo que en 2018 se lograra una de las movilizaciones más contundentes en la historia de la universidad pública, donde los estudiantes de la Universidad del Cauca, desempeñaron un papel protagónico en la organización de la protesta nacional, en defensa de la educación pública.

A través de asambleas generales, se discutieron colectivamente los impactos de la crisis financiera de la educación superior y las implicaciones de las políticas gubernamentales, generando un proceso de concienciación política al interior de la comunidad universitaria. La movilización se expresó en marchas, plantones y acciones coordinadas que articularon a diversas universidades del país, bajo la plataforma de la Unión Nacional de Estudiantes de Educación Superior (UNEES), la cual facilitó la coordinación y difusión masiva de las demandas estudiantiles a través de redes sociales y plataformas digitales.

Uno de los aspectos distintivos de esta jornada en la Unicauca, fue la participación activa de mujeres y grupos étnicos universitarios, que promovieron espacios de debate sobre la interseccionalidad de la lucha estudiantil y la necesidad de una educación superior inclusiva y diversa. Las actividades pedagógicas, como foros, debates y brigadas informativas, complementaron las acciones de protesta convirtiendo el paro en un espacio de formación política y construcción colectiva de saberes. La movilización culminó tras un acuerdo con el gobierno que contempló un incremento del presupuesto para la educación superior pública. No obstante, muchas de las demandas estructurales del movimiento permanecen sin resolverse, dejando abierta la posibilidad de nuevas luchas y movilizaciones en el futuro cercano.

2.3 ¿Qué Estaba Pasando en 2018?

El año 2018 estuvo marcado por un clima de descontento social y político en Colombia a nivel general, por mejores condiciones de vida, denunciar la corrupción y exigir la protección de los derechos humanos. Las universidades públicas enfrentaron una crisis financiera de gran magnitud, dado que las IES recibían dinero de la nación, ajustado con el IPC año tras año, según el Artículo 86 de la ley 30 de 1992, que expresa:

“Los presupuestos de las universidades nacionales, departamentales y municipales estarán constituidos por aportes del presupuesto Nacional para funcionamiento e inversión, por los aportes de los entes territoriales, por los recursos y rentas propias de cada institución”(Artículo 86 de la ley 30 de 1992), sin embargo, este recurso no era suficiente para cubrir las necesidades educativas, por ello “el déficit presupuestario de las universidades públicas era de 3,2 billones de pesos (solo para poder cumplir con el pago de docentes y gastos administrativos) y de 15 billones si se quiere mantener la calidad e infraestructura” (semana, 2018).

Simultáneamente, el país vivía una alarmante ola de violencia contra líderes sociales y defensores de derechos humanos, como bien se evidencia en el artículo “Asesinato a líderes sociales en Colombia en 2018: una estimación de la magnitud del problema” (Rozo, 2019, tabla 1) donde se hace un análisis de dicha situación, dejando al descubierto su aumento significativo en el periodo presidencial de Iván Duque.

Tabla 1. Registro de Líderes Sociales Asesinados Según Cada Organización

<i>Año</i>	<i>Indepaz</i>	<i>Somos Defensores</i>	<i>Cumbre Agraria</i>	<i>Front Line Defenders</i>	<i>OACNUDH</i>	<i>Defensoría del Pueblo</i>
2016	114	80	92	86	61	133
2017	NA	106	106	89	84	126
2018	261	164	NA	125	115	177

Nota: Fuente: De justicia (Rozo, 2019, tabla 1)

En este contexto de crisis y descontento, el movimiento estudiantil se fortaleció como una expresión de resistencia frente a las políticas gubernamentales y los silencios cómplices estatales, sobre los evidentes asesinatos. Las movilizaciones giraban en torno a la educación, pero además se exigían garantías en la protección de los derechos fundamentales como: la protección de la vida y la dignidad de las comunidades.

3 Objetivos

3.1 General:

Reconstruir críticamente la lucha estudiantil Unicaucana del 2018 y su incidencia en la configuración del debate político y social sobre la educación superior en Colombia.

3. 2 Específicos:

- Describir el proceso vivido por los estudiantes de Unicauca durante el paro de 2018
- Identificar los aportes, aciertos y dificultades del movimiento estudiantil Unicaucano durante el paro de 2018

- Valorar la incidencia de los estudiantes Unicaucanos en la defensa de la educación pública.

4 Dando Soporte a las Categorías de Investigación

4.1 Antecedentes

Los movimientos estudiantiles han dejado huella en la historia ya sea a nivel social, política y en la educación de los países; estos movimientos se han convertido en agentes de cambio y no tan sólo marchas, protestas o luchas aisladas; sino acciones conjuntas, que han sido capaces de cuestionar la estructuras y el poder, al punto de impulsar reformas, dejando un legado que perdura a través de los años, de la lucha por la educación como un derecho fundamental y no como un privilegio de unos pocos. Desde la reforma de la universidad en Córdoba en 1918 que logró abolir un modelo elitista y excluyente, hasta las movilizaciones en Colombia, donde los estudiantes han demostrado que su voz tiene la fuerza necesaria para generar caminos hacia el cambio y un mejor futuro. donde todos estos movimientos han sido la respuesta a un prolongado abandono estatal.

Cada movimiento surge en contextos y situaciones particulares, así mismo, todos comparten objetivos comunes, como la defensa de la autonomía de las universidades, exigir los recursos de financiación dignos, garantizar la libertad de pensamiento y fortalecer la democracia a nivel académico. Es una conclusión que surge analizando el trabajo realizado por diversos autores, sobre las diferentes movilizaciones que han surgido en Latinoamérica a través de la historia, encontrándose coincidencias sobre cómo decidieron oponerse a sistemas que buscan limitar el pensamiento crítico y el acceso a la educación, a pesar de la diferencias y brechas evidentes en cuanto a las realidades políticas, económicas y culturales en las que se desarrollaron.

A continuación se analizarán experiencias históricas claves, antecedentes del paro nacional de 2018, como lo es la Reforma de Córdoba de 1918, Ecuador 1969, el

movimiento estudiantil de 1971, la séptima papeleta de 1990, paro universitario de 2011 y la movilización nacional del 2018; con el fin de aprender a través de estos ejemplos, sobre los logros obtenidos, los desafíos que enfrentaron los estudiantes para organizarse, mantener la unidad y convertir esas demandas en cambios tangibles, consolidándose en hitos y respuestas ante una larga acumulación de situaciones, provocadas por un modelo de desarrollo inequitativo que ha puesto en riesgo, derechos fundamentales como la educación superior pública y de calidad.

Todo esto se orienta a identificar y reflexionar cómo, a pesar de los avances alcanzados por los movimientos estudiantiles, muchas de las causas que dieron origen a sus luchas continúan vigentes. Asimismo, busca reconocer el papel protagónico que el movimiento estudiantil sigue desempeñando como motor de transformación social y educativa, en la construcción de una educación más justa, crítica y emancipadora.

4.1.1 *Manifiesto de Liminar Federación Universitaria de Córdoba – 1918*

En junio de 1918, en la ciudad de Córdoba (Argentina), los estudiantes universitarios impulsaron un movimiento cuyo fin era la reforma educativa, en respuesta a un sistema académico autoritario, cerrado y controlado por intereses conservadores. El eje central de esta transformación fue el manifiesto Liminar, que representó la ruptura de la universidad elitista y clerical que les negaba la participación y la libertad de pensamiento a los estudiantes.

Toda esta revolución buscaba que la universidad fuese un espacio democrático, con autonomía para decidir sobre sus asuntos, gobernado entre los estudiantes y docentes, con libertad de cátedra, y una educación vinculada a las necesidades sociales de la época. El manifiesto también fue un fuerte reclamo a una estructura educativa llena de privilegios, que marginaba al pueblo del acceso al conocimiento.

Es por ello que pensar en los movimientos estudiantiles, equivale a pensar en fuerza, coraje y compromiso. El manifiesto de la juventud universitaria de Córdoba de 1918, no fue una simple queja estudiantil, esta fue una verdadera sacudida al sistema educativo de su época. Lo que estos jóvenes hicieron fue levantar la voz frente a una universidad cerrada, rígida y sujeta por intereses que poco tenían que ver con la enseñanza o el conocimiento.

El manifiesto no fue una simple queja estudiantil, fue levantar la voz frente a una institucionalidad cerrada, rígida y sujeta por intereses que poco tenían que ver con la esencia de la universidad; un fuerte reclamo a una estructura educativa llena de privilegios, que marginaba al pueblo del acceso al conocimiento; una verdadera sacudida al sistema educativo de su época, una revolución que buscó consolidar la universidad como un espacio democrático, con autonomía para decidir sobre sus asuntos, cogobernado entre docentes y estudiantes, con libertad de cátedra y una educación contextualizada.

Ante el chasquido del látigo sólo puede rubricar el silencio de los inconscientes o de los cobardes (Federación Universitaria de Córdoba, 1918). Los estudiantes no querían seguir siendo simples espectadores en el proceso de formación, buscaron el cómo opinar, decidir y ser parte activa de los cambios, exigiendo a la universidad que no fuese una institución antigua y tirana, en cambio que fuese un espacio abierto al pensamiento libre y crítico. Donde el movimiento estudiantil empieza a ir en contra de esa pedagogía opresiva que solo genera silencio sin pensamientos.

Queremos romper la complicidad del silencio (Federación Universitaria de Córdoba, 1918). Los estudiantes se rebelan contra la pasividad de quienes veían los abusos y no hacían nada, porque el silencio es también una forma de ser partícipe de la injusticia, tan solo al romperlo, los jóvenes logran reclamar sus derechos para hablar y actuar, haciendo una invitación a no callar ante lo que está mal.

Alejandra Castro docente e investigadora de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), hace una interpretación del manifiesto del liminar como un ejercicio político a través de la movilización de 1918, que logró cuestionar lo establecido, no solo en la educación, sino en toda la sociedad, al desenmascarar las formas de presión que predominaban en el ámbito universitario. Sin duda el manifiesto liminar condensa las críticas a un sistema universitario arcaico al que se ve como reflejo de un sistema político y social conservador (Castro, 2016. p.7).

Entendemos la necesidad de realizar relecturas de esa herencia, su resignificación en los contextos actuales, su traducción permanente por parte de las nuevas generaciones en el marco de los procesos sociales y políticos (Castro, 2016. p.6). La autora muestra que las luchas estudiantiles como las de Córdoba, no son un hecho del pasado, sino un legado que debe ser actualizado constantemente por las nuevas generaciones. La importancia de esas movilizaciones radica en que abrieron un espacio para pensar en la educación como un derecho y una herramienta de transformación social, y no como mercancía.

Se trata de una rebelión contra un régimen que los alumnos sienten que los embrutece, los limita, los vuelve sumisos (Castro, 2016. p.6), la rebelión universitaria que adelantaron los estudiantes no fue solo contra el poder institucional, sino también contra un modelo educativo que lo único que estaba logrando era entorpecer y volver sumisos a los estudiantes. Estos jóvenes demostraron que los movimientos estudiantiles no se tratan solo de marchas o protestas, por el contrario, se trata de ideas claras, de luchas con sentido y este manifiesto es prueba de ello y de que cuando los jóvenes se organizan han sido motores de transformación real y que la autoridad no debe imponerse por miedo, sino que debe obtenerse a través del ejemplo.

La juventud ya no pide, exige que se le reconozca el derecho a exteriorizar ese pensamiento propio de los cuerpos universitarios por medio de sus representantes (federación Universitaria de Córdoba, 1918). Como se puede evidenciar dentro del

documento que expresa “si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y de consiguiente infecunda” (Federación Universitaria de Córdoba, 1918).

Resistir la imposición de una “lengua única” que pretende hacerse pasar por obvia; inventar nuevas maneras de hablar capaces de precipitar otra vez “la obra de la libertad”, y también preservar de su extinción burocrática el anhelo de cambiar la vida y comprender el mundo (Castro, 2016, p.8), esta frase de Alejandra Castro, es una invitación fundamental a transformar a reconocer el papel que desempeña el pensamiento crítico dentro de la universidad, porque esa “lengua única” es el vivo reflejo de las estructuras a imponer un solo ideal y limitar los pensamientos, lo que puede llevar a la pérdida de la capacidad de cuestionar y generar cambios reales, que insisten a resistir en contra de la burocracia porque si no las instituciones van a correr el riesgo de volverse espacios cerrados, donde la pluralidad de ideas y la autonomía intelectual no tiene validez, por eso la labor de los movimientos estudiantiles es el de preservar el “anhelo de cambiar la vida y comprender el mundo” mediante la preservación de la función social y emancipadora del conocimiento, lo que hace del movimiento un actor indispensable para el futuro de la educación y la sociedad.

Esta reforma Universitaria que inició en Argentina, se expandió rápidamente por América Latina, influyendo en la transformación de muchas instituciones de educación superior; inauguró una nueva concepción de lo que debe ser una Universidad: crítica, autónoma, comprometida con la realidad de la sociedad y accesible a todos. Al respecto, María Margarita Galindo, escritora y académica boliviana, considera que el manifiesto es una declaración trascendental que desbordó el ámbito universitario, que se convirtió en una auténtica transformación política, social y cultural para Latinoamérica, convirtiéndose en un grito de emancipación que promueve una nueva visión del conocimiento, la autoridad y la justicia, mediante un acto de resistencia juvenil frente al orden establecido.

La importancia del manifiesto radica, en su capacidad para visibilizar el vínculo entre el atraso universitario y el estancamiento social. No solo tratándose de una crítica meramente institucional, sino una denuncia que se conecta directamente con la realidad de los pueblos de Latinoamérica. La universidad era utilizada tan sólo para abusar del poder, y no para su verdadero fin, que es producir conocimiento y dar a los países, profesionales que aporten desarrollo científico y tecnológico. La universidad argentina para ese entonces era el reflejo fiel de la sociedad, la cual estaba oprimida, sin libertad, sin pensamiento propio, pasividad extrema (Galindo Gómez, 2016, párr. 6).

Jóvenes de Argentina despertaron y elevaron su voz de protesta, cansados de la ausencia del verdadero quehacer universitario (Galindo Gómez, 2016, párr. 7). En lo que compete a las movilizaciones estudiantiles, reconoce el papel protagónico de estas, como fuerza transformadora. Los estudiantes no solo resistieron al poder predominante de la época, sino que cuestionaron la raíz misma de la estructura universitaria, alzando la voz colectiva contra el autoritarismo, la ignorancia y la ausencia del pensamiento crítico. Donde el hecho más destacado fue que lo hicieron sin violencia, apelando al debate y al poder de la palabra.

El impacto en Latinoamérica fue significativo. Porque este documento no solo tuvo alcance en Argentina, sino que sembró una semilla de conciencia regional, estimulando procesos similares en varios países. Sin embargo, la autora lamenta que muchos de los problemas denunciados sigan vigentes, como lo sostiene en el caso de Venezuela, las universidades nacionales han entrado en una etapa de deterioro de sus servicios (Galindo Gómez, 2016, párr. 9). Que a pesar de todo este movimiento revolucionario que se formó, vemos como las universidades públicas en Venezuela, a raíz de su precaria situación estructural y económica, llevó al punto de que muchos docentes a pesar de estar bien preparados tomaran la difícil decisión de emigrar a otros países para poder vivir mejor, dejando a las universidades sin el personal idóneo necesario para sacar adelante el país, lo

cual es un problema serio, porque ante la ausencia de buenos profesionales, los países no pueden mejorar ni avanzar.

En estas condiciones, se contempla el nacimiento de una verdadera revolución que ha de agrupar bien pronto bajo su bandera a todos los hombres libres del continente (Galindo Gómez, 2016, párr. 13) (federación Universitaria de Córdoba, 1918), Es claro el mensaje que deseaban transmitir acerca del inicio de una revolución educativa y cultural de gran alcance y una expresión de esperanza y acción colectiva, que evidencia cómo la juventud argentina entendió que la universidad debía dejar de ser un brazo ejecutor de tiranía y el abuso de poder (Galindo Gómez, 2016, párr. 7), logrando transformarla en una revolución universitaria ética, cultural y pacífica, que aún invita a los estudiantes a comprometerse a realizar las acciones pertinentes para las transformaciones necesarias de cada país.

Por último, se puede evidenciar cómo la autora da a entender que a pesar de los grandes logros que se obtuvieron gracias a este manifiesto, más allá de sus efectos inmediatos, este documento simbolizó el despertar del movimiento estudiantil en Latinoamérica, la verdadera revolución aún sigue pendiente, aún está pendiente y sentó las bases para la lucha por la educación como derecho y medio de transformación social, pero la verdadera reforma universitaria aún está pendiente. Un gran logro en nuestra sociedad sería que este manifiesto dejará de tener la vigencia que hoy tiene en nuestras naciones (Galindo Gómez, 2016, párr. 15), porque el manifiesto debe dejar de ser un texto vigente y transformarse en un legado ya superado. Aunque aún se evidencia la permanencia de los mismos males que se denunciaron hace más de 100 años persisten, no perdemos la esperanza de que un día ya no haga falta referirse a este manifiesto, que representará el verdadero progreso de las Universidades.

4.1.2 Movimiento Estudiantil Ecuatoriano 1969-1969

El movimiento estudiantil ecuatoriano se encontraba en una intensa actividad política en el año de 1968, que se vio marcado por un giro a nivel internacional, en el XXII Congreso de FEUE, se resuelve romper relaciones con la que en aquel momento se ha constituido en cómplice, encubridora y propiciadora de la política imperialista, hasta que rectifique su claudicante línea política (Tamayo Verdezoto, 2017, p.42), con esto lo que se buscaba era mantener independencia ideológica y una línea antiimperialista y para esto fue afortunado que todo este proceso fue de la mano con el desarrollo de la conciencia política de los obreros y campesinos, que han iniciado su ascenso en la lucha por reivindicaciones más altas; exige que el estudiante universitario se despoje de sus trabas personalistas y profesionalizantes y se ponga a tono con el proceso revolucionario actual (Tamayo Verdezoto, 2017, p.44), los estudiantes dejaron a un lado posturas que tenían centradas solo en intereses individuales como los son un título profesional o un ascenso en la vida profesional, con el fin de que ellos asumirán un compromiso real enfocado en un cambio social, donde la universidad no podía mantenerse aislada de los conflictos sociales y políticos del país, donde la formación educativa debía ir acompañada de una participación consciente y solidaria con las luchas populares .

El escenario político nacional cambió drásticamente con la elección por quinta vez, de José María Velasco Ibarra en el año de 1968, en medio de un contexto de crisis económica y debilidad institucional. Este gobierno pronto adoptó políticas represivas en contra de los movimientos sociales en Ecuador. Para el año de 1969, la crisis social se agudizó y el movimiento estudiantil se enfrentó a uno de sus episodios históricos más trágicos: la lucha por la eliminación de los exámenes de ingresos a las universidades públicas, que culminó el 29 de mayo con la masacre ocurrida en la universidad de Guayaquil. Mediante la utilización de fuerzas especiales de paracaidistas son asesinados 30 compañeros, son heridos 87, alrededor de un centenar son detenidos, inclusive 15

compañeras, y se les instaura información sumaria para ser sancionados, es decir que se llegó a todos los extremos en la represión (Tamayo Verdezoto, 2017, p.48).

El movimiento estudiantil fue el promotor de una reforma universitaria con compromiso social, impulsando en el primer seminario Nacional De reforma Universitaria la idea de que la universidad debía ponerse al servicio de los sectores populares, en segundo lugar desempeñaron un papel de articuladores políticos, conectando las demandas internas de la educación con causas internacionales, como se vio en el XXVI Congreso Nacional de la FEUE al exigir: El cese de todas las acciones militares de los gorilas norteamericanos y la salida de todas la tropas extranjeras del suelo vietnamita (Tamayo Verdezoto, 2017, p.46).

Pero el logro más grande del movimiento estudiantil es que contó con la participación de autoridades universitarias y estatales, provocó ante esto las federaciones en homenaje póstumo a los mártires caídos, designan el 29 de mayo como el Día del Estudiante Ecuatoriano (Tamayo Verdezoto, 2017, p.48), que pese al clima de violencia que reinaba en el país, el movimiento estudiantil continuó exigiendo una educación más democrática y fortaleció su identidad de lucha, uniéndose a la clase obrera y campesina de Ecuador, en síntesis, el paro de 1969 sport un legado de memoria, cohesión y resistencia, que sirvió como referencia para la luchas posteriores del movimiento estudiantil Ecuatoriano.

4.1.3 Movilizaciones Estudiantiles Claves en Colombia

4.1.3.1 Movimiento Estudiantil de 1971.

Este movimiento estudiantil marca un punto clave en la historia de Colombia, tanto a nivel educativo como político, sus inicios fueron las protestas en contra de la falta de democracia internas de las universidades, porque se encontraban permeadas por la iglesia y el sector privado, para luego trascender a un paro de carácter nacional que bajo el estandarte de un programa político, con propuestas concretas de reforma, logró unificar a

los estudiantes universitarios en la solicitud de una universidad autónoma, crítica y al servicio del pueblo.

El problema de la universidad se concibió a través de los lentes de la teoría de la dependencia, como privatización e intervención imperialista (Cruz Rodríguez, 2017, p.165), donde los estudiantes tenían el concepto de que el gobierno estaba permitiendo que otros países, ejercieran el control sobre el rumbo de las universidades de Colombia, lo que representaba una clara amenaza en la independencia y autonomía de las universidades. Es ahí cuando Edwin Cruz Rodríguez considera que, las discusiones más importantes se abocaron a definir la identidad de los estudiantes, en función de la tarea revolucionaria (Cruz Rodríguez, 2017, p.165), algunos estudiantes pensaban que era necesario realizar estos cambios desde la universidad y otros que creían que solo se lograría cuando el sistema político cambiará, pero entienden que el verdadero cambio se da, cuando ellos no se ven tan solo como simples estudiantes, sino como actores políticos capaces de generar cambios trascendentales en la sociedad.

La respuesta que recibieron los estudiantes por parte del Estado fue represiva, los enfrentamientos dejaron un saldo de más de 20 muertos (Pardo & Urrego, 2003, párr.1), dentro de las medidas implantaron toques de queda en diferentes ciudades del país, para infundir miedo dentro de la comunidad académica o que promovieron estas actividades; amenazando con penas de 30 a 180 días de arresto a las personas que desobedecieran la ley (Pardo & Urrego, 2003, párr.2). Los estudiantes universitarios hicieron caso omiso y como respuesta a esta opresión, realizaron diferentes manifestaciones en la ciudad de Bogotá, Medellín, Cali, Armenia y Popayán.

A partir de este momento se iniciaron una serie de tomas de las instituciones que se repitieron en los meses siguientes (Pardo & Urrego, 2003, párr.3). Donde se destaca la realización de asambleas con el fin de decretar el paro, bloqueo a nivel administrativo y la expulsión de rector de la universidad Nacional, pidiendo a gritos una reestructuración de la universidad, donde la presión que ejerció el estudiantado hizo que el Ministro de Defensa,

señalará a los estudiante de entorpecer la realización de los juegos Panamericanos y el secuestro de los extranjeros que vendrían a competir (Pardo & Urrego, 2003, párr.4), situación que era totalmente falsa y que fue una evidente jugada sucia por parte del gobierno, con el fin de que al realizar estas acusaciones pudiesen justificar las medidas arbitrarias que estaban tomando en contra del movimiento estudiantil.

un hecho fundamental del movimiento de 1971, que marca la diferencia con cualquier otra movilización de estudiantes del siglo XX, fue la elaboración del Programa Mínimo del movimiento Nacional estudiantil (Pardo & Urrego, 2003, párr.5), convirtiéndose en uno de los logros más importantes del movimiento estudiantil colombiano, ya que a través de este documento, los estudiantes logran sintetizar las demandas más urgentes que tenían en este momento la educación superior donde el alcance iba más allá de las aulas, cuestionando el modelo político y económico que predominaba en ese momento, el Programa propuso transformación estructural que involucraba a toda la sociedad, con un solo propósito de unificar a todos los sectores del movimiento estudiantil bajo un mismo estandarte y que sirviera como guía para futuras luchas sociales y educativas en Colombia, donde los estudiantes sean agentes de cambio social. El proyecto del movimiento estudiantil se articuló en los seis puntos del programa mínimo (Cruz Rodríguez, 2017, p.166), programa que se convirtió en una herramienta para unir a los estudiantes de todo el país, convirtiéndose en una especie de brújula que permitió que las distintas protestas de las universidades tuvieran una misma dirección sin importar que los contextos fueran diferentes, dándole coherencia a la lucha a nivel nacional, donde el Programa Mínimo no era una simple lista de exigencias técnicas, sino que reflejaba principios esenciales sobre cómo debe organizarse la universidad en una sociedad que busca mayor justicia, inclusión y soberanía.

El programa Mínimo constaba de seis puntos (Pardo & Urrego, 2003, párr.6-13):

1. Abolición de los consejos Superiores

2. Cumplimiento de la asignación del 15 por ciento, como mínimo, del presupuesto total de educación para la universidad nacional
3. conformación inmediata de una comisión (tres estudiantes, tres maestros y un representante.
4. Retiro definitivo de la Universidad del Valle y ruptura con la Fundación para la Educación Superior
5. Legalización del derecho a crear organizaciones gremiales en cualquier tipo de establecimiento educativo.
6. Reapertura de la Facultad de Sociología de la Universidad Javeriana.

El movimiento estudiantil logra implantar el cogobierno donde se logra excluir al clero, empresarios y toda fuerza externa, que antes tenían poder de decisión del rumbo universitario. Exceptuando al gobierno, en los nuevos concejos fue suprimida la participación de los sectores extrauniversitarios (Pardo & Urrego, 2003, párr.14), lo cual representó un verdadero cambio en la forma de dirigir las universidades en Colombia, que por primera vez aceptaban y reconocían como válidas las demandas y opiniones de los estudiantes y profesores, en busca de transformar este poder institucional desde adentro, para que la educación responda a las necesidades del pueblo.

Una base importante de la ideología asumida por el movimiento estudiantil fue, la tesis marxista- leninista, consistente en que toda gran revolución social la antecede una profunda revolución en la cultura. (Pardo & Urrego, 2003, párr.18), ya que a través de la historia este tipo de revoluciones no surgen de forma repentina, surgen como respuesta a cambio de ideas, valores y las formas en que se ve el mundo, así como en su momento la ilustración que promovió el uso de la razón y cuestionó la autoridad de la iglesia y la monarquía, dando paso a la defensa de los derechos humanos y concebir un nuevo concepto de la justicia, la libertad y el poder plantando la semilla que años más tarde, serían el estandarte de la revolución francesa y en este caso desde esta perspectiva, reformar la

universidad si era válido como primer paso a una transformación más profunda, que se logró plasmar en el Programa Mínimo del movimiento Nacional estudiantil.

Todos estos actos hacen que diferentes sectores del país, reconocieran el papel político de la juventud, en medio de un entorno de represión y autoritarismo, donde instituciones ultra conservadores como la iglesia, reconoce que los estudiantes no son el futuro, sino los protagonistas del presente, lo que fortaleció aún más el movimiento estudiantil dando validez a esta lucha. La juventud se manifiesta con una gran fuerza nueva de presión, que la lleva a ser factor decisivo en el actual proceso de cambio social (Pardo & Urrego, 2003, párr. 37).

Durante ese año hubo 30 paros, 324 días de inactividad y solo 41 días de normalidad en las universidades del país (Cruz Rodríguez, 2017, p.161), que logró impactar el escenario político y universitario en Colombia, dejando en evidencia las tensiones sociales acumuladas en el transcurso de la historia, la capacidad que tuvieron los estudiantes al articular propuestas y organizarse a nivel nacional para confrontar al Gobierno con argumentos e ideas., llegando al punto de paralizar el sistema universitario convirtiéndose en un hecho sin precedentes en Colombia.

El problema de la educación competía a los ciudadanos, no solo a los estudiantes (Cruz Rodríguez, 2017, p.167), logrando que la educación dejará de ser un asunto técnico reservado para ministros y rectores, se convirtió en un tema de debate nacional donde las universidades ya no podían ser manejadas como si fuese empresas privadas o iglesias obligando al gobierno y a la misma sociedad a discutir el papel de la universidad, el modo financiación y modo de administración.

Finalmente, el 23 de octubre fue expedido el decreto oficial 2070, constituía el nuevo gobierno universitario (Pardo & Urrego, 2003, párr.40), los estudiantes tras intensas negociaciones logran la instalación formal del cogobierno universitario en la Universidad Nacional, dándole poder a estudiantes, profesores y administrativos, para que participaran

de forma activa en él toma de decisiones institucionales. Logrando promover un ambiente democrático, no solo fortaleciendo la autonomía universitaria, sino que también incentivó a tener un sentido de pertenencia responsabilidad de todos los actores de este movimiento.

Pero a pesar de este gran avance, el cogobierno obtenido en las dos principales universidades colombianas tuvo una corta duración (Pardo & Urrego, 2003, párr.42), debido a las tensiones políticas del país en ese momento, donde el Gobierno no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, por lo cual llevó a cabo sabotajes, recortes presupuestales y ejerciendo represión contra el estudiantado; desafortunadamente la falta de organización y unidad de criterios entre estudiantes y docentes, no permitió defenderse y enfrentar con éxito la arremetida gubernamental.

Primó lo político sobre lo gremial en el movimiento estudiantil (Cruz Rodríguez, 2017, p.171), siendo fuerte mientras duró el paro, sin dejar instituciones propias que pudieran continuar esta lucha a futuro, es decir; no logró constituir organización gremial estable que canalizara las demandas de los estudiantes universitarios más allá de las movilizaciones, por lo que, ante la presión del Gobierno y el desmonte de las reformas, el movimiento se disolvió fácilmente.

Los estudiantes colombianos arrastran, desde hace más de tres décadas, una dolencia profunda: la ausencia de una organización sólida y sostenida en el tiempo. En este punto, los autores citados realizan una crítica contundente al movimiento estudiantil de 1971, señalando que su principal lección radica en el reconocimiento de su propio fracaso. El cogobierno universitario no logró consolidarse debido a la falta de continuidad organizativa y a la carencia de estructuras nacionales fuertes que permitieran sostener el impulso inicial del movimiento. Esta debilidad estructural facilitó que el Gobierno permease las dinámicas estudiantiles mediante la presión y el miedo, inhibiendo la participación activa y la formación de nuevos grupos. Además, la ausencia de cohesión ideológica impidió que el estudiantado se articulara en torno a un objetivo común y claro (Pardo & Urrego, 2003, párr. 47).

La universidad es la institución más vulnerable, menos controlable por el poder político dominante, o, dicho de otra forma, puede ser transformada (Pardo & Urrego, 2003, párr.46). Los autores creen que la universidad, por el papel que desempeñan en la educación, la ciencia y la cultura, es un lugar donde los cambios en la sociedad se reflejan rápidamente y un espacio donde la razón es más fuerte que la opresión o el miedo que puedan infundir agentes externos, por eso es tan importante que el movimiento estudiantil trabaje de manera mancomunada y a conciencia, para así lograr verdaderos cambios en la educación superior.

El movimiento de 1971 es uno de los logros más perpetuos en la memoria del movimiento estudiantil por el legado histórico y simbólico que dejó en la sociedad con enseñanzas de que la resistencia estudiantil implantó una cultura de protesta crítica dentro de las universidades, cultura que se convirtió en el estandarte para futuras generaciones.

4.1.3.2 Movimiento Estudiantil Séptima Papeleta 1990.

Para la autora, Sofia del Carmen Ayubb Ladeus, las movilizaciones son el punto de partida para uno de los cambios más importantes en la historia de Colombia a nivel político, el paso de la constitución de 1886 a la nueva constitución de 1991; reconociendo en su texto la importancia del papel que jugaron los estudiantes, no solo por el hecho de haber tenido la iniciativa de reforma y cambio a la constitución, sino porque lograron organizar un movimiento pacífico, participativo y democrático, que fue capaz de involucrar a todo el país.

La violencia generalizada a causa del narcotráfico, paramilitarismo y guerrilla, fue lo que ocasionó que gran parte de la población colombiana perdiera la fé en las instituciones del estado, generando una dinámica organizativa liderada por los estudiantes universitarios, que puso en evidencia las fallas estructurales del estado debido a la poca pertinencia de la constitución vigente que desatendió las necesidades del pueblo.

Por la indignación y búsqueda de un cambio, se alzan los estudiantes del país en un movimiento pacífico cuyo fin primordial era la búsqueda de una reforma constitucional

(Ayubb Ladeus, s.f, p.70). Es decir, lo que motivó en los estudiantes fue el deseo de encontrar una salida a la violencia y la necesidad de una nueva constitución que ofreciera garantías reales para el pueblo colombiano.

Uno de los hechos que marcó esta movilización estudiantil, fue el asesinato de Luis Carlos Galán, Líder político que se postulaba como la esperanza de cambio para el país.

La rabia y repudió que esto generó entre la población colombiana, en especial en la juventud, quienes organizaron la marcha del silencio. Después de esta marcha multitudinaria, los jóvenes empezaron a trabajar por un proyecto más ambicioso y es ahí cuando proponen al pueblo la creación de una reforma a la constitución y el medio para lograrlo fue una papeleta adicional en las elecciones presidenciales de 1990, razón por la cual fue llamada “la séptima papeleta”, ya que se trataba de una papeleta extra que los ciudadanos debían llevar por su cuenta a las urnas.

La magnitud y el nivel de organización que lograron alcanzar los estudiantes fue impresionante y sin precedentes, ya que ellos por sus propios medios formaron comités en todo el país para enseñar a los ciudadanos cómo hacer y cómo llevar la papeleta. Fernando Carrillo Flórez, uno de los estudiantes vocero contó: “entonces tocó organizar comités estudiantiles por todo el país, y enseñar a la gente a hacer las papeletas” (País, 2011, citado en Ayubb Ladeus, s.f., p. 71), donde los estudiantes se convirtieron en “profesores”, enseñando a otras personas cómo participar. Esta acción demuestra cómo el movimiento estudiantil no se plantó única y exclusivamente en las aulas universitarias, sino que logró conectar y unificar a toda una nación.

Al final, el esfuerzo tuvo resultados reales y trascendentales ya que inicialmente las autoridades pertinentes no querían contar los votos de la séptima papeleta, pero el respaldo obtenido fue de una magnitud impresionante por parte del pueblo al punto que obligó a las autoridades a reconocerlos. Se estima que hubo cerca de dos millones de votos a favor, lo que llevó al gobierno a convocar una Asamblea Nacional Constituyente. Ese fue un día

inolvidable para los jóvenes del país, que por primera vez sintieron la satisfacción de ser importantes, parecía inverosímil lograr que se convocara una Asamblea Constituyente y más, promovida por un movimiento estudiantil (País, 2011, citado en Ayubb Ladeus, s.f., p. 71), cita que refleja el impacto emocional y político que tuvo para los estudiantes ver cómo su voz fue escuchada.

La búsqueda de un cambio por parte de un pequeño grupo de estudiantes, se convirtió en un movimiento refrendado por toda la nación de manera democrática (Ayubb Ladeus, s.f., p. 73), donde se ve claramente expresado cómo una iniciativa juvenil, que nació en un contexto de incertidumbre y violencia, logró traspasar los espacios universitarios, al punto de convertirse en un fenómeno a nivel nacional. Transformación que no fue accidental, que partió del compromiso, la organización y la convicción de los estudiantes, de transmitir un claro mensaje de que es posible cambiar el rumbo del país sin necesidad de recurrir a la violencia, despertando la participación ciudadana; hecho que no registra precedentes en Colombia, logrando infundir en el pueblo colombiano una nueva forma de entender la democracia, que no es algo exclusivo de los políticos, sino como un proyecto colectivo, en el que todos podían participar de forma activa. Es por eso que se debe destacar que el movimiento juvenil logró demostrar que cuando se organiza con propósitos claros y justos, pueden movilizar un país entero, bajo una misma bandera, dejando un legado que deja huella en la historia de un país.

4.1.3.3 Movilización Social 2011.

El paro nacional de 2011 en Colombia, surgió como respuesta al proyecto de reformar la ley 30 del año 1992 sobre la educación superior, que propusiera Juan Manuel Santos, con el ánimo de ampliar la cobertura y modernización del sistema educativa, pero que en realidad buscaba favorecer la privatización y el ánimo de lucro en la educación superior colombiana, motivo por el cual fue rechazada de forma inmediata por el sector educativo.

En este sentido, los estudiantes critican la propuesta del gobierno porque, en sus argumentos no fortalece la investigación de alta calidad, sino que entrega a la universidad al dominio de empresas privadas y a un modelo de universidad con ánimo de lucro (Acevedo & Correa, 2017, p.61), molestia que también se sustentaba en que la reforma buscaba alianzas público- privadas y condicionan el aumento de indicadores de productividad y cobertura, sin dar soluciones al verdadero problema estructural de las universidades, porque un aumento de cobertura no significa un aumento de calidad (Acevedo & Correa, 2017, p.62), ya que al incrementarse el estudiantado, se aumenta la necesidad de recursos financieros que garanticen los espacio y el personal docente y administrativo, para brindar una educación de calidad, proporcional y acorde a los requerimientos de las universidades.

Este conflicto evoca un problema más profundo, en donde el financiamiento de las universidades públicas depende del índice de precios al consumidor (IPC) que con el pasar de los años, desencadena un déficit progresivo que se convirtió en un desfinanciamiento estructural de las universidades, que genera y fortalece el rechazo del estudiantado a la reforma, pues para el movimiento estudiantil era incoherente ampliar la cobertura sin resolver primero este déficit histórico. Al año 2011 se estima que el gobierno adeuda a las treinta universidades públicas 700.000 millones de pesos (Acevedo & Correa, 2017, p.62).

Álvaro Acevedo Tarazona y Andrés David Correo Lugos, afirman que las movilizaciones estudiantiles de 2011, fueron parte de un fenómeno social de alcance global, que coincide con causas locales y luchas internacionales. Resaltando que, más allá de las circunstancias que atravesaba el país, estos movimientos se encargaron de revitalizar la acción juvenil de manera colectiva y pusieron de manifiesto su talento para generar cambios- Las acciones colectivas del año 2011 sirven para unir una sociedad atomizada en torno a un bien común que de alguna manera influye en el futuro y porvenir de todos (Acevedo & Correa, 2017, p.67), una clara muestra que la organización para la negociación mediante diálogos, son el mejor camino para obtener resultados.

La propuesta del estudiantado es protestar con nuevas alternativas que no generen miedo en la población, sino curiosidad y acompañamiento (Acevedo & Correa, 2017, p.68), la estrategia asumida por los estudiantes universitarios fue innovadora y clave para su éxito. En lugar de recurrir a la violencia, la apuesta fue realizar actividades culturales y creativas que generaron simpatía social; este tipo de acciones permitieron a la opinión pública, ver al movimiento estudiantil como un agente constructivo y positivo, y no como una amenaza. El éxito del movimiento estudiantil del 2011 se debió en mucho a la eficacia comunicativa de sus marcos y repertorios de acción (Cruz Rodríguez, 2017, p.168), se resalta que el triunfo de las protestas no se basó únicamente en la cantidad de participantes o en la fuerza de las movilizaciones, sino se debió a que supo combinar un mensaje un bien estructurado con acciones visibles y creativas que cambiaron las percepción que para obtener cambios se debe recurrir al uso de la fuerza excesiva, sino que se pueden generar grandes cambios, desde la cultura, desde el arte, desde el folklor (Cruz Rodríguez, 2017, p.168).

También se destaca que estas movilizaciones se convirtieron en un cambio radical en las formas de organización del estudiantado, marcando una diferencia abismal con otras. Las nuevas formas de movilizaciones son tomadas como enjambres (Acevedo & Correa, 2017, p.67), en pocas palabras acciones rápidas, masivas y coordinadas como el uso de los nuevos medios de comunicación y tecnología, sin el tener que depender de estructuras jerárquicas tradicionales. lo cual facilitó una pronta respuesta y una amplia difusión de la información, aunque sin dejar de lado que el principal desafío fue mantener una cohesión frente a las distintas perspectivas existentes.

Edwin Cruz Rodríguez, habla de que los estudiantes colombianos lograron organizarse en la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE), en donde se consiguieron grandes logros por parte de este movimiento del año 2011. Lograron que el Gobierno Nacional aceptara que fueran los mismos estudiantes quienes realizarán una propuesta diferente para mejorar la educación universitaria del país. Acordando con el gobierno la construcción de un proyecto de ley por parte de los estudiantes (Cruz Rodríguez, 2017,

p.163). siendo la más grande articulación social que logró unir universidades públicas y privadas, el SENA, colegios y asociaciones de padres de familia, participaron cerca de 40.000 estudiantes de 37 universidades públicas y 17 privadas (Semana, 2011, citado en Cruz Rodríguez, 2017, p.162), demostrando que el movimiento obtuvo un carácter nacional y plural, algo poco común en las protestas universitarias, que en otras ocasiones tan solo se habían concentrado en demandas estudiantiles de carácter gremial.

En esta oportunidad buscaban cambios estructurales, que beneficiarán a toda la población nacional, resaltando la función social de la educación en la reducción de las brechas estructurales. Porque finalmente, los estudiantes entienden que las universidades deben promover y favorecer el cumplimiento de los derechos y la construcción de una nación justa, equitativa y en paz (Acevedo & Correa, 2017, p.66), uniendo a la juventud en torno a un objetivo común sin importar la raza, estrato, creencias religiosas y otros rasgos diferenciales, las ganas de innovar en las formas de protesta, para buscar detener una reforma que habría tenido como único fin convertir a la educación superior en un modelo con ánimo de lucro.

Los autores Álvaro Acevedo Tarazona, Andrés David Correo Lugos y Edwin Cruz Rodríguez, recuerdan que la historia del movimiento estudiantil en Colombia tiene raíces más antiguas, como por ejemplo las de 1960 y 1970. A diferencia de esos años, donde las diferencias ideológicas eran claramente marcadas, el movimiento estudiantil, genera una acción unitaria por parte de las diferentes corrientes políticas juveniles y estudiantiles (Acevedo & Correa, 2017, p.64). Mostrando que esto no solo se trataba de la lucha de un solo sector político, sino que distintos grupos ideológicos e incluso opuestos, dejaron a un lado sus diferencias con el fin de detener la ley 30, finalmente, el 9 de noviembre el gobierno decidió retirar el proyecto (Cruz Rodríguez, 2017, p.162).

4.1.3.4 Paro Nacional 2018.

Para poder comprender los antecedentes de la movilización estudiantil en Colombia del año 2018, que es considerada como una de las más relevantes de los últimos años en Colombia, hay que remontarse a la implementación de la ley 30 de 1992, modelo de financiación que no respondía al crecimiento de los gastos universitarios. Se eliminaron las inversiones investigación, tecnología y recursos educativos, o se abandonaron aquellas requeridas para el bienestar universitario (Atehortúa, 2018, p.152), lo que se agudiza con el incremento del valor de la matrícula de los estudiantes, la ampliación de la cobertura sin el correspondiente respaldo a nivel presupuestal y las precarias condiciones laborales de la parte docente.

Además, los recursos que se estaban invirtiendo para la implementación del programa de gobierno “ser pilo paga” (SPP), se desvió recursos vitales para el funcionamiento de las universidades públicas, para ser reasignados a las universidades privadas, las IES no oficiales recibieron 22.147 jóvenes captando el 98.4% del presupuesto, mientras las públicas matricularon 3.555 para recibir tan solo el 1.6% del total de los recursos (Atehortúa, 2018, p.154), cifras que evidencian cómo la educación pública se vio seriamente afectada, por el actuar del gobierno que en un estado de social derecho, debería preocuparse por proteger a la población más vulnerable y brindarle todas las garantías para acceder en este caso a una educación pública de calidad y no privilegiar a los entes privados, que gozan de mejores oportunidades.

Según el Sistema Universitario Estatal (SUE), para el año 2018 se contaba con déficit a nivel de las universidades públicas, superior a los 18 billones de pesos, divididos entre necesidades de funcionamiento (3,2 billones) y de infraestructura (15 billones). Este déficit se agravó por el modelo de financiación establecido en la ley 20 de 1992, que fija los montos anuales según el índice de precios al consumidor (IPC), sin considerar el crecimiento de la matrícula, infraestructura y cobertura universitaria (El Tiempo, 2018). En este artículo se puede identificar que el paro estudiantil y de profesores de las universidades

públicas de Colombia se debe a una crisis financiera. En donde el principal problema es que, desde el año 1992 el dinero que reciben las universidades está directamente atado con la inflación, sin tener en cuenta que la cantidad de estudiantes y los costos que esto implica, crecieron de manera significativa, lo cual generó un déficit enorme.

Es aquí en donde los estudiantes en todo el territorio nacional se empoderan y bajo la premisa de una educación de calidad e igualitaria, inician un movimiento estudiantil sin precedentes, donde como dice el autor Adolfo León Atehortúa Cruz, por primera vez en mucho tiempo, la movilización logró identificar en sus reivindicaciones a las instituciones educativas superiores públicas y unirlos en su reclamo (Atehortúa, 2018, p.143), ya que abarcó más de 38 universidades públicas de todo el país, lo que significó la movilización de más de 700.000 estudiantes que lograron que el paro nacional se extendiera durante más de dos meses, desde octubre hasta mediados de diciembre, con movilizaciones masivas en ciudades como Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla y Popayán.

A pesar de algunos episodios de violencia y enfrentamientos con el Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD), el movimiento logró mantener una organización pacífica, con gran respaldo ciudadano. Duplicando en tiempo al paro del año 2011, destacando por ende la resistencia y perseverancia de los estudiantes para lograr sus objetivos. Se debe destacar que las decisiones se tomaron de forma participativa, a través de asambleas masivas, práctica que se convirtió en una de las fortalezas principales del movimiento, al ser un ejercicio legítimo de democracia directa y acorde a los ideales del movimiento estudiantil; demostrando que estas decisiones fueron el resultado de una participación amplia, colectiva, transparente y deliberada, así como lo señala el autor, los paros estudiantiles en la universidad fueron decididos por asambleas multitudinarias que no se asomaban en los transcurso institucionales de hace muchos años (Atehortúa, 2018, p.144).

Las plataformas estudiantiles brillaron por lo osado y novedoso de sus actos (Atehortúa, 2018, p.146), ya que realizaron formas novedosas y creativas de protestar,

como lo fueron la huelga de hambre por parte de los docentes y estudiantes, destacando la participación del docente Adolfo León Atehortúa Cruz; la “Marcha Zombie” en Medellín y muchas partes del país, en donde con disfraces, pitos y pancartas, los estudiantes universitarios se movilizaron para representar “la muerte de la educación” (RCN RADIO, 2018) o la participación multitudinaria de estudiantes en la movilización denominada “los caminantes del macizo” que empezaron una dura y larga caminata desde la ciudad de Popayán (Reporteros, 2018), todo esto con el fin de hacer un llamado a toda la sociedad, a unirse a la lucha por la defensa de una educación pública y de calidad, para los estudiantes matriculados en ese momento y las futuras generaciones.

Uno de los más grandes logros para el movimiento estudiantil en ese momento, fue la instalación de una mesa de diálogo con el Gobierno Nacional, presidida por la ministra de Educación María Victoria Angulo, avanzando en la consolidación de un espacio institucional de diálogo directo entre estudiantes, profesores, rectores y el Gobierno Nacional. Este mecanismo fue inédito en cuanto a su alcance y legitimidad, ya que, a través de este, los representantes del movimiento estudiantil universitario fueron escuchados como actores políticos, con propuestas claras y estructuradas, y no simplemente como manifestantes. Como lo dice el autor nunca antes en la historia de Colombia un Gobierno Nacional había establecido una mesa de diálogo con los estudiantes universitarios (Atehortúa, 2018, p.147).

Dentro de esos logros políticos y presupuestales, se destaca que esta mesa logró que todo este movimiento generará un acuerdo histórico para la financiación de la educación pública, con un compromiso del gobierno de invertir más de 4.5 billones de pesos adicionales en las universidades públicas hasta el año 2022, lo cual significó un avance importante en la lucha, para cerrar la brecha estructural que arrastraban las instituciones de educación superior en Colombia desde hace muchos años, producto del desfinanciamiento estatal progresivo. Ninguno de los recientes paros o movilizaciones sociales alcanzó en presupuesto lo que obtuvieron los universitarios (Atehortúa, 2018, p.159).

Sin embargo, Atehortúa también hace una crítica frente a debilidades que presenta el movimiento estudiantil, como por ejemplo que los grupos de estudiantes se organizaron bien, pero no lograron unirse todos en un solo movimiento fuerte y unido. Aunque tenían ideas claras y formas de trabajo comunes, no pudieron ponerse completamente de acuerdo entre todos, para actuar como uno solo, lo que hizo que no tuvieron la fuerza necesaria para negociar o presionar al Gobierno; esta falta de articulación entre organizaciones no niega los avances logrados, pero sí puso en evidencia una debilidad estratégica. Aunque la organización estudiantil logró consolidarse en sus plataformas, no se concretó la unidad de ellas (Atehortúa, 2018, p.160).

Finalmente, Atehortúa, C. A (2018, p.142), exalta el papel que cumplieron las movilizaciones estudiantiles del año 2018, considerándose un punto de inflexión de carácter histórico en cuanto a la defensa de la educación superior pública en Colombia. Ya que no fue el acuerdo firmado por el Estado el hecho histórico, sino todo el proceso social que generó el movimiento universitario. El acuerdo sólo podría catalogarse como histórico si se asocia con el movimiento universitario que lo gesta, con el hecho social por excelencia. Atehortúa concluye que el movimiento estudiantil de 2018 no solo debe ser recordado por todos los logros que obtuvieron, sino por llegar a demostrar que la movilización pacífica, inteligente y persistente, puede lograr transformar la realidad educativa del país, haciéndonos recordar esa frase célebre que dice que la clave del éxito es insistir, persistir y resistir y nunca desistir. Siempre parece imposible hasta que se hace.

Después de este viaje a través de la historia de las movilizaciones estudiantiles, desde la reforma de Córdoba en 1918 hasta el paro nacional de 2018 en Colombia, sobresale la fuerza y el impacto que han tenido los estudiantes en los cambios políticos, sociales y educativos de cada época; aunque cada movimiento surgió en circunstancias distintas y con diferentes problemáticas, todos tienen en común de que la educación debe ser un derecho fundamental y no un privilegio, y que la universidad debe ser un espacio

libre, autónomo y crítico, con el fin de poder brindar aportes que vayan de la mano de las necesidades de la sociedad.

Se puede evidenciar que a pesar que estos movimientos son propios de cada país, todo coinciden en:

1. Todos se levantaron en contra de políticas o estructuras que amenazaban la educación pública.
2. defender la autonomía universitaria y la libertad de pensamiento.
3. Buscaron vincular las universidades con las necesidades y problemas del país.
4. Utilizaron las movilizaciones, protestas, la cultura y la unión como herramientas para generar cambios.

Al igual que se notan diferencias muy marcadas como, por ejemplo:

- 1 Casos como los de 1990 o 2011, lograron una unidad amplia y transversal, mientras que otros como los de 1971 o 2018, tuvieron divisiones internas que limitan que sus logros perdurarán.
- 2 Las estrategias de los paros han variado: de la confrontación directa y violenta de 1969 y 1971, a la innovación pacífica y creativa 2001 y 2018.
- 3 El grado de conexión de diferentes sectores también marcaron desigualdad: mientras en el año 1999 y 2011 involucraron a amplios sectores de la sociedad, otros movimientos se concentraron más en demandas internas del ámbito universitario.

La importancia de los movimientos estudiantiles es indiscutible, han sido capaces de frenar reformas e impulsar otras que son un hito, conseguir recursos históricos, lograr la democracia en las universidades y, sobre todo, colocar la educación en el centro del debate nacional.

Sin embargo, desde una mirada crítica y constructiva, hay unas situaciones que se repiten a lo largo de la historia en todos estos movimientos, la dificultad de unificarse en un solo movimiento a nivel nacional, estable y duradero, lo que plantea que se deben superar

rivalidades ideológicas, en búsqueda de establecer una agenda común y crear estrategias que trascienden las barreras, de lo contrario muchos de los logros que obtengan van a ser efímeros. Por lo cual para que se consoliden como una fuerza transformadora permanente, se debería adelantar acciones como:

1. Definir un programa unificado que recoja las principales demandas históricas y actuales, y que sea asumido por todas las organizaciones estudiantiles de cada país.
2. Crear una estructura nacional estable, con voceros elegidos democráticamente y mecanismos de decisión claros, que se mantengan activos incluso fuera de los paros.
3. Fortalecer las alianzas con otros sectores sociales, no solo el universitario, ya que la unión hace la fuerza y es necesario concientizar que la educación es responsabilidad de todos.
4. Invertir en formación política y técnica, para que los representantes estudiantiles no solo puedan resistir a propuestas regresivas, sino también idear, presentar alternativas viables y sobre todo bien fundamentadas.
5. Concertación de los mínimos comunes en torno a las ideologías participantes, para que su lucha sea conjunta y bajo un mismo estandarte.

La historia ha enseñado que cuando los estudiantes logran mantenerse unidos, actúan con ingenio y perseverancia ante sus objetivos, son capaces de alcanzar cambios que parecían imposibles, pese a las represiones de los gobiernos que buscan acallar su voz; los estudiantes demuestran que la unión hace la fuerza, que el diálogo, las movilizaciones masivas y las propuestas de un cambio, son las mejores armas que se pueden emplear y que sus huellas perduran en la memoria de miles de personas a través de la historia. Gracias a esas luchas, la universidad pública sigue más viva que nunca, son referentes para que las nuevas generaciones aprendan y continúen con el legado, sin repetir los errores del pasado, todo con el fin de preservar el derecho fundamental a la educación de calidad, que los lleve a incluirse en la sociedad como profesionales íntegros,

incorruptibles y generadores de verdaderos cambios, haciendo que su país sea cada vez mejor y trabaje sobre condiciones dignas para todos.

4.2 Marco legal de sustentación

El Paro Nacional Estudiantil de 2018 no puede comprenderse sin situarlo en el marco de derechos que respalda tanto la exigencia de educación pública de calidad como el ejercicio legítimo de la protesta social. Las luchas estudiantiles, lejos de ser actos de desorden o ilegalidad, se inscriben en el horizonte constitucional como prácticas ciudadanas amparadas por el Estado social de derecho.

La Constitución Política de Colombia (Congreso de la República, 1991) consagra en su artículo 67 que la educación es “un derecho de la persona y un servicio público que tiene una función social”, y debe estar “orientada a la formación integral de los colombianos en los niveles preescolar, básica, media y superior”. A su vez, el artículo 365 establece que los servicios públicos como la educación, están bajo la regulación, control y vigilancia del Estado, lo que implica la obligación de garantizar su acceso, calidad y financiación.

Este mandato constitucional ha sido desarrollado por la jurisprudencia de la Corte Constitucional, que ha sostenido que la educación superior pública tiene un carácter fundamental en ciertos contextos, especialmente cuando está en juego el principio de igualdad de oportunidades (Sentencia T-168 de 2005; C-376 de 2010). En este sentido, no basta con que la educación exista como posibilidad formal, sino que debe ser efectiva y asequible para todos, sin discriminación social, económica o territorial.

La Ley 30 de 1992, que regula la educación superior, establece en su artículo 1º que este nivel educativo tiene como finalidad el desarrollo integral de los estudiantes, la búsqueda de la verdad y el bienestar de la sociedad. Sin embargo, los estudiantes han denunciado que esta ley ha sido utilizada como marco para imponer criterios de autofinanciamiento, que desvirtúan el espíritu público de las universidades, abriendo paso a

lógicas privatizadoras y excluyentes.

4.2.1 La Protesta como Derecho Constitucional

El ejercicio del derecho a la protesta tiene también respaldo legal. El artículo 37 de la Constitución garantiza que “toda parte del pueblo puede reunirse y manifestarse pública y pacíficamente”. Este derecho ha sido reconocido por la Corte Constitucional como una forma legítima de participación y expresión ciudadana, fundamental para la democracia participativa (Sentencia C-009 de 2018).

Además, Colombia ha ratificado instrumentos internacionales como el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos (ONU, 1966) y la Convención Americana sobre Derechos Humanos (OEA, 1969), que reconocen el derecho de reunión y la libertad de expresión como garantías fundamentales para la movilización social.

En este marco, el Paro de 2018 debe entenderse como un acto político, un ejercicio ciudadano protegido por la Constitución, que exigía el cumplimiento de otro derecho también fundamental: el acceso a la educación pública con dignidad.

4.2.2 La Represión y Los Límites del Uso de la Fuerza

A pesar de la legitimidad constitucional de la protesta, las manifestaciones de 2018 en Popayán y otras ciudades del país, fueron duramente reprimidas por el Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD). El uso desproporcionado de la fuerza, la utilización de armas no convencionales como el VENOM (Versatile Economical Non-Lethal Ordnance Dispenser), que es un sistema de lanzamiento de hasta 30 proyectiles de control de disturbios, que puede disparar remotamente en ráfaga o en modo individual, utilizado para disolver concentraciones de personas en protestas” (Defensoría del Pueblo, 2021; Corte Constitucional, 2023), y que dejó fuertes agresiones a manifestantes pacíficos, las cuales fueron documentadas por organizaciones de derechos humanos.

En 2023, la Corte Constitucional se pronunció de manera histórica, mediante la Sentencia C-093, declarando inconstitucional la autorización del uso de armas como el VENOM y reiterando que el Estado debe proteger la vida, la integridad y el derecho a la protesta. Este fallo fue influenciado, en parte, por los antecedentes del Paro Estudiantil de 2018 y el Estallido Social de 2021, donde se evidenció un patrón sistemático de represión violenta.

4.2.3 Educación, Dignidad y Justicia Social

Es así como el Paro de 2018 se sustentó legalmente en el marco constitucional que reconoce la educación como derecho fundamental y la protesta como forma de participación ciudadana. Los estudiantes no reclamaban privilegios, sino la garantía efectiva de derechos, que el Estado está obligado a asegurar. Tal como lo afirma la Corte en la Sentencia C-376 de 2010, “el acceso a la educación superior no puede depender únicamente de la capacidad económica de las personas”, y por tanto el Estado debe adoptar medidas para corregir las desigualdades históricas que impiden dicho acceso.

Desde la perspectiva de la educación popular, el marco legal no se reduce a un conjunto de normas, sino que debe ser comprendido como un campo de disputa política por la justicia, la dignidad y el reconocimiento. En ese sentido, el paro fue también una pedagogía de la legalidad, donde los estudiantes se formaron como sujetos de derecho, conscientes de sus garantías y dispuestos a ejercerlas colectivamente.

4.3 Categorías

4.3.1 La Educación Pública y la Universidad

La educación pública en Colombia no es solo un servicio, es una bandera de dignidad que se ha ido tejiendo a lo largo de luchas, resistencias y debates sociales que atraviesan generaciones. Particularmente, la universidad pública representa para sectores

populares, rurales e históricamente marginados, la posibilidad de acceder a un futuro distinto. Sin embargo, esa posibilidad ha sido puesta en entredicho por políticas que, lejos de fortalecer su carácter público, la han sometido a lógicas de mercado, fragmentando su sentido emancipador.

En Colombia, la Constitución Política establece en el artículo 67 que la educación es un derecho fundamental con función social. Pero más allá del enunciado legal, la realidad muestra un sistema que reproduce exclusiones: el acceso a la universidad pública sigue siendo desigual, el desfinanciamiento histórico limita su cobertura, y las condiciones de permanencia son precarias para miles de jóvenes (Corte Constitucional, 2017). Como lo señaló la misma Corte, el Estado no solo tiene la obligación de ofertar cupos, sino de garantizar condiciones reales de acceso, permanencia y bienestar estudiantil.

En este escenario, la movilización estudiantil del 2018 en Colombia —y particularmente en Popayán— se erige como un grito que reclama no solo mayor presupuesto, sino una transformación profunda en el sentido de lo que entendemos por universidad. No es casual que las consignas del paro no se limitaran a cifras, sino que hablaran de justicia, vida digna y democratización del conocimiento. Como plantea Marco Raúl Mejía (2014), las luchas por la educación no son solo disputas económicas, sino culturales: en ellas se enfrenta la visión neoliberal de la educación como mercancía, frente a la educación como derecho colectivo y práctica liberadora.

Paulo Freire, pedagogo imprescindible para pensar estos procesos, advertía que la educación no puede ser neutra. Siempre está al servicio de un proyecto: o reproduce el orden existente o lo cuestiona. En su “Pedagogía de la autonomía”, Freire (1997) insistía en que enseñar exige respeto a los saberes del otro, apertura al diálogo y compromiso con la transformación social. Esa pedagogía fue palpable durante el paro, donde las asambleas, las ollas comunitarias, las velaciones y los talleres no fueron actividades periféricas, sino experiencias pedagógicas en sí mismas.

La universidad pública, en medio de esa lucha, se resignificó. Ya no fue solo el lugar de clases y calificaciones, sino un territorio compartido donde se gestó comunidad, se cuidó colectivamente y se defendió la palabra. Las aulas se expandieron a las plazas, y el conocimiento circuló no solo desde libros, sino desde la experiencia, la indignación y la esperanza. Como lo señala Giroux (2016), cuando la universidad deja de ser un espacio meramente técnico y se convierte en un campo de disputa cultural, su potencia emancipadora se vuelve visible.

Hoy, más que nunca, la universidad pública es un bien común en disputa. No se defiende solo por lo que representa para la formación profesional, sino por su papel en la construcción de país, en la generación de pensamiento crítico y en la posibilidad de imaginar futuros, donde el saber esté al servicio de la vida y no del capital.

4.3.2 Políticas Públicas

Hablar de educación pública en Colombia implica hablar de políticas públicas, no como simples declaraciones técnicas, sino como apuestas políticas, cargadas de ideología, intereses y tensiones. Las políticas públicas en educación superior han estado atravesadas por una lógica de mercado que, durante décadas, ha impulsado la progresiva mercantilización del derecho a educarse.

Desde la década de los noventa, con la Ley 30 de 1992, se instauró un modelo de financiamiento basado en la autonomía institucional y la autofinanciación, lo cual, en la práctica, trasladó el peso del sostenimiento universitario al bolsillo de los estudiantes y a las gestiones con el sector privado (Congreso de la República de Colombia, 1992). Este marco legal, aún vigente, ha generado una profunda desigualdad entre las instituciones de educación superior y ha precarizado la universidad pública, especialmente en regiones apartadas del país.

Autores como Torres (2009) y Tedesco (2000) han advertido cómo estas políticas no

son neutras. En América Latina, el Banco Mundial, el BID y la OCDE han promovido reformas orientadas al “rendimiento”, “eficiencia” y “competitividad” que enmascaran procesos de exclusión, elitización y pérdida de sentido público de la universidad. En ese contexto, los movimientos estudiantiles surgen como actores clave para disputar no sólo el presupuesto, sino el sentido mismo de lo público en la educación.

En Colombia, el Plan Nacional de Desarrollo 2018-2022 reflejó claramente estas tensiones. Si bien se hablaba de calidad y acceso, la inversión en programas como Ser Pilo Paga y Generación E, benefició en mayor proporción a universidades privadas, concentrando los recursos públicos en sectores que ya tenían mayores posibilidades de acceso (Cruz, 2019). Esta situación provocó una reacción del movimiento estudiantil, que en 2018 no solo denunció el déficit estructural en las universidades públicas (estimado en más de 15 billones de pesos), sino que visibilizó, cómo las políticas educativas siguen reforzando la lógica de la competencia individual, sobre el derecho colectivo.

Desde una perspectiva crítica, es necesario recuperar la noción de políticas públicas como construcción colectiva. Como plantea Gramsci (1999), el Estado no es solo una estructura coercitiva, sino también una arena de disputa hegemónica, donde distintos actores luchan por definir qué debe ser considerado como público, legítimo o deseable. En ese sentido, las movilizaciones estudiantiles son también intervenciones en la esfera de lo público, que no solo reclaman recursos, sino que ponen en cuestión el modelo de universidad, la orientación del desarrollo nacional y el lugar de la juventud en la política.

El paro universitario de 2018 puede leerse entonces como una irrupción en el campo de las políticas públicas. Fue un momento de deliberación social, donde se articularon propuestas como el aumento del presupuesto base, el fortalecimiento de la planta docente, la condonación de deudas con ICETEX, la reforma de los sistemas de evaluación y el impulso a la ciencia y la tecnología desde una mirada soberana y territorial. No se trató solo de resistir, sino de proponer: de construir una política pública desde abajo, desde la palabra

colectiva y desde la dignidad de quienes exigen una educación como derecho y no como privilegio.

4.3.3 *Papel de los Estudiantes y la Comunidad Educativa en las Movilizaciones*

Las movilizaciones estudiantiles han sido, históricamente, uno de los motores sociales más dinámicos en América Latina. No solo por su capacidad de congregar a miles de jóvenes, sino por su potencia transformadora al posicionar debates públicos sobre derechos fundamentales como la educación, la salud y la democracia. En el caso colombiano, la lucha estudiantil ha tenido un papel clave en momentos críticos del país, desbordando muchas veces los límites de lo estrictamente universitario para dialogar con la realidad nacional.

Durante el paro de 2018, los estudiantes no solo defendieron el financiamiento digno de la universidad pública, sino que lograron articular múltiples luchas: la defensa de la vida, el respeto por la protesta, la autonomía universitaria, la justicia social y la dignidad de los sectores populares. Esta capacidad de politización y articulación intersectorial evidenció la madurez del movimiento estudiantil contemporáneo, que se organizó desde la base a través de asambleas, comités, ollas comunitarias, brigadas de salud, jornadas culturales y expresiones de memoria activa.

La comunidad educativa, entendida como el conjunto de estudiantes, docentes, trabajadores administrativos, egresados y familias, también jugó un papel crucial. El paro no fue exclusivo de los estudiantes: en muchas regiones como Popayán, se vivieron experiencias triestamentarias de articulación. Los docentes ocasionales marcharon junto a sus estudiantes, los padres y madres enviaron mensajes de aliento, las escuelas secundarias replicaron acciones de apoyo, y las universidades hermanas (incluso privadas) manifestaron su respaldo.

Freire (2005) nos recuerda que “nadie educa a nadie, nadie se educa solo, los

hombres se educan entre sí mediado por el mundo”. Desde esta perspectiva, la movilización fue un proceso pedagógico donde la comunidad educativa en su conjunto aprendió a deliberar, a organizarse, a resistir sin violencia y a cuidar del otro. La práctica colectiva de la educación popular se volvió tangible: en cada cartel, en cada olla, en cada asamblea, se estaba enseñando una forma de ciudadanía crítica y comprometida.

Raúl Zibechi (2007), por su parte, propone que los movimientos sociales son espacios de producción de nuevas formas de vida, no solo de protesta. En este sentido, el papel de los estudiantes fue el de abrir brechas en la cotidianidad institucionalizada, generando “sociedades en movimiento” que reconfiguran el orden y cuestionan el poder. La universidad dejó de ser solo un aula para convertirse en campamento, asamblea, teatro, calle y plaza.

Así, el paro universitario de 2018 demostró que los estudiantes no son únicamente sujetos pasivos del sistema educativo, sino actores políticos capaces de incidir, transformar y construir sentidos colectivos. La comunidad educativa, por su parte, demostró que es posible organizarse desde abajo, sin verticalismos, en defensa de lo común.

4.3.4 Educación Popular

Hablar de educación popular es adentrarse en una tradición latinoamericana de lucha, esperanza y organización desde abajo. No se trata simplemente de una metodología alternativa, sino de un horizonte político-pedagógico que reivindica el derecho de los pueblos, a construir sus propios saberes en relación con sus contextos, historias y sueños. Como bien lo señala Paulo Freire (2005), “la educación no cambia el mundo, cambia a las personas que van a cambiar el mundo”. En este sentido, la educación popular no es neutra ni técnica, sino profundamente situada, ética, política y transformadora.

Durante el Paro Nacional Estudiantil de 2018 en Popayán, la educación popular dejó de ser un concepto abstracto para convertirse en una práctica encarnada en las calles, los

campamentos, las ollas comunitarias y las asambleas. Allí se aprendió desde la horizontalidad, sin jerarquías, sin aulas tradicionales, y con una profunda conexión entre cuerpo, territorio, memoria y resistencia. La pedagogía emergió del conflicto, del cuidado, del debate y del arte. Fue una pedagogía de la insumisión, como la ha conceptualizado Marco Raúl Mejía (2013), donde la rebeldía se vuelve una forma legítima de conocimiento y creación colectiva. En este sentido, la educación popular no fue un recurso más del paro: fue su columna vertebral.

Esta forma de educar reconoce que todo acto pedagógico es también un acto político. Así lo argumenta Carlos Núñez Hurtado (2007), quien plantea que la educación popular se fundamenta en la ética de la ternura, el diálogo de saberes y la construcción colectiva del sentido. Durante el paro, los y las estudiantes tejieron puentes entre el saber académico y el saber comunitario, entre la teoría y la acción, entre la universidad y la calle. Cada olla compartida, cada cartel pintado colectivamente, cada espacio de formación, fue un acto pedagógico en sí mismo. No se trataba de enseñar contenidos, sino de generar conciencia, organización y autonomía.

Además, la educación popular desafía la lógica bancaria de la educación, como lo denuncia Freire (1970), y propone una pedagogía dialógica, donde los sujetos no son objetos de intervención sino protagonistas del cambio. En la experiencia del paro, esto se tradujo en prácticas concretas: comisiones organizativas, asambleas triestamentarias, talleres autogestionados, jornadas artísticas, marchas creativas y espacios de reflexión donde se problematizó, no solo la educación, sino la democracia, el racismo, el patriarcado y el modelo económico.

Raúl Zibechi (2012), por su parte, aporta una mirada desde las resistencias urbanas y populares, resaltando que los espacios de lucha también son espacios de formación política. En sus palabras, “los movimientos no solo enfrentan al poder, también generan mundos nuevos”. Eso fue precisamente lo que ocurrió en Popayán: en medio del paro, los

estudiantes no solo demandaron presupuesto, también soñaron y ensayaron otra universidad, otra ciudad y otra forma de relacionarse.

Por su parte, Orlando Fals Borda (1986) propone la investigación-acción participativa como un camino para democratizar el conocimiento y devolver a los pueblos, la capacidad de ser sujetos epistémicos. La sistematización de experiencias, que forma parte de este trabajo de grado, se enmarca en ese horizonte: recuperar las vivencias del paro no como recuerdos estáticos, sino como semillas de saber vivo, crítico y útil para las luchas futuras.

La educación popular también reivindica el cuerpo y la emoción como dimensiones del aprendizaje. En el paro, se lloró, se tuvo miedo, se curaron heridas, se cantó y se celebró. Todo eso es parte del proceso formativo. Como lo expresa Claudia Korol (2014), “la pedagogía de la ternura y de la rebeldía es también una pedagogía del cuerpo, del deseo y de la alegría”. Esta mirada integradora fue fundamental en el paro, donde la sensibilidad colectiva se convirtió en motor de acción y sostenimiento emocional frente a la represión.

La educación popular fue el alma del paro de 2018 en Unicauca. No fue un añadido decorativo, sino el eje articulador de una experiencia pedagógica profundamente transformadora. Este trabajo de grado, al sistematizar esas vivencias, también se inscribe en esa tradición. Recuperar lo vivido no es mirar atrás, es encender la llama del presente para que las luchas futuras tengan memoria, argumentos y esperanza.

4.3.5 Sistematización

Hablar de sistematización en el marco de este trabajo de grado no es simplemente referirse a una técnica metodológica. Es, ante todo, reconocer una apuesta ética, política y pedagógica por dignificar la experiencia vivida, volverla memoria colectiva y fuente de conocimiento. Esta perspectiva hunde sus raíces en la educación popular latinoamericana, en la que la voz de quienes luchan, organiza y resisten, no sólo importa, sino que es el centro mismo del acto de conocer.

Óscar Jara, uno de los principales referentes en el campo de la sistematización la define como “la interpretación crítica de una o varias experiencias que, a partir de su ordenamiento y reconstrucción, permite descubrir la lógica del proceso vivido, los factores que han intervenido en él, y las claves de su desarrollo” (Jara, 2018, p. 25). Esta mirada es profundamente transformadora: en lugar de reducir las vivencias a datos fríos o anécdotas sueltas, las convierte en insumos para pensar y transformar la realidad. Sistematizar es, entonces, una forma de reapropiarse del pasado para fortalecer las luchas del presente y proyectar horizontes futuros.

En esta investigación, la sistematización se asumió como una herramienta para reconstituir críticamente la experiencia del Paro Nacional Estudiantil de 2018 en Popayán, desde las voces, sentires y aprendizajes de sus protagonistas. Se trató de hilar relatos, organizar momentos, recuperar símbolos y entender sentidos. Como plantea Jara (2017), toda sistematización nace de una necesidad vital de quienes han protagonizado un proceso, y en ese sentido, este trabajo no fue una mirada externa, sino una reconstrucción desde adentro, con afecto, con memoria viva, con indignación y con esperanza.

El paro no fue solo una sucesión de hechos. Fue un proceso pedagógico colectivo, complejo y profundamente humano. Sistematizarlo implicó identificar las dimensiones emocionales, organizativas, culturales y políticas que se entretejieron en la toma del espacio público, las jornadas artísticas, las marchas y las asambleas. También significó reconocer las contradicciones, los errores, las tensiones internas, porque como bien dice Jara (2018), una sistematización honesta no embellece el pasado, sino que lo interroga críticamente.

La sistematización no busca llegar a “la verdad” única, sino poner en diálogo múltiples verdades tejidas desde abajo. En este caso, se construyó a partir de testimonios, memorias escritas, fotografías, videos, carteles, publicaciones y sobre todo, de la experiencia vivida por los estudiantes. La metodología de este trabajo de grado, basada en

entrevistas, línea de tiempo y reflexión colectiva, se nutre de ese enfoque, donde los sujetos no son objetos de estudio, sino constructores del saber.

En palabras de Jara (2013), sistematizar es también “reconstruir sentidos”, es decir, encontrar aquello que hizo posible la experiencia, lo que la motivó, lo que se transformó en ella, lo que permanece y lo que duele. Por eso, este trabajo no pretende clausurar el sentido del paro de 2018, sino dejarlo abierto, disponible para otras generaciones que quieran comprender cómo se gestó una lucha y qué aprendizajes dejó.

La sistematización, en suma, es parte de una epistemología insurgente, crítica y situada. Nos invita a reconocer que las historias de lucha no se archivan; se narran, se discuten, se comparten y se transforman en brújulas para la acción. Este trabajo de grado, inspirada en esa convicción, quiere ser no solo un documento académico, sino una herramienta de memoria, formación política y acción pedagógica.

5 Ruta Metodológica

5.1 Sistematización de la Experiencia.

Este trabajo de grado se inscribe dentro de la corriente latinoamericana de sistematización de experiencias concebida, no como una técnica aislada, sino como una apuesta epistemológica y política, profundamente ligada a la educación popular.

Sistematizar es “interpretar críticamente una o varias experiencias que se han vivido, rescatando su lógica, su sentido, y aprendiendo a partir de ellas” Óscar Jara (2018),. No se trata simplemente de narrar lo que pasó, sino de comprender cómo, por qué y para qué ocurrió, reconociendo las voces de los actores involucrados como portadoras legítimas de conocimiento.

En el caso del Paro Nacional Estudiantil de 2018 en Popayán, la sistematización se convirtió en una herramienta de reconstrucción de memoria viva, útil no solo en la

recuperación de los hechos, sino para visibilizar los aprendizajes, tensiones, apuestas pedagógicas y contradicciones del proceso. Se parte de la premisa de que los saberes emergen de la práctica, y que los estudiantes, al organizarse, resistir, marchar, cocinar, debatir y soñar, estaban produciendo conocimiento colectivo. Este ejercicio busca precisamente visibilizar y resignificar esos saberes, que suelen ser negados o ignorados por las formas hegemónicas de producir conocimiento académico.

La sistematización se centró en los relatos de los actores activos del paro: estudiantes, docentes, líderes estudiantiles y egresados. A través de entrevistas semiestructuradas y abiertas, se recuperaron sus voces, emociones, reflexiones y memorias. Cada conversación fue un acto pedagógico de reconstrucción del pasado y, al mismo tiempo, de proyección hacia el futuro. El diseño metodológico respetó los ritmos y tiempos de los participantes, en coherencia con los principios de la educación popular que privilegian la horizontalidad y el diálogo de saberes.

Este enfoque implicó también una lectura crítica del contexto, articulando los testimonios con documentos producidos durante la movilización (carteles, comunicados, videos, fotografías, registros en redes sociales, bitácoras) y con el análisis de prensa local y nacional. Estos insumos permitieron no solo verificar los hechos, sino triangular la información para profundizar la comprensión de los procesos pedagógicos, organizativos y políticos que marcaron el paro.

Así, la sistematización no fue un acto técnico ni neutral, sino una praxis situada. Como plantea Freire (2005). “no hay palabra verdadera que no sea unión inquebrantable entre acción y reflexión”, y este trabajo de grado encarna esa unión: reflexionar sobre la acción de resistir, para nutrir futuras acciones de transformación.

El enfoque de sistematización permitió ir más allá de una mirada nostálgica o heroica de la movilización. Posibilitó reconocer también las tensiones, errores, límites y aprendizajes inacabados. Porque sistematizar no es maquillar el conflicto, sino revelarlo

como parte inherente del proceso educativo, cuando este se construye en clave popular, emancipadora y colectiva.

Finalmente, los pasos que se siguieron para la reconstrucción crítica de la experiencia son los siguientes:

- Reconocer las condiciones del contexto: es fundamental determinar en qué condiciones particulares del contexto tiene lugar la experiencia tal como lo plantea Oscar Jara (2017) “el momento histórico, el espacio geográfico y el entorno socio-cultural, son la condición de posibilidad de cada experiencia, fuera de los cuales no es factible entenderla, pues forma parte de su realización. En este sentido, el contexto no es algo exterior a la experiencia, sino una de sus dimensiones, ya que ella no sería, no estaría siendo o no habría sido, sino es en y por ese contexto”
- Ordenar y reconstruir el proceso vivido: este paso permite organizar y recuperar la historia, la memoria y los registros que existen sobre la experiencia. En el marco de este trabajo de grado, se identificaron las fuentes de información y los actores que hacen posible esa reconstrucción, otorgándole al proceso una dimensión propia e irrepetible.
- Interpretación crítica del proceso: analizar y sintetizar los acontecimientos vividos que permitan comprender la experiencia, entendiendo que este es un “...ejercicio crítico de construcción de conocimientos y de descubrimiento de sentido de lo vivido” Oscar Jara (2017).
- Valorar aprendizajes y compartirlos: se trata de comprender qué conocimientos emergieron, cómo fueron apropiados por los actores y de qué manera pueden nutrir nuevas prácticas educativas y organizativas; compartir los aprendizajes adquiere una dimensión política y pedagógica, pues, como señala Paulo Freire (1996), el conocimiento cobra sentido cuando se socializa y se convierte en una herramienta para la acción colectiva y la

transformación social. De esta manera, la experiencia sistematizada trasciende su propio ámbito y se Según Óscar Jara (2017), implica reconocer los saberes contruidos colectivamente, identificar las transformaciones generadas y proyectar su utilidad para otros procesos se convierte en un aporte para otras comunidades y movimientos.

5.2 Investigación Cualitativa

Este trabajo de grado se inscribe dentro del paradigma cualitativo, cuyo objetivo no es la cuantificación de hechos, sino la comprensión profunda de las experiencias, sentidos, emociones y aprendizajes que emergieron durante el Paro Nacional Estudiantil de 2018, en Popayán. La investigación cualitativa permite acceder a la subjetividad de los actores, comprender el proceso desde sus voces, y rescatar el valor de la vivencia como categoría epistemológica (Taylor & Bogdan, 1990).

A diferencia de las metodologías positivistas que privilegian el control y la replicabilidad, este enfoque parte del reconocimiento de que el conocimiento se construye en diálogo con la realidad, de forma situada, contextual y relacional. En este sentido, se asumió un enfoque interpretativo y crítico, centrado en los significados que los y las participantes atribuyen a sus acciones, emociones y vivencias durante el paro (Flick, 2007).

Siguiendo a Denzin y Lincoln (2012), se entiende la investigación cualitativa como una práctica situada que transforma el mundo, al representar experiencias, voces, afectos y estructuras sociales desde la mirada de los propios sujetos. No se trata de hablar “sobre” los estudiantes, sino de construir conocimiento “con” ellos, reconociendo su lugar como productores legítimos de saber.

La decisión metodológica de utilizar herramientas cualitativas, responde también a la naturaleza del objeto de estudio: un proceso social, político, pedagógico y cultural, profundamente cargado de sentidos simbólicos. El paro no puede ser comprendido en

términos meramente técnicos ni desde variables estandarizadas; exige ser leído desde la complejidad de lo humano, lo colectivo y lo contradictorio (Stake, 1995).

Por ello, la voz de los estudiantes que participaron activamente del paro, fue el punto de partida. Se realizaron entrevistas en profundidad, historias de vida, revisión documental y análisis de expresiones gráficas y audiovisuales. Esta recolección no se limitó a la recopilación de datos, sino que buscó generar espacios de escucha, memoria y reconocimiento, donde el diálogo se convirtiera también en acto pedagógico (Freire, 2005).

En coherencia con los principios de la educación popular, la metodología no fue neutra ni despolitizada. Cada entrevista fue un acto para dignificar la memoria, una apuesta por recuperar las luchas desde sus protagonistas, y una oportunidad para seguir tejiendo organización y reflexión (Mejía, 2013).

5.3 Los Actores de la Experiencia.

La comunidad educativa que protagonizó el Paro Nacional Estudiantil de 2018 en Popayán fue diversa, comprometida y profundamente política. En el centro del proceso se encontraron los estudiantes, quienes no solo encabezaron las movilizaciones, sino que dinamizaron la construcción cotidiana de agendas pedagógicas, artísticas y organizativas. Sin embargo, no caminaron solos. Su lucha fue acompañada, en distintas formas y momentos, por docentes, trabajadores administrativos, egresados, familias y colectivos sociales.

Los y las estudiantes fueron los sujetos activos de esta experiencia. Desde múltiples roles —como voceros, cocineros, diseñadores de carteles, organizadores logísticos, cuidadores del campamento, oradores, artistas, comunicadores y defensores de derechos humanos— tejieron una movilización integral y profundamente autogestionada. Su capacidad de agencia desbordó los márgenes del aula y la representación formal: se constituyeron en actores pedagógicos que, en la calle y la plaza pública, enseñaron y

aprendieron colectivamente. En este sentido, la movilización fue un proceso de formación política, en clave freiriana, donde se superó la dicotomía entre educadores y educandos (Freire, 2005).

El paro, sin embargo, no se limitó a los estudiantes. Hubo docentes que acompañaron con firmeza y generosidad: algunos participaron en asambleas, otros dictaron clases abiertas, muchos defendieron públicamente el derecho a la protesta y aportaron desde la palabra crítica o la solidaridad material. Su respaldo, aunque no siempre unánime, fue fundamental para legitimar las acciones estudiantiles, frente a sectores conservadores que exigían el retorno a la “normalidad académica”.

También los trabajadores administrativos hicieron parte del tejido de resistencia. Su acompañamiento, aunque menos visible, se expresó en gestos concretos: facilitar materiales, apoyar espacios logísticos, garantizar servicios básicos y, en ocasiones, unirse activamente a las marchas. Estos vínculos entre estamentos reafirmaron el carácter triestamentario de la movilización, que no solo exigía recursos para las universidades, sino también dignidad laboral y reconocimiento para todos quienes habitan la vida universitaria.

En muchos casos, las familias también acompañaron la lucha. Madres y padres que, lejos de temerle al discurso de “perder el semestre”, se sumaron con aportes de víveres, palabras de aliento y presencia simbólica. Esta conexión intergeneracional fue esencial para ampliar la legitimidad social del paro y desactivar discursos estigmatizantes contruidos desde sectores mediáticos y gubernamentales.

Como bien señala Zibechi (2012), los movimientos sociales efectivos son aquellos que logran construir tejido social desde abajo, donde lo comunitario se entrelaza con lo político. El paro del 2018 fue, en ese sentido, un proceso de comunidad: no una suma de individuos movilizad0s, sino una experiencia colectiva de cuidado, resistencia, aprendizaje y lucha.

5.4 Técnicas de Recolección de Información

5.4.1 *Revisión documental*

La revisión documental fue una técnica clave dentro del proceso de sistematización de la experiencia del Paro Nacional Estudiantil de 2018. Esta herramienta metodológica, permitió complementar las voces de los actores directamente involucrados, con el análisis de fuentes secundarias que ofrecieron contexto, historicidad y múltiples miradas sobre la movilización. A través de esta técnica se recuperaron relatos, discursos, imágenes, registros audiovisuales y textos que circularon durante y después del paro, tanto a nivel local como nacional.

El análisis documental incluyó la revisión de comunicados oficiales, actas de asambleas, publicaciones en redes sociales, informes de prensa local y nacional, boletines universitarios, columnas de opinión, registros gráficos y artículos académicos. Cada uno de estos documentos fue abordado desde una perspectiva crítica, atendiendo no solo a su contenido literal, sino a sus implicaciones simbólicas, políticas y pedagógicas.

Según Cellard (1999), la revisión documental permite acceder a dimensiones ocultas de los fenómenos sociales, al conectar discursos escritos con prácticas vividas. En este caso, el cruce entre los documentos y los testimonios permitió reconstruir una línea de tiempo coherente, identificar momentos de inflexión, actores estratégicos, repertorios de acción y respuestas institucionales.

Además, como lo plantea Cisterna (2005), el análisis de documentos es fundamental en procesos de sistematización porque ofrece la posibilidad de triangular datos, contrastar versiones y enriquecer la comprensión de los procesos desde diversas fuentes. Esta triangulación fue esencial para sustentar la credibilidad de los hallazgos y ampliar el horizonte interpretativo del estudio.

La revisión documental, por tanto, no fue un ejercicio neutro ni pasivo. Fue un acto político de lectura crítica, de rastreo de memoria y de resignificación de la palabra escrita. En el marco de una pedagogía de la memoria (Mejía, 2008), este ejercicio permitió recuperar narrativas que los medios tradicionales intentaron silenciar, visibilizar prácticas pedagógicas emergentes y resignificar las huellas de una lucha que transformó a toda una generación.

5.4.2 Observación

La observación fue una técnica fundamental para el proceso de sistematización en esta investigación, no solo como una herramienta para registrar comportamientos o acciones, sino como una experiencia inmersiva en la vida del movimiento estudiantil. Observar no fue un ejercicio pasivo; implicó estar, sentir, acompañar, y dejarse transformar por el proceso vivido en el Paro Nacional Estudiantil de 2018.

En esta experiencia, la observación fue de carácter participante, ya que quien investiga formó parte activa del movimiento, lo cual permitió un conocimiento situado, desde adentro, con comprensión de los códigos, lenguajes y emociones propias del proceso. Tal como plantea Taylor y Bogdan (1986), en la investigación cualitativa, observar implica sumergirse en el contexto para captar los significados que los sujetos otorgan a sus acciones y relaciones. Este vínculo permitió una lectura más rica del sentido político-pedagógico de cada acto: desde la elaboración de una pancarta hasta la decisión de tomar el espacio público.

Durante la movilización, la observación también permitió registrar dinámicas organizativas, formas de autocuidado, relaciones intergeneracionales, prácticas culturales emergentes y tensiones internas. Lo observado no se redujo a lo visible: incluyó silencios, gestos, símbolos y rituales que configuraron una pedagogía del acontecimiento.

Autores como Guber (2011) destacan que observar, en el contexto de investigaciones comprometidas, exige una reflexividad constante. Esto significa cuestionar nuestra mirada, reconocer los filtros culturales y emocionales que intervienen en la interpretación y dialogar éticamente con lo observado. En este sentido, se asumió la observación como una práctica de escucha ampliada, que puso atención al dolor, a la dignidad, a los cuerpos que resistían y a los aprendizajes que emergían.

La observación también fue acompañada de registros escritos, dibujos, fotografías y narrativas que posteriormente fueron analizadas como insumos de la sistematización. Cada recorrido por el Parque Caldas, cada jornada en los campamentos universitarios, cada gesto de solidaridad observado, aportó a la construcción de un conocimiento colectivo, situado y con compromiso ético-político.

5.4.3 Entrevistas

Las entrevistas realizadas en el marco de esta investigación constituyen un insumo fundamental para la recuperación y sistematización de las experiencias del Paro Nacional Estudiantil de 2018 en Popayán. Desde una perspectiva cualitativa, no se trató simplemente de aplicar una técnica para recolectar información, sino de propiciar un espacio de diálogo entre saberes, donde las voces de los protagonistas se reconocieran como fuentes legítimas de conocimiento.

Se realizaron entrevistas semiestructuradas a estudiantes, docentes, líderes estudiantiles y otros actores claves del movimiento. Esta modalidad permitió combinar preguntas abiertas con la posibilidad de profundizar en temas emergentes durante la conversación, tal como sugieren Vasilachis (2009) y Kvale y Brinkmann (2009), para quienes la entrevista cualitativa no es un instrumento cerrado, sino un proceso de construcción compartida de significados.

En coherencia con los principios de la educación popular, las entrevistas se desarrollaron desde una ética del cuidado, el respeto y la horizontalidad. Como señala Jara (2018), en procesos de sistematización, el diálogo entre sujetos es tan importante como el contenido que se recupera, pues se parte de la premisa de que toda persona que ha vivido una experiencia tiene algo valioso que decir sobre ella.

Además, se consideraron elementos clave del contexto emocional y político en el que las entrevistas fueron realizadas. Algunas de ellas estuvieron marcadas por el recuerdo doloroso de la represión, el miedo o la pérdida; otras por la esperanza, la mística y la transformación vivida en colectivo. Se reconoció la entrevista no solo como técnica, sino como acto político-pedagógico que permite resignificar la memoria y reafirmar la dignidad de quienes lucharon.

Las entrevistas fueron grabadas con consentimiento informado y transcritas para su posterior análisis. A partir de ellas emergieron categorías como: la educación como derecho, la experiencia del campamento, la solidaridad entre actores diversos, la represión estatal, y el legado político del paro. Estas categorías fueron posteriormente trianguladas con la línea de tiempo y los documentos recopilados, fortaleciendo el rigor interpretativo del proceso investigativo.

5.4.4 Grupo Focal

El uso del grupo focal en esta investigación respondió a la necesidad de profundizar colectivamente en la comprensión del Paro Nacional Estudiantil de 2018, desde las voces de quienes lo vivieron. A diferencia de la entrevista individual, esta técnica permitió reconstruir experiencias mediante el intercambio de memorias, puntos de vista y afectos compartidos entre diversos actores del movimiento.

Se convocaron varios participantes que hicieron parte activa de la movilización, quienes dialogaron entre sí en torno a preguntas previamente estructuradas, pero abiertas a

nuevas emergencias temáticas. Esta modalidad generó una dinámica reflexiva en la que las palabras de unos evocaban las memorias de otros, permitiendo no solo ampliar la información, sino generar nuevas interpretaciones sobre lo ocurrido. Según Krueger y Casey (2015), el grupo focal es particularmente útil para explorar creencias, actitudes y significados en contextos de investigación cualitativa, y favorece la emergencia de narrativas colectivas.

El grupo focal fue también un espacio pedagógico en sí mismo. No se trató solo de obtener datos, sino de propiciar una conversación entre iguales, atravesada por la escucha, la memoria y la dignidad. En coherencia con los principios de la educación popular, el grupo focal fue comprendido como un acto de encuentro horizontal, en donde la palabra circuló de manera libre, reconociendo la experiencia vivida como fuente válida de saber (Freire, 2005; Jara, 2018).

Durante la sesión, se abordaron temas como el papel de la universidad pública, las estrategias de resistencia, el uso del arte y la cultura, las formas de organización estudiantil, el papel de la comunidad, y las heridas dejadas por la represión. La conversación colectiva no solo sirvió para confirmar hallazgos ya obtenidos mediante entrevistas o revisión documental, sino que aportó nuevos sentidos, emociones y miradas que enriquecieron la comprensión del proceso.

Las sesiones fueron grabadas con consentimiento de los participantes y posteriormente transcritas. Los fragmentos clave fueron analizados junto con las otras fuentes, como parte del proceso de triangulación metodológica.

5.4.5 Registro Fotográfico: Evidencia que Permite Reconstruir

El registro fotográfico desempeñó un papel fundamental en la reconstrucción de la memoria del Paro Nacional Estudiantil de 2018 en Popayán. Más que ilustraciones, las fotografías se convirtieron en documentos vivos que capturaron emociones, resistencias,

encuentros y pedagogías en acción. Cada imagen —ya fuera de una olla comunitaria, un cartel, una marcha o un rostro anónimo— contiene un fragmento del relato colectivo que esta sistematización busca recuperar.

La fotografía, desde una mirada crítica y social, permite fijar momentos significativos, pero también abre preguntas sobre los contextos, los actores y las intenciones detrás de cada escena. Según Barthes (2003), toda imagen posee un “punctum”, un detalle que interpela, que hiere, que obliga a mirar más allá de lo aparente. En el caso del paro, ese punctum se manifiesta en los cuerpos movilizados, en los murales intervenidos, en las lágrimas, las risas y los símbolos que construyeron el lenguaje visual del movimiento.

Durante el proceso de recolección, se realizó una curaduría de archivos provenientes de redes sociales, cámaras personales, medios alternativos y repositorios autogestionados por colectivos estudiantiles. Estas fotografías fueron analizadas no sólo como registro estético, sino como insumo metodológico que dialoga con los testimonios orales, los documentos escritos y la línea de tiempo.

Desde la sistematización, Jara (2018) señala que los materiales visuales son claves para activar la memoria colectiva, especialmente en contextos donde la palabra puede ser limitada o censurada. Por ello, las imágenes aquí utilizadas no cumplen una función decorativa, sino que son piezas de una narrativa visual que construye sentido y fortalece el proceso de resignificación política y pedagógica del paro.

Además, en el marco de la educación popular, la imagen tiene un carácter provocador y liberador. Freire (2005) ya advertía que la representación visual, cuando es leída colectivamente, puede generar procesos de concientización crítica. Así, los registros fotográficos del paro se convierten en herramientas para mirar, entender y transformar la realidad desde los márgenes.

6 Capítulo de Resultados

6.1 Reconstruyendo el Proceso Vivido por los Estudiantes de Unicauca Durante el Paro de 2018.

El proceso vivido en el paro 2018 en Unicauca, se encuadra en un ambiente político que puso de relieve, una serie de deficiencias estructurales en el sistema educativo colombiano, incluyendo la falta de acceso equitativo, la calidad deficiente de la educación, la deserción estudiantil y la desfinanciación de las instituciones públicas.

El descontento llevó a los estudiantes a adquirir dinámicas radicales, puesto que el panorama a nivel nacional era muy desmotivante; la Universidad del Cauca al igual que muchas otras, estaban en crisis por el déficit que tenían, lo cual obedece al no incremento del dinero girado a las IES, a pesar del aumento de la población estudiantil; dicho déficit era el pan de cada día de los estudiantes, esto se evidenciaba de diversas maneras, como la falta de acceso a restaurante estudiantil, el hacinamiento que había en las residencias universitarias estudiantiles, la falta de tarifa diferencial para movilizarse a las diferentes facultades, en el entendido que el campus físico o estructural de la universidad del Cauca no es concentrado en un solo espacio y la falta de infraestructura para los laboratorios y salones de la universidad; en ese entonces el rector José Luis Diago Franco, jugó un papel fundamental, porque llevo la voz de los estudiantes a las mesas como el consejo superior y reuniones de rectores de instituciones de educación superior pública, uniéndose a la lucha, ya que entendía que la universidad necesitaba recursos que le permitieran condiciones de bienestar a sus estudiantes, para la permanencia y el buen funcionamiento.

Ahora bien, buscando recuperar la memoria viva en las voces de los protagonistas, se rescatan varias fechas y momentos, que para ellos y ellas son muy importantes dentro de la Universidad del Cauca, por cuanto llevaron a los estudiantes, docentes y administrativos, a adquirir dinámicas diferentes a las cotidianas, movidos por la concienciación política frente al momento histórico que se vivía.

La tabla que se presenta a continuación busca dar cuenta de dichos momentos fundamentales, en la medida que el paro avanza y las movilizaciones van escalando en intensidad, hasta lograr lo máximo que se pudo alcanzar, que, aunque no cumplen todas las expectativas de los participantes, se consideran de vital importancia para la universidad y los estudiantes.

El detallado que se presenta a continuación es un análisis minucioso de cómo se desarrolló dicho paro, las fechas importantes y como fue avanzando y escalando la movilización hasta lograr una pequeña porción de financiamiento para los establecimientos educativos).

Tabla 2. De Memoria Histórica

Fecha	Suceso
19 de abril de 2018	A partir de un proceso de diálogo entre representantes estudiantiles y la dirección universitaria, se sembró una semilla que más tarde se transformaría en movilización: se convocó a asambleas por facultades. Este fue un acto profundamente pedagógico, porque allí se pusieron a circular saberes, inconformidades y propuestas. En cada asamblea, la palabra fue herramienta de construcción colectiva y los estudiantes entendieron que la educación superior, no se defiende en solitario, sino desde el tejido de ideas compartidas. La asamblea fue más que una reunión, fue el punto de partida de una concienciación crítica en los estudiantes.
24 y 25 de abril de 2018	Durante estos dos días, los estudiantes no solo alzaron la voz, también le dieron ritmo, color y creatividad a la lucha. Bajo el llamado de la UNEES, se organizó el “Carnaval Unicaucano”. Desde muy temprano se vivió el “saloneo”, una estrategia para suspender clases y convertir los salones en espacios deliberativos. A las 9 a.m. comenzó la recolección de insumos y se brindó información sobre el ENEES. El 25, artistas y colectivos culturales se sumaron con su arte a una gran marcha: “¡Avíspate por la educación!”. Aquí, el arte se volvió lenguaje de resistencia. Fue un claro ejemplo de cómo en la educación popular, la cultura, es pedagogía y movilización.
4 de mayo de 2018	Ese día, en el parque de Ingenierías, los y las estudiantes se dieron cita para seguir hilando el proceso organizativo. Se trató de un espacio autogestionado de coordinación interna, que reafirmó la autonomía del movimiento estudiantil. Como lo enseña la educación popular, la lucha también se construye en el cotidiano, en los encuentros en el parque, en los círculos de reflexión al aire libre, en la ternura de lo colectivo.
17 de mayo de 2018	La marcha de antorchas fue una metáfora viva: en medio de las sombras que imponía la crisis educativa, los estudiantes encendieron luces con sus manos. No fue solo una caminata nocturna; fue una caminata de memoria, de denuncia y de esperanza. En cada antorcha, una promesa: no dejar que apaguen el fuego de la educación pública. La noche se iluminó con la fuerza de un movimiento que se sabía con la razón, con la historia y con el

corazón.

18 de junio	Este día se anunció que el Segundo ENEES se realizaría en la Universidad de la Amazonía, en Florencia, Caquetá. Este hecho fue vital porque descentralizó la discusión nacional y visibilizó otras regiones históricamente marginadas del debate educativo. En clave de educación popular, esto significó que la lucha no se concentra solo en las capitales, sino que se nutre de la diversidad territorial, de las voces de la selva, del llano y de las montañas. El saber se construye entre todas y todos, y cada territorio aporta su dignidad.
25 de julio	En un gesto de coherencia y compromiso, los docentes decidieron salir a las calles. No fue un acto simbólico, fue un grito de unidad. Entendieron que la crisis no era solo estudiantil, sino estructural. Al exigir garantías para el sistema educativo, recordaron que la defensa de la universidad pública es también una lucha por la dignidad del trabajo docente. La educación popular siempre ha señalado que los cambios reales se gestan cuando el pueblo se une, cuando los saberes académicos se articulan con las causas sociales.
22 de agosto	Conscientes de la importancia de llevar propuestas concretas al ENEES de Florencia, se convocó a las y los estudiantes de la Universidad del Cauca, para construir colectivamente el aporte de la región. Esta fecha refleja el ejercicio horizontal del poder estudiantil, donde no se impone una agenda, sino que se construye desde abajo. Aquí, el pensamiento crítico se pone al servicio de la acción colectiva. Es una pedagogía del diálogo, de la escucha y del encuentro.
28 de agosto	Comienza a tejerse una red de manos y saberes: se convocó al estudiantado unicaucano a sumarse a comisiones de trabajo en preparación al ENEES. Las comisiones —de arte, cultura y comunicaciones; metodología y finanzas; y, derechos humanos— no fueron simples divisiones funcionales, sino espacios horizontales de creación colectiva. En ellas, la palabra circuló sin jerarquías, se reconocieron los conocimientos diversos como herramientas políticas, y se reafirmó que organizarse también es resistir.
30 de agosto	Una estrategia profundamente pedagógica tomó las calles: “Regala un libro”. Más que un gesto simbólico, fue una apuesta por sembrar conciencia. Paralelamente, se inició una colecta para financiar el viaje de los y las estudiantes unicaucanas al ENEES. Esa acción —pedir en la calle, explicar a los transeúntes, dialogar con la ciudadanía— convirtió cada esquina en una clase abierta, en una lección viva sobre solidaridad, autogestión y dignidad.
5 de septiembre	Los estudiantes marcharon por la educación: ese día se vivió un carnaval, una bailatón y una velatón, en la que docentes de ASPU se sumaron al clamor estudiantil. Fue una jornada donde se entrelazaron alegría y denuncia, baile y protesta. Desde los tambores hasta las velas encendidas, cada gesto expresaba una demanda colectiva por el derecho a soñar una universidad distinta. Fue una movilización donde se comenzaron a construir las banderas locales que luego ondearían a nivel nacional.

10 - 11 de septiembre	En jornadas intensas y profundamente democráticas, se construyeron los documentos finales del proceso local rumbo al ENEES. Aquí se debatió con rigor, se escribió con compromiso y se consensuó con paciencia. Este pre-ENEES fue la materialización de una pedagogía crítica, donde cada argumento se sostuvo en la experiencia vivida y en el horizonte compartido de transformación educativa.
14 al 17 de septiembre de 2018	Durante estos días, más de 2000 estudiantes de todo el país se encontraron en la Universidad de la Amazonía para el ENEES 2.0. No fue solo un evento, fue un acontecimiento político: se construyeron mesas nacionales, se compartieron dolores comunes y se forjaron sueños colectivos. La declaración política que emergió no fue redactada por unos pocos, sino sentida y pensada por muchas voces. En ese acto, la educación pública volvió a ser territorio de disputa y esperanza.
20 de septiembre	De regreso a sus territorios, las delegaciones estudiantiles no se replegaron, sino que activaron el diálogo con sus comunidades. En Unicauca, se construyó una ruta de trabajo local para socializar y dinamizar lo vivido en el ENEES. Informar no fue solo una tarea logística: fue un acto de devolución política y pedagógica, una forma de asegurar que el saber colectivo no quedara en pocas manos.
25 de septiembre	Los medios de comunicación, tanto locales como nacionales, comenzaron a poner el foco en la “crisis de la educación superior”. Lo que antes se consideraba una preocupación sectorial se volvió asunto público. El discurso estudiantil, sembrado en plazas y salones, empezó a resonar en titulares. La palabra insurgente del movimiento logró romper el cerco mediático.
27 de septiembre	Ese día se convocó una asamblea triestamentaria: estudiantes, docentes y trabajadores, compartieron la palabra y la escucha. Allí se socializó lo acordado en el ENEES, pero también se fortalecieron los lazos internos de la comunidad universitaria. La asamblea, como ejercicio de democracia radical, volvió a demostrar que el diálogo es el camino para sostener el conflicto con sentido pedagógico y transformador.
2 octubre	En el marco de una gran marcha nacional, la comunidad educativa denunció con cifras concretas el estado de abandono de Unicauca, que acumulaba un déficit superior a los \$58 mil millones. Se evidenció cómo el programa Ser Pilo Paga había canalizado el 98% de sus recursos a universidades privadas, mientras se precarizaba lo público. Además, se denunció una reforma tributaria que castigaba a los docentes, con aumentos de impuestos de hasta un 80%, y se advirtió sobre la intención del gobierno, de modificar el decreto 1279 para reducir sus salarios. Con más de 636.000 personas endeudadas en el ICETEX, la marcha fue un grito coral que no solo exigía dinero, sino dignidad y justicia educativa.
3 octubre- 5 de octubre	La creatividad se volvió trinchera. En la Facultad de Artes, se realizó un taller de máscaras, serigrafía, carteles y chapolas, mientras un simbólico “pupitrero” en Santo Domingo sirvió de señal para movilizar a toda la comunidad hacia la asamblea estudiantil. Fueron días donde el arte evidenció más que nunca, su poder para comunicar la rabia, el amor, la memoria y la esperanza. En cada trazo, una idea; en cada cartel, una demanda.
4 de	La Facultad de Artes se declaró en Asamblea Permanente; reafirmando que

octubre	las decisiones colectivas no se improvisan, se construyen en espacios amplios, abiertos y horizontales. Esta declaratoria fue un grito de autonomía, una apuesta por caminar desde el arte hacia la transformación.
6 de octubre	Un profesor escribió a otro. No fue un mensaje privado, sino una carta abierta que cruzó los muros académicos, para interpelar a sus colegas: ¿qué rol debe jugar el cuerpo docente, frente a una crisis estructural de la educación pública? La carta se convirtió en espejo, en pregunta colectiva, en provocación ética.
7 de octubre	Se publicaron cronogramas y se organizó el trabajo por facultades en preparación para la gran movilización. La logística también fue pedagogía: aprender a organizarnos, a planear colectivamente, a hacer posible lo que parecía inalcanzable. La movilización ya no era solo una idea; se volvía cuerpo.
8 de octubre	En varias facultades se realizaron asambleas, jornadas de carteles y también de olla comunitaria. Alimentar el cuerpo fue alimentar la lucha. La olla como lugar de encuentro, el cartel como canal de expresión, la asamblea como faro de orientación. La comunidad universitaria tejía así, con lo simple y lo cotidiano, un movimiento profundamente político.
9 de octubre	Este día marcó un hito: se convocó a un campamento universitario en la Facultad de Ingenierías desde las 2 p.m. El objetivo era claro: construir, entre todas y todos, el pliego de exigencias. Acampar fue también plantar bandera, decir: aquí estamos y no nos vamos. Las carpas no eran solo abrigo, eran aulas de dignidad.
10 de octubre movilización	La gran movilización fue una marea diversa que desbordó los márgenes de lo imaginable. Desde diferentes puntos —campus universitarios, centros comerciales, puentes y parques— miles marcharon por la ciudad hasta llegar al Parque Caldas. Fue una jornada histórica que unió territorios y sectores. La movilización no se midió en pasos, sino en convicciones.
11 de octubre	Se declaró el paro indefinido en Unicauca, en el marco del paro nacional estudiantil. Una marcha de antorchas iluminó la noche, reafirmando la decisión colectiva de luchar sin descanso. La asamblea triestamentaria emitió una declaración política, dejando claro que no era solo un paro de clases, sino una movilización de sentido, memoria y proyecto de país.
13 de octubre	En un acto político y cultural, se conmemoró el Día de la Resistencia Indígena con “Volveré y seremos miles”. La frase no era consigna vacía, sino promesa viva de continuidad. En el canto, la danza y la palabra, se reconoció la raíz indígena del territorio y se conectaron luchas históricas por la dignidad.
14 de octubre	Por primera vez, Unicauca salió a las calles un domingo. No hubo clases ni labores, pero sí hubo pedagogía. Fue una jornada de recolección de alimentos para estudiantes en resistencia, una forma concreta de sostener el paro desde la solidaridad. Se demostró que luchar también es cuidar, compartir, acompañar. se realiza una jornada de recolección de alimentos, para apoyar a estudiantes de escasos recursos que deciden resistir en el paro nacional universitario, son formas de hacer pedagogía

15 al 21 de octubre	Durante esta semana, el paro se vivió con intensidad creativa. Las noches del “séptimo arte” llenaron de cine y reflexión los espacios universitarios. Hubo jornadas pedagógicas en Agrarias, ollas comunitarias, canelazos y actos culturales. La universidad, lejos de estar detenida, bullía de pensamiento crítico y construcción popular.
15 de octubre	Unicauca demuestra que la movilización no solo es de día, sino también de noche, por eso se convoca una agenda llamada “noches del séptimo arte”, jornadas de pedagogía en la facultad de agrarias
17 de octubre	La calle se llenó de zombis, pero no era Halloween. La “marcha zombie” fue una metáfora potente: estudiantes maquillados como muertos caminaban para señalar que la educación, sin financiación, se estaba muriendo. A la par, la CDES Cauca y estudiantes de secundaria como la Normal Superior se movilizaron también. La juventud unió voces en defensa de su futuro.
18 octubre	El CDU Tulcán albergó una nueva asamblea triestamentaria. Docentes, trabajadores y estudiantes volvieron a encontrarse en un mismo espacio deliberativo. Fue una jornada de escucha, de rendición de cuentas, de fortalecimiento del tejido universitario. La lucha no era solo estudiantil: era institucional.
19 de octubre	El Cabildo y el Palenque Universitario publicaron un comunicado de apoyo a la movilización. Las voces negras e indígenas no eran ajenas al paro, eran parte esencial de su columna vertebral. Este respaldo significó un entrelazamiento de resistencias, una afirmación de que lo popular es también profundamente diverso.
20 de octubre	Inició el ENEES de emergencia en la Universidad Distrital. La falta de voluntad gubernamental para financiar la educación empujó a una respuesta nacional contundente. Desde todos los rincones del país surgieron mensajes de apoyo: campesinos organizados como la ANUC, desde veredas como La Calera, enviaron fuerza y esperanza. El Colegio Mayor del Cauca, institución semi privada, también se sumó, reconociendo que esta lucha trascendía lo público y lo privado: era por el derecho a una educación para la vida digna.
22 de octubre	En un acto cargado de simbolismo, se realizó una siembra colectiva por la educación superior. Sembrar fue mucho más que poner semillas en la tierra: fue plantar futuro, esperanza, autonomía. El suelo se volvió aula, y la acción, lección. Fue una pedagogía del cuidado y la resistencia.
23 de octubre	La jornada de movilización nacional culminó con la instalación de un campamento universitario frente a la Catedral de Popayán. La plaza pública fue tomada por los sueños y los cuerpos organizados de estudiantes. En todo el país, las plazas se llenaron, pero el gobierno nacional permaneció en silencio ante el pliego de exigencias. El campamento se volvió hogar, trinchera y escuela.
24 de octubre	Se realizó una velatón para honrar la memoria de quienes han muerto en la lucha por la educación. La llama de cada vela fue un acto de denuncia ante los abusos policiales a nivel nacional. En Unicauca, estudiantes y brigadistas se articularon con el grupo Positiva, creando redes de apoyo y

salud. La olla comunitaria se compartió más allá de lo universitario: alimentó a quien lo necesitaba. La noche cerró con un concierto de clarinetes en el campamento; arte, cuidado y ternura sostenían la resistencia.

25 de octubre	Durante la asamblea triestamentaria, nació “el equipo de la olla”, que luego tomó otro nombre, pero mantuvo su esencia solidaria. Se destacó la participación activa de docentes, incluidos los ocasionales, y de estudiantes del Colegio Mayor. Se inició una huelga de hambre acompañada por brigadas de salud y estudiantes de medicina. Aunque la lluvia mojó cuerpos y cobijas, no logró apagar el fuego de la lucha. Ese día, el ESMAD reprime con violencia a los estudiantes en la Universidad de Córdoba. A pesar de todo, se llevó a cabo una velatón en el Parque Caldas con apoyo de estudiantes de la Universidad del Valle y de Nariño. Hubo un concierto inédito por la educación y los egresados se sumaron compartiendo memorias de lucha.
26 de octubre	Las administraciones de algunas universidades, como la Pedagógica y Tecnológica, suspendieron las clases sin consultar al movimiento, mostrando una desconexión institucional. Pero la solidaridad siguió creciendo: las subdirectivas de Sintrabecólicas donaron víveres y dinero. Los docentes ocasionales se mantuvieron activos y llegaron en marcha al campamento, aportando fuerza y donaciones. Andrés Meneses y el compañero Éxitos hablaron sobre su huelga de hambre. Desde el colegio John F. Kennedy llegaron donaciones, mensajes y presencia docente. Se realizaron talleres gráficos desde el programa de Diseño. El día estuvo marcado por expresiones culturales y críticas a la reforma tributaria de Duque, que afectaba incluso a organizaciones comunitarias. Se encendieron globos como plegarias al universo para exigir una negociación real. Pero cuando el gobierno llamó a una mesa, los estudiantes denunciaron su carácter simbólico y sin voluntad política. La mesa se rompió. Desde la plaza se exigió la creación de un gran frente nacional por la educación pública. También se explicó a la comunidad qué era el SUE (Sistema Universitario Estatal) y su importancia para el país.
27 de octubre	Ya en el quinto día del campamento universitario, las dinámicas de autogestión estaban consolidadas: rancheros organizaban las comidas y se realizaban asambleas informativas con puntualidad. Docentes de Ciencia Política proyectaron el corto “Salsa, rock y política”. Se discutió sobre las luchas estudiantiles en Madrid y se resaltó el valor de las tomas simbólicas de espacios públicos. En la noche, una velada de punk llamada “Nos falta tu carpa” abrió micrófonos a las expresiones artísticas de todos y todas.
28 de octubre	El día inició con una mañana deportiva: torneo de fútbol y actividades de baile. En la tarde, se trabajó por facultades en la construcción del pliego de exigencias locales. La Red de Padres publicó un comunicado en respaldo al paro. Se fortaleció la comisión de la olla ubicada en la Facultad de Artes y se reactivaron formalmente las comisiones: derechos humanos, seguridad, salud, comunicaciones, logística, alimentación, académica y pedagógica. La organización se volvió táctica de resistencia.
29 de octubre	Continuó la construcción del pliego local. Se realizaron talleres de caricatura, proyecciones documentales y presentaciones musicales. El sindicato del SENA se pronunció en apoyo. Se ofreció una capacitación de primeros auxilios al equipo de seguridad y comenzó a visibilizarse la interculturalidad: el baile de saya y el acompañamiento del Cabildo y

Palenque Universitario, mostraron que la lucha era también una fiesta de los pueblos.

30 de octubre	En la mañana, en asamblea se socializó avances del pliego local. Comenzaron a circular comunicados falsos sobre un supuesto retorno a clases el 31, lo cual provocó más movilización. ASOINCA se hizo presente en el campamento, elaborando carteles para la gran marcha. Se recibió el primer llamado serio a negociación por parte del gobierno, pero la desconfianza prevalecía. La poesía volvió al campamento, esta vez con sabor afro. Óscar Salazar, egresado de la Unicauca, docente y líder campesino, se pronunció sobre la mercantilización de la educación. Se compartieron videos sobre el Manifiesto de Córdoba y el movimiento chileno. También se llevó a cabo la primera reunión para construir una propuesta de género para el campamento y el pliego.
31 de octubre	La movilización se transformó en un carnaval político: una gran marcha de disfraces inundó las calles. El jurado fue el “Gato”, personaje querido y recordado por la Unicauca. Docentes ocasionales realizaron un performance en telas blancas, simulando cómo el gobierno enterraba a la universidad. Nuevamente, la Universidad de Córdoba fue brutalmente reprimida por el ESMAD. Se pronunció José Omar Zúñiga, líder de ASPU, cuya memoria sigue viva en cada asamblea. En la plaza, niñas y niños también fueron parte de la lucha: participaron en una piñata simbólica con la figura de un cerdo representando al presidente, y recibieron pintura y disfraces de forma gratuita. La noche cerró con música del Pacífico, que llenó de alegría, tambores y vida el corazón de la resistencia.
1 noviembre	El día inició con una asamblea estudiantil, marcada por la denuncia de un intento de sabotaje al campamento, por parte de una persona retirada de las fuerzas armadas. Sin embargo, la respuesta fue una jornada de conocimiento colectivo: charla sobre género, análisis de la Ley 30, música andina y proyección del documental <i>Fuerza y Libertad</i> . La resistencia se sostuvo desde el arte, el pensamiento crítico y el autocuidado.
2 de noviembre	Se desarrolló una asamblea triestamentaria, junto con actividades pedagógicas como juegos matemáticos, clases al aire libre y una feria del libro en el parque. Se debatió sobre agroecología, astronomía y política, mientras se realizaban eventos culturales con música andina. Estudiantes de primaria y secundaria del colegio Pequeños Sabios, manifestaron su respaldo. Una gran pancarta contestó a los discursos simplistas: “No perdemos clase, perdemos la universidad pública”. Se tomó otra facultad, completando tres espacios en resistencia. También se recibió la visita solidaria del colegio público de Buenos Aires, Cauca.
3 de noviembre	Desde Orito, Putumayo, niños y jóvenes enviaron mensajes a los huelguistas de hambre. Sarah Klinger, vocera nacional, informó sobre el bloqueo al equipo negociador a nivel nacional, así como la creación de relatores que garantizan transparencia en los diálogos. Este día, quedó claro que la lucha ya no era solo estudiantil: los sectores sociales se habían sumado. La chirimía tradicional caucana llegó al campamento, llevando el alma del pueblo a la protesta.
4 de noviembre	Nació la canción de la lucha, compuesta por estudiantes de Comunicación Social. Se fortaleció la vinculación con asociaciones de vivienda. Se llamó a quienes no participaban activamente a sumarse al proceso. Los padres de

familia enviaron saludos de aliento, mientras se denunciaban detenciones arbitrarias en la sede Santander de Quilichao.

6 de noviembre	En una jornada de pedagogía urbana, los estudiantes se subieron a los buses para conversar con la ciudadanía. Se realizaron talleres audiovisuales, plantones por la diversidad y conversatorios sobre salud pública. Augusto Velásquez —docente recordado— explicó la dimensión económica de la crisis educativa. A nivel nacional, se suspendió la mesa de negociación por falta de voluntad del gobierno.
7 de noviembre	Se desarrollaron talleres de carteles tipográficos, un acto simbólico por los estudiantes caídos y un plantón por el cumplimiento del pliego. Se realizó un “memetón” como forma creativa de resistencia. La Facultad de Ciencias de la Salud, históricamente marginada en paros por sus prácticas, emitió un comunicado de apoyo. Por primera vez, el rector dialogó públicamente en el campamento universitario.
8 de noviembre	La quinta gran marcha nacional fue una fiesta de la dignidad, con más de 15.000 personas. Se ingresó pacíficamente al terminal de transportes. Pero la jornada terminó en tragedia: la Policía y el ESMAD reprimieron con fuerza brutal. Hubo gases, heridos, ancianos y niños afectados, carpas destruidas, utensilios robados, personas detenidas. Se rompieron 16 días de resistencia en el parque. Sin embargo, desde la Facultad de Humanidades se protegió a los compañeros. Se viralizaron videos de la represión, incluso grabados por los mismos uniformados. La noche cerró con una asamblea de emergencia. Desde Argentina, el SENA, y varios sectores, se alzaron voces de apoyo.
9 de noviembre	Se emitió un comunicado del SENA. Las brigadas de salud activaron turnos 24/7. Se solicitó ropa gruesa, vinagre y leche para contrarrestar los efectos de los gases. En la Calle de Humanidades, se desarrolló una asamblea triestamentaria simbólica, con acompañamiento de la Gobernación y la Alcaldía. Un helicóptero militar sobrevoló los campus. Aun así, por la noche se hizo una velatón en el parque y se pintó una placa en aerosol: “Aquí estuvo el campamento unicaucano”.
10 de noviembre	Los estudiantes exigieron a los medios dejar de tergiversar la lucha. Se realizó una rueda de prensa y una transmisión en vivo. Se convocó a la gran caminata del Macizo hacia Bogotá. Se reorganizó el campamento en asamblea general.
11 de noviembre	Se cumplió un mes de paro. Durante la Maratón del Cauca, los corredores expresaron su apoyo. Se realizaron chequeos médicos a los caminantes. La ESAP y el Externado realizaron talleres de formación sobre financiación de la educación.
12 de noviembre	El rector visitó a los heridos del 8 de noviembre. Se documentaron los casos. Se alertó sobre amenazas a líderes estudiantiles. La Federación de Estudiantes de Perú se solidarizó. También se denunciaron llamadas intimidatorias.
13 de noviembre	Se realizó un acto reivindicatorio del uso de la capucha: “No somos vándalos, somos estudiantes”. La Alcaldía y la Gobernación incumplieron su asistencia a la mesa de negociación. La banda <i>Cálmese Banda Brava</i> ofreció un concierto gratuito en el campamento.

14 noviembre	Salió la Caminata del Macizo. Se creó un noticiero oficial del movimiento estudiantil. En el Parque Caldas, se hizo una yincana por la educación. Se tomó pacíficamente el Ministerio del Interior, donde fueron agredidos por el ESMAD. Estudiantes de colegios como Gabriela Mistral y Madre de Dios se solidarizaron. Siguieron las amenazas: se emitió una nueva alerta temprana.
15 noviembre	En la sexta movilización nacional se evidenció el respaldo comunitario. El CRIC, el SENA y otros sectores se unieron. En el Teatro Municipal, se celebró <i>Un canto por la paz y la reconciliación</i> . En otras ciudades, estudiantes fueron agredidos por policías de civil.
16 de noviembre	Se llevó a cabo la jornada <i>Pedagogía en las periferias</i> con murales en distintos barrios. En la noche, se hizo un plantón en el parque. Universidades privadas se sumaron con mensajes solidarios. Hubo un atentado contra los caminantes del Macizo. Se recibió ayuda económica de docentes de Piamonte.
17 de noviembre	Los egresados organizaron el evento <i>Siempre Unicaucano</i> . Motorizados atacaron el campamento. Se emitió un comunicado solicitando que las donaciones se hagan directamente a las facultades de Artes y Humanidades para evitar suplantaciones.
18 de noviembre	Gracias a la solidaridad popular, los caminantes del Macizo continuaron. Se convocó a asamblea extraordinaria para beneficiarios de <i>Ser Pilo Paga</i> .
19 de noviembre	Se reactivó la mesa de negociación nacional. Los estudiantes exigieron garantías y garantes. Se pidió participación de sindicatos. El artista <i>Residente</i> envió un mensaje de apoyo. También lo hicieron campesinos a través de videos.
20 de noviembre	Los caminantes del Macizo enviaron una carta abierta al presidente de la República.
21 de noviembre	Desde las 4 a.m. comenzó la <i>alborada por la educación</i> . Se desarrolló una jornada de denuncias sobre persecución y abuso de autoridad. Se logró un consenso local entre la administración universitaria y la mesa triestamentaria. La resistencia, con dignidad, seguía encendida.
22 de noviembre	Desde muy temprano, se construyó una cartografía social contrahegemónica: estudiantes mapearon, desde sus experiencias, los espacios, memorias y resistencias del paro. En la madrugada, la alborada encendió las voces y los cuerpos. Ese día, nació un árbol de Navidad especial: hecho de pupitres, luces y dignidad. Fue una metáfora viva de la educación pública: precarizada, pero iluminada por la voluntad colectiva.
23 de noviembre	La marcha de antorchas fue interrumpida por un acto de violencia: a las 5 a.m., el campamento universitario de la Facultad de Humanidades fue rodeado por policías. El ESMAD lanzó gases lacrimógenos dentro del campus e intentó derribar la puerta para desalojar. La comunidad sintió miedo, pero también resistencia. Por redes sociales se convocó ayuda, y la respuesta fue masiva: estudiantes de Unicauca y del SENA acudieron en defensa del campus. La brigada de salud solicitó insumos; los heridos eran muchos y los centros médicos no eran espacios seguros. Incluso el rector

fue sobrepasado por las fuerzas armadas. Ese día, la universidad resistió no solo el gas, sino el intento de silencio.

24 de noviembre	La pedagogía se desplazó hacia los barrios. Los estudiantes salieron a las calles y a las comunas populares a hablar sobre el paro, la crisis educativa y el derecho a soñar. Fue una lección abierta, donde las esquinas se convirtieron en aulas.
25 de noviembre	En el Día Internacional de la No Violencia contra la Mujer, los estudiantes realizaron actos pedagógicos sobre violencia de género. La lucha por la educación se cruzó con la lucha feminista. Desde Brasil, docentes enviaron saludos y respaldo al proceso de resistencia.
26 de noviembre	Se realizó el conversatorio <i>“La revolución de las mujeres es por la libertad de todos”</i> , donde se conectaron las luchas de género con las luchas educativas. Sin embargo, el ministro del Interior emitió una rueda de prensa donde calificó a los estudiantes como “perturbadores y delincuentes”. Los medios replicaron falsamente que las clases se reanudarían, pero desde el campamento se desmintió: la lucha seguía firme.
27 de noviembre	Se preparó con fuerza el Encuentro Nacional de Emergencia de Estudiantes de la Educación Superior (ENEES-E). Cartas de aliento llegaron desde la I.E. Manuel María Mosquera de Puracé, Cauca. Las niñas, niños y docentes reconocieron la importancia de quienes defendían el derecho a estudiar.
28 de noviembre	La gran marcha nacional estudiantil llenó las calles del país. En Popayán se realizaron bloqueos pedagógicos, especialmente en el SENA norte. Como medida de protección, los estudiantes comenzaron a gritar su nombre y programa en caso de represión, para que “hasta que se te broten los ojos” el país recordara quiénes eran los y las agredidas.
29 de noviembre al 1 de diciembre	Durante estos días se celebró el ENEES de Emergencia en Bogotá, convocado ante la inacción del gobierno nacional. Fue un espacio donde se redefinieron agendas, prioridades y estrategias, reafirmando que la lucha era nacional, intersectorial y diversa.
30 de noviembre	Los caminantes del Macizo regresaron a Popayán: cansados, adoloridos, pero dignos. Fueron recibidos con una jornada cultural nocturna en el campamento. Las palabras, la música y el abrazo les dieron descanso.
1 diciembre	A las primeras horas del día, una nueva alborada celebró el regreso y la continuidad de la resistencia. Comenzó la novena navideña en el campamento: una navidad en lucha, donde el pesebre fue la universidad pública herida pero viva. También se realizó un taller de pigmentos con tierra: el arte y la tierra como pedagogías de la memoria.
2 de diciembre	En el segundo día de novena, la esperanza se volvió oración y canción. Desde Suiza, llegaron mensajes de solidaridad que afirmaban que la educación gratuita y de calidad no es una utopía, sino un derecho universal. La internacionalización del apoyo confirmó que la lucha no tenía fronteras.
3 de diciembre	Durante la cumbre del Macizo en el Cauca, estudiantes participaron para visibilizar la lucha por la educación pública. El tercer día de novena se vivió entre reflexión y recogimiento, donde cada día era también un acto de resistencia espiritual.

4 de diciembre	Se celebró el cuarto día de novena, acompañado del Segundo Encuentro de Experiencias Afro, en la Universidad del Cauca. El paro se convirtió en un tejido de memorias negras, vivencias ancestrales y pedagogías insurgentes. La diversidad cultural volvió a ser fuerza de lucha.
5 de diciembre	En el quinto día de novena, los docentes se tomaron el Parque Caldas con un plantón, exigiendo que el gobierno escuchara la voz de los estudiantes. El magisterio, con su experiencia y autoridad moral, reafirmó que la lucha por la educación es también suya.
6 de diciembre	La sexta jornada de la novena coincidió con una nueva gran movilización nacional. Las calles volvieron a llenarse de pasos, tambores y consignas, con el clamor colectivo por una universidad viva, gratuita y crítica.
7 de diciembre	El séptimo día de novena se vivió bajo la denuncia. Los medios comenzaron a mostrar la verdad: imágenes, videos y testimonios que evidenciaban los abusos policiales. Lo que antes se ocultaba, ahora estallaba en la opinión pública.
11 de diciembre	Se cumplieron dos meses de paro. Sesenta días de pedagogía popular, de ollas, marchas, lágrimas y aprendizajes colectivos. Dos meses que demostraron que la universidad no estaba detenida, sino más viva que nunca.
12 de diciembre	Comenzaron los preparativos para una gran marcha nacional. En cada facultad se realizaron <i>taitapuros</i> y se cocinó manjar blanco. La mezcla de cultura, mística y lucha formó parte del ritual colectivo hacia la gran jornada del día siguiente.
13 de diciembre	La Gran Marcha Nacional comenzó a las 9 a.m. Pero desde las primeras horas del día, ya se habían emitido alertas por posibles infiltraciones. Se pidió a la comunidad vigilar y proteger la movilización. Lo que siguió fue una tragedia. El ESMAD arremetió con violencia desmedida: estudiantes fueron brutalmente agredidos. Esteban Mosquera, estudiante de Música, perdió su ojo derecho; Carlos Laso, de Derecho, sufrió graves lesiones en el rostro y quemaduras; un estudiante de Ingeniería Electrónica perdió parte de su audición y visión. Helicópteros, gases, disparos. El campus universitario se convirtió en un campo de guerra. Sin ambulancias, sin ayuda, sin respuesta de las autoridades. Las fuerzas armadas cercaron a los estudiantes y destruyeron todo a su paso. El saldo: heridos, desaparecidos, dolor, y pasillos teñidos de sangre. Pero también hubo solidaridad: los vecinos del sector salieron a rescatar, brindar primeros auxilios y ofrecer refugio. La comunidad se volvió escudo.
14 al 17 de diciembre	Pese al horror, la llama de la lucha no se apagó. Aun con el alma desgarrada, los estudiantes continuaron. Esa resistencia obligó al gobierno de Iván Duque a aumentar el presupuesto de la educación pública. Pero la victoria no fue sin costo: se pagó con ojos, huesos rotos, traumas, persecuciones. Esteban Mosquera, ya herido, habló en entrevistas. Con un parche en el rostro y la voz firme, pidió que nadie bajara la guardia. Su testimonio se volvió símbolo, su palabra semilla de nuevas resistencias.

Fuente: Elaboración Propia

6.2 La Historia Desde las Voces de sus Actores

Tabla 3. *Respuestas A La Pregunta ¿Qué Estaba Pasando En Tu Vida En 2018?*

Pregunta número 1

¿Qué estaba pasando en tu vida en 2018? (¿semestre, de qué carrera, a qué te dedicabas, de dónde provenías, hacías parte de alguna comunidad u organización?)

Entrevistado 1	Octavo semestre de Ingeniería Electrónica y Telecomunicaciones en la Universidad del Cauca, proveniente del barrio La María Occidente, sin pertenencia a organizaciones.
Entrevistado 2	Séptimo semestre de Medicina, nacido en Bogotá, miembro de la Brigada de Emergencia Estudiantil y de un colectivo de derechos humanos.
Entrevistado 3	Terminaba Licenciatura en español y Literatura; trabajaba y estudiaba en Popayán; sin pertenencia a organizaciones formales.
Entrevistado 4	Decano de Artes; facilitó talleres, espacios y recursos para el paro desde la facultad.
Entrevistado 5	Octavo semestre de Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Educación Física; no pertenecía a organizaciones, pero se vinculó espontáneamente con compañeros.
Entrevistada 6	Trabajo de grado en Ciencia Política y primeros semestres de Economía; trabajaba en una discoteca; sin organizaciones previas, aunque empezó a interesarse en DDHH.

Entrevistado 7 Abogado y docente universitario, sin pertenencia a organizaciones, pero en contacto con estudiantes movilizados.

Entrevistado 8 Séptimo semestre de Ingeniería Electrónica y Telecomunicaciones; oriundo de Ipiales (Nariño); con participación en procesos estudiantiles organizativos.

Entrevistado 9 Escribía tesis en Historia con énfasis audiovisual, trabajaba en el Archivo Central del Cauca; vinculado al fotoperiodismo.

Entrevistada 10 Segundo semestre de Administración Pública en Pasto, luego ingresó a Ciencia Política en Unicauca; hacía parte del Partido Verde en Nariño y del movimiento animalista.

Entrevistada 11 Estudiante de Maestría en Educación, coordinaba voluntariado y redes de buen trato; madre acompañante de estudiantes.

Entrevistado 12 Derecho en Unicauca, trabajaba como malabarista en semáforos para sostenerse; sin pertenencia a organizaciones.

Estas respuestas muestran un grupo profundamente diverso: estudiantes que trabajaban para sostenerse, otros con vínculos académicos más estables y algunos con experiencias organizativas previas, mientras muchos llegaron sin pertenecer a colectivos. Esa mezcla revela que el paro de 2018 se convirtió en un espacio donde personas distintas encontraron un sentido común. Esto coincide con Torres (2007), quien plantea que las experiencias colectivas permiten reconstruir comunidad a partir de la heterogeneidad. Asimismo, Freire recuerda que toda lectura del mundo nace de las condiciones concretas en que cada sujeto vive, por lo que la participación se configura como un acto político en sí mismo (Freire, 1996). A la luz de Pedagogía de la esperanza, lo vivido por los entrevistados expresa esos “sueños posibles” que surgen cuando las personas descubren

que pueden actuar y transformar su realidad junto a otros (Freire, 1992). Desde mi mirada, esta diversidad no fragmentó el movimiento, sino que le dio fuerza y sentido colectivo.

Tabla 4. *Respuestas a la pregunta ¿Cuál fue tu rol dentro del paro nacional estudiantil del 2018?*

Pregunta número 2

¿Cuál fue tu rol dentro del paro nacional estudiantil del 2018?

Entrevistado 1	Coordinó la toma de Humanidades, organizó guardias, recursos, acciones directas (graffitis, murales, chapoleo, pedagogía en buses).
Entrevistado 2	Apoyo en salud y derechos humanos, participación en asambleas y ollas comunitarias.
Entrevistado 3	Rol en cocina, economato, propaganda y comunicación.
Entrevistado 4	Facilitó espacios artísticos, talleres y apoyo logístico desde su decanatura.
Entrevistado 5	Ayudó a heridos en enfrentamientos, participó en chapoleos y guardias.
Entrevistada 6	Apoyó en diversas actividades; inició interés en DDHH.
Entrevistado 7	No participó directamente, pero acompañó a sus estudiantes desde su rol docente.
Entrevistado 8	Activo en asambleas, logística, movilización, difusión y formación política.
Entrevistado 9	Coordinó cocina en Humanidades, organizó ayudas y víveres.

Entrevistada 10 Participó en todas las actividades; hizo parte de caminata hasta Bogotá (600 km); integró comisiones de seguridad y género.

Entrevistada 11 Fundadora de la Red de Padres; acompañamiento permanente a estudiantes.

Entrevistado 12 Coordinador de la cocina; manejo de recursos y organización de alimentos.

los roles asumidos durante el paro fueron tan diversos como las trayectorias de quienes participaron: desde la cocina, la salud, las guardias y la logística, hasta la comunicación, el arte, la movilización y el acompañamiento familiar. Esa variedad confirma que la fuerza del movimiento no radicó solo en las acciones visibles, sino en la suma de trabajos cotidianos que sostuvieron la vida colectiva. Esto dialoga con Torres (2007), quien afirma que las prácticas comunitarias emergen de las capacidades que cada sujeto pone al servicio del bien común, construyendo vínculos y responsabilidades compartidas. A su vez, Freire recuerda que toda participación es un acto político porque nace del deseo de intervenir en la realidad (Freire, 1996) y que la esperanza se materializa cuando las personas descubren que su aporte, por pequeño que parezca, es parte de un sueño colectivo posible (Freire, 1992). Desde mi interpretación, el paro funcionó como un microcosmos social donde cada rol, desde preparar alimentos hasta coordinar marchas fue indispensable para sostener el proceso y darle sentido a la lucha.

Tabla 5. *¿Cuáles Son Los Principales Aprendizajes Que Dejó El Paro De 2018?*

Pregunta numero 3

¿Cuáles son los principales aprendizajes que dejó el paro de 2018?

Entrevistado 1 Respeto a la diferencia, valor de la comunidad, crítica a las

jerarquías, reflexión sobre desigualdades sociales y sobre la manipulación de masas.

Entrevistado 2	Los derechos se conquistan con lucha colectiva; la unión hace la fuerza.
Entrevistado 3	Valor de la amistad, responsabilidad colectiva, importancia de compartir.
Entrevistado 4	Convicción en el arte como herramienta transformadora de la protesta social.
Entrevistado 5	Transformación personal (de tímido a crítico y activo), comprensión de la manipulación mediática y estatal.
Entrevistada 6	Importancia de la organización, el arte y la cultura en la transformación social.
Entrevistado 7	Reconocimiento de la fuerza histórica del movimiento estudiantil.
Entrevistado 8	Unidad en la diferencia, acción colectiva, defensa práctica de la universidad pública.
Entrevistado 9	Valor del trabajo en equipo, respeto a la voz del otro, rechazo al individualismo.
Entrevistada 10	Trabajo comunitario, conciencia de falencias universitarias, importancia de DDHH, cuidado colectivo.
Entrevistada 11	Solidaridad intergeneracional, comprensión del pensamiento y entrega juvenil.
Entrevistado 12	Necesidad de valorar el rol reproductivo (cocina y cuidado),

transparencia, reglas claras y comunicación interna.

Los aprendizajes que emergen del paro de 2018 muestran que la experiencia fue, ante todo, una escuela viva: allí se cultivaron valores como la solidaridad, el trabajo colectivo, el respeto a la diferencia, el cuidado mutuo y la convicción de que los derechos se conquistan desde la acción común. Estas voces dialogan con Torres (2007), quien sostiene que las prácticas comunitarias permiten reconstruir vínculos y fortalecer identidades colectivas desde la vida compartida. A la luz de Freire, estos aprendizajes expresan la naturaleza política de toda experiencia educativa, pues es en la confrontación con la realidad donde los sujetos descubren su capacidad crítica y transformadora (Freire, 1996). Asimismo, lo vivido por los entrevistados encarna esa “esperanza activa” que Freire describe en Pedagogía de la esperanza, donde la lucha colectiva se convierte en oportunidad de crecimiento personal y de reinención del mundo posible (Freire, 1992). Desde mi mirada, el paro no solo produjo logros políticos; también formó sujetos más conscientes, críticos y comprometidos con lo común.

Tabla 6. *Respuestas a la Pregunta Cuéntame una Anécdota o Vivencia que te haya Marcado Dentro del Paro 2018.*

Pregunta numero 4

Cuéntame una anécdota o vivencia que te haya marcado dentro del paro 2018.

Entrevistado 1	Pérdida del ojo de Esteban Mosquera; también conocer a su futura esposa en el marco del paro.
Entrevistado 2	Descontrol en campamento; repartir leche y camisas por gas lacrimógeno.
Entrevistado 3	Taller de máscaras y jornadas de empapelado.

Entrevistado 4	Participar en marchas encabezadas por bandas musicales.
Entrevistado 5	Salvó a un compañero impactado por aturdidora; compromiso de ayuda.
Entrevistada 6	Cadena de mujeres en el desalojo del Parque Caldas, resistencia creativa con cuerpos.
Entrevistado 7	Ver compromiso de estudiantes.
Entrevistado 8	Asado previo al 13 de diciembre y mesa triestamentaria en la calle.
Entrevistado 9	Reparto de mercados a personas de la galería; gratitud popular.
Entrevistada 10	Caminata a Bogotá; experiencia con feministas en la Universidad del Tolima.
Entrevistada 11	Ver a estudiantes montar carpas frente a la Catedral de Popayán.
Entrevistado 12	Pollos robados en Humanidades; protocolos de cocina; solidaridad expresada en alimentos recibidos tras arremetidas.

Las vivencias compartidas muestran que el paro de 2018 fue una experiencia profundamente humana, marcada por momentos de dolor, heridos, represión, miedo, pero también por gestos de creatividad, cuidado y solidaridad, como talleres, cadenas de mujeres, ollas comunitarias o el simple acto de compartir alimentos. Esta mezcla de emociones y acciones recuerda lo que Torres (2007) plantea sobre las experiencias colectivas como territorios donde se entrelazan contradicciones y afectos, permitiendo la construcción de sentidos comunes incluso en medio de la incertidumbre. A su vez, estas anécdotas dialogan con Freire, quien sostiene que la educación política nace precisamente en esos encuentros donde las personas se descubren mutuamente como sujetos capaces de resistir y reinventar el mundo (Freire, 1996). En términos de

Pedagogía de la esperanza, lo vivido por los participantes expresa esa fuerza que surge cuando el dolor se transforma en compromiso y cuando la creatividad se convierte en un modo de defender la dignidad (Freire, 1992). Desde mi mirada, estas historias permiten comprender que el paro no fue solo protesta, sino una experiencia vital que marcó cuerpos, vínculos y horizontes de sentido.

Tabla 7. Respuesta a la pregunta *¿Desde tu perspectiva cómo evalúas el paro y tu accionar hoy en día? ¿Lo repetirías?*

Pregunta numero 5

¿Desde tu perspectiva cómo evalúas el paro y tu accionar hoy en día? ¿Lo repetirías?

Entrevistado 1	Lo repetiría; fue formativo, pero reconoce excesiva emocionalidad juvenil.
Entrevistado 2	Sí, porque la unión logra conquistas históricas.
Entrevistado 3	Crítico frente a negociaciones mal representadas; mantiene reivindicación de derechos
Entrevistado 4	Positivo, reafirma poder del arte.
Entrevistado 5	Evaluación positiva; repetiría.
Entrevistada 6	Evaluación logística y política positiva; no lo repetiría, aunque no se arrepiente.
Entrevistado 7	Positivo; replantearía la violencia.
Entrevistado 8	Evaluación positiva; lo repetiría con más madurez.
Entrevistado 9	Lo repetiría sin dudar.

Entrevistada 10 Reconoce errores en vocerías, pero logros importantes; lo repetiría mil veces.

Entrevistada 11 No repetiría; propone nuevas formas de consenso.

Entrevistado 12 Críticos frente a la falta de transparencia; no lo repetirían

Las respuestas reflejan una tensión honesta entre el orgullo por lo vivido y la necesidad de revisar críticamente los errores, las vocerías, la logística y los costos humanos del paro. Para algunos, la experiencia fue tan formativa que la repetirían sin dudar, mientras otros, aunque reconocen los aprendizajes y no se arrepienten, optarían por nuevas formas de acción colectiva. Esta coexistencia de miradas confirma lo que Torres (2007) plantea al señalar que las experiencias comunitarias deben leerse desde sus logros, pero también desde sus contradicciones, pues es allí donde se fortalecen los procesos organizativos. A su vez, esta reflexión se enlaza con Freire, quien entendía la evaluación crítica como un acto profundamente político: mirar el pasado con esperanza, pero también con responsabilidad, para reinventar las prácticas sin repetir sus límites (Freire, 1996). En el espíritu de Pedagogía de la esperanza, los entrevistados muestran que repetir no significa reproducir mecánicamente, sino recrear el camino con más madurez, diálogo y conciencia de los “sueños posibles” (Freire, 1992). Desde mi perspectiva, estas voces evidencian que el paro dejó huellas valiosas, pero también la convicción de que toda lucha debe actualizarse para responder a los desafíos de su tiempo.

Entrevista adicional

Pregunta 1. ¿Qué estaba pasando en tu vida en 2018?

Respuesta: El entrevistado cursaba octavo semestre de Derecho, su segunda carrera. Decidió dejar la docencia (profesor de historia) para enfocarse en ejercer como futuro abogado, llevando algunos casos y asesorías. Es oriundo de Popayán y afirma que proviene también de su historia y sus antepasados. Enfatiza que nunca perteneció a una comunidad u organización.

Pregunta 2. ¿Cuál fue tu rol dentro del paro nacional estudiantil del 2018?

Respuesta: Considera que su rol fue el de “uno más”, defendiendo el derecho a la educación. Destaca la igualdad que implica ser estudiante, sin jerarquías.

Pregunta 3. ¿Cuáles son los principales aprendizajes que dejó el paro de 2018?

Respuesta: El aprendizaje más importante fue la necesidad de contar con una red de apoyo para sostenerse frente a la adversidad.

Pregunta 4. Cuéntame una anécdota o vivencia que te haya marcado dentro del paro 2018.

Respuesta: El 13 de diciembre de 2018 sufrió la agresión del ESMAD, que le dejó una cicatriz permanente en el rostro. Relata las secuelas: meses de dolor, insomnio, terapias físicas y psicológicas, incluso un año entero sin recuerdos claros. Sin embargo, afirma que la cicatriz es un recordatorio que lleva con orgullo, como símbolo de resistencia.

Pregunta 5. ¿Desde tu perspectiva cómo evalúas el paro y tu accionar hoy en día? ¿Lo repetirías?

Respuesta: Evaluó el paro como un éxito total, pese a la manipulación de la memoria social en el corto plazo. Afirma que lo repetiría sin dudar, aun con todas las consecuencias que ha vivido.

El testimonio de este entrevistado revela una trayectoria profundamente marcada por la madurez académica y vital que le otorgó haber sido docente antes de volver a las aulas como estudiante de Derecho. Su participación en el paro, asumida desde la horizontalidad y la convicción de que “ser uno más” ya es un acto político, dialoga con lo que Torres (2007) plantea sobre la construcción colectiva de sentido en contextos comunitarios, donde la igualdad y la ausencia de jerarquías fortalecen los vínculos y la acción común. Sus aprendizajes, centrados en la importancia de las redes de apoyo y el sostén mutuo, coinciden con la lectura freireana de la educación como un proceso profundamente relacional y político: para Freire (1996), las personas se descubren como sujetas de la historia cuando comprenden que nadie se salva solo y que la esperanza se construye con otros. La agresión que sufrió, lejos de quebrarlo, se transformó en una marca simbólica de resistencia, lo que remite a esa “esperanza corporalizada” que Freire (1992) describe en *Pedagogía de la esperanza*, donde el dolor no paraliza, sino que impulsa nuevas formas de lucha. Desde mi interpretación, su convicción de que repetiría el paro incluso conociendo las consecuencias evidencia que, para algunos actores, la experiencia no fue solo protesta, sino un proceso de reafirmación ética y política que lo templó en sus propias palabras “como acero”, mostrando cómo la violencia estatal puede, paradójicamente, fortalecer la decisión de resistir y de seguir soñando con transformaciones posibles.

6.3 Análisis e Interpretación de la Experiencia Casos Puntuales de cómo se Vivió el Momento

Lo que comenzó como una serie de asambleas, jornadas culturales y llamados a la dignidad, se transformó progresivamente en un proceso político de construcción colectiva, intergeneracional e intersectorial que desbordó los límites tradicionales de lo estudiantil. La universidad salió de sus aulas y se expandió en la calle, en los parques, en los murales, en las cocinas comunitarias, en las noches de vigilia. El paro fue, sin exagerar, un aula sin muros. En él se aprendió haciendo, discutiendo, cocinando, marchando y cuidando. El conocimiento no se limitó al currículo formal; emergió desde el encuentro con el otro, desde la reflexión crítica, la mística, la rabia y la esperanza.

Cada día del paro fue una lección. La toma del espacio público, la construcción de campamentos, las marchas de disfraces, los conciertos, los debates, las velaciones y las novenas no fueron actividades periféricas: fueron actos pedagógicos en sí mismos. Enseñaron cómo resistir sin perder la ternura, cómo defender derechos sin reproducir las lógicas autoritarias del sistema, cómo cuidarse colectivamente ante la represión. Este proceso no solo transformó a quienes participaron, sino también a quienes lo observaron desde los márgenes. La educación popular fue el corazón palpitante de la movilización, demostrando que el saber se produce en la praxis, en la organización y en el vínculo.

Sin embargo, el costo de este aprendizaje fue alto. La represión ejercida por la fuerza pública con estudiantes mutilados, campamentos destruidos, heridos graves y actos de terror desnudó la violencia estructural que enfrentan quienes se atreven a cuestionar el orden. La criminalización del movimiento estudiantil, el silenciamiento mediático y la inoperancia institucional frente a los abusos de autoridad fueron parte del repertorio represivo del Estado. El caso de Esteban Mosquera, a quien le fue arrebatado su ojo por una granada aturdidora, disparada por el ESMAD, se convirtió en símbolo del dolor colectivo y, al mismo tiempo, de la resiliencia de una juventud que no se doblega.

En medio de este contexto, la toma del Parque Caldas se convirtió en un punto de inflexión. No fue una simple ocupación territorial, sino un acto profundamente político que

desnudó las tensiones históricas entre el poder instituido y las resistencias populares. El parque, en el corazón de la ciudad blanca, fue resignificado por estudiantes afrodescendientes, indígenas y mestizos que cocinaron, cantaron, debatieron y soñaron un país distinto. Esta irrupción en el orden simbólico incomodó a los sectores más conservadores de Popayán, a esa rancia élite que prefiere la limpieza de las fachadas al reconocimiento de la injusticia.

La respuesta fue una operación de desalojo rápida, silenciosa y violenta. Se activaron los hilos invisibles del poder local: comerciantes, medios y funcionarios municipales presionaron para que la ciudad "recuperara su normalidad", entendida como la ausencia de protesta. No solo se desmontaron carpas y ollas; se repintaron los muros, se borraron los grafitis, se silenció la memoria insurgente. Lo que estaba en disputa no era solo el espacio físico, sino el relato: Popayán no podía tolerar que su plaza principal reflejara la crisis educativa del país.

Y, sin embargo, a pesar del miedo, del frío, del hambre, del dolor y de las traiciones institucionales, el movimiento no se rindió. El paro logró su objetivo inmediato: forzar al gobierno nacional a aumentar el presupuesto para la educación pública. Pero más allá del éxito presupuestal, lo que quedó fue una semilla de politización, organización y conciencia. Una juventud más crítica, más solidaria, más despierta. El paro no solo defendió la universidad pública; la resignificó como espacio de vida, de crítica y de esperanza colectiva.

Desde esta cronología de hechos, se pueden identificar con claridad los aciertos y dificultades del proceso:

Tabla 8. *Aciertos del Proceso*

Aciertos	
Item	Descripción
Construcción de poder colectivo desde la base	Las asambleas, comisiones y decisiones conjuntas generaron legitimidad y sentido de pertenencia.

Educación popular como estrategia central	Las acciones formativas no convencionales —murales, debates, talleres, poesía— convirtieron el paro en una experiencia pedagógica viva.
Articulación intersectorial	La unión de estudiantes con docentes, trabajadores, campesinos y movimientos internacionales amplió el alcance del movimiento.
Creatividad en la acción	La fuerza expresiva del arte, la música, el humor y la estética insurgente rompió el cerco mediático y movilizó afectos.
Resistencia ante la represión	La solidaridad interna (olla común, brigadas de salud, cuidado mutuo) permitió sostener la movilización frente a la violencia.
Internacionalización del mensaje	El eco del paro cruzó fronteras y recibió apoyo desde Suiza, Argentina, Brasil y Perú, consolidando redes solidarias.

Tabla 9. *Dificultades del Proceso*

Dificultades

Represión estatal y violencia policial	La actuación del ESMAD dejó heridas físicas, emocionales y simbólicas profundas, evidenciando el autoritarismo del Estado frente a la protesta social.
Falta de garantías institucionales	El silencio de la universidad y la pasividad de las autoridades locales debilitaron el proceso.
Estigmatización mediática	La narrativa hegemónica afectó la percepción social y generó tensiones internas.
Fatiga organizativa	La duración del paro trajo agotamiento físico, emocional y logístico en muchos sectores del movimiento.

Debilidad en las estructuras de negociación	Las mesas con el gobierno carecieron de garantías, representatividad y voluntad política real.
---	--

Infiltración y vigilancia	Las amenazas, llamadas intimidatorias y seguimientos afectaron la seguridad y la confianza entre los participantes.
---------------------------	---

Esta lectura crítica de la cronología permite comprender cómo el paro fue un proceso en permanente transformación. Identificar los momentos de quiebre, de fuerza, de vulnerabilidad y de creatividad no es solo una tarea investigativa, sino también ética y política. En el relato de lo vivido se teje una memoria pedagógica que interpela al presente y siembra caminos para nuevas luchas. Como afirma Marco Raúl Mejía, “hay que aprender a leer la historia desde los pies de los que caminan, no desde los balcones del poder”.

Los paros, encuentros y asambleas que emergieron durante la movilización de 2018 en la Universidad del Cauca no fueron meros actos de protesta coyuntural, sino que funcionaron como escenarios pedagógicos donde se encarnó la educación popular como herramienta de concientización y de emancipación social. Finalmente, en *Pedagogía de la esperanza* (1992), Freire reivindica el papel del acto educativo como un acto de esperanza en la posibilidad de transformación, incluso en contextos de profunda adversidad. Así, las movilizaciones por la educación superior pública en el Cauca pueden ser leídas también como expresiones de una esperanza colectiva que, lejos de ser pasiva, se tradujo en acción organizada y en la construcción de nuevas formas de participación democrática y de lucha por los derechos sociales.

6.3.1 Otro Capítulo: Análisis de Resultados

El Paro Nacional Estudiantil de 2018 en Popayán trascendió ampliamente las reivindicaciones por mayor financiación para la educación superior. Fue, ante todo, una experiencia transformadora en la que emergió una pedagogía colectiva construida desde la

acción, el encuentro y la resistencia. Lo que inicialmente se articuló como una exigencia presupuestal, se convirtió rápidamente en un proceso de construcción social, organización comunitaria y solidaridad intergeneracional.

Cada estudiante desempeñó un papel fundamental en la estructura del paro. Desde quienes permanecieron día y noche en los campamentos, hasta quienes difundían información y organizaban actividades en sus territorios de origen, todos y todas tejieron una red de cuidado, compromiso y acción política. Como afirmó uno de los participantes: *“Aquí nadie era prescindible; todos aportábamos desde nuestras habilidades y posibilidades”*. Esta afirmación da cuenta de una lógica profundamente horizontal, en la que el protagonismo no estaba reservado a líderes visibles, sino distribuido en múltiples formas de participación.

A pesar de los obstáculos internos y de la represión estatal, la creatividad, la autogestión y la resiliencia del movimiento estudiantil marcaron un hito en la historia reciente de las luchas sociales en Colombia. En Popayán, los costos fueron altos: múltiples estudiantes heridos, detenciones arbitrarias, estigmatización mediática y una violencia policial que quedó inscrita en la memoria del movimiento. Uno de los casos más emblemáticos fue el de Esteban Mosquera, estudiante de música, quien perdió un ojo tras el impacto de un proyectil disparado por el ESMAD, hecho que sintetiza el carácter brutal de la represión ejercida contra quienes se atreven a cuestionar el orden establecido.

Las organizaciones de derechos humanos denunciaron el uso de dispositivos como el VENOM, armas de dispersión que provocan lesiones graves y permanentes. Estas agresiones reafirmaron la urgencia de preservar la memoria de quienes pusieron el cuerpo por la defensa de lo público. En este contexto, la sistematización no solo reconstruye hechos: también honra resistencias.

El legado del paro va más allá del aumento presupuestal conquistado. El proceso dejó sembrada una semilla de politización, organización y esperanza colectiva. En Popayán,

el paro permitió consolidar un movimiento estudiantil incluyente y plural, donde convergieron voces diversas: mujeres, indígenas, afropayanese, campesinos, niños y trabajadores. Esta diversidad no fue un obstáculo, sino una riqueza que fortaleció el horizonte de justicia social por el que se luchaba.

Hacia el final del año, el contexto decembrino representó un nuevo reto. La pausa académica, el desgaste físico y emocional, así como la desconexión temporal de muchos sectores, amenazaron la continuidad de la movilización. Desde la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), su presidente Diógenes Orjuela reconoció públicamente la potencia del paro estudiantil, destacando su papel en el despertar social del país. Sin embargo, también anunció que las movilizaciones se retomarían en enero de 2019, atendiendo a la coyuntura de fin de año. Aunque esta decisión generó incertidumbre y dispersión en algunos sectores, en Popayán muchos estudiantes decidieron mantenerse activos, sosteniendo el espíritu del paro con acciones simbólicas, actividades pedagógicas y asambleas permanentes.

Esta experiencia, inscrita en la memoria viva de quienes la protagonizaron, demuestra que la educación no se limita a las aulas, ni la política a los partidos. El paro fue un aula sin muros, una universidad ampliada por la calle, un territorio pedagógico donde se aprendió a resistir, a cuidar y a soñar colectivamente.

6.4 Logros Alcanzados

En esta parte del trabajo de grado se presentan otros resultados que emergen de la cotidianidad; no se pensó en ellos desde el inicio, sin embargo, fueron el valor agregado que se fue desarrollando en el proceso.

6.4.1 La Acción Comunitaria como Defensa y Protección de la Vida.

Durante el Paro Nacional Estudiantil de 2018, la vulneración de derechos humanos fue una constante en las distintas formas de expresión de las ideas colectivas. Ante la

represión estatal y el uso desmedido de la fuerza por parte del Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD), surgieron diversas formas de organización comunitaria para la defensa y el acompañamiento solidario a los manifestantes.

El éxito del paro no solo se debió a las movilizaciones masivas, sino también a la organización interna de los estudiantes; se crearon comités con roles específicos para garantizar la sostenibilidad del movimiento. Entre los espacios organizativos que emergieron en este contexto, se destacan:

6.4.1.1 La Brigada de Salud:

Fue la encargada de atender a los heridos y afectados por gases lacrimógenos y por la fuerza desmedida del Esmad; dicha brigada, nació bajo necesidades específicas, estaba en constante formación, recibía y daba capacitaciones para que los manifestantes contaran con herramientas para afrontar de mejor manera las situaciones de emergencia; los programas de la Facultad de Ciencias de la Salud brillaron en este acompañamiento, ya que los estudiantes en su gran mayoría se comprometieron con la salud de sus compañeros, atendiendo también a los compañeros que se encontraban haciendo huelga de hambre, siempre listos, alertas y prestos durante las movilizaciones.

6.4.1.2 Los Comités de Derechos Humanos:

Crearon redes de apoyo, entre los cuales estuvo asoinca y Francisco Isaías Cifuentes; si había algún suceso que lesionara a los estudiantes, las organizaciones sociales y los docentes corrían al auxilio.

Crearon redes de apoyo y denuncia ante los abusos de la fuerza pública, este comité se fortaleció y se fue formando a medida que habían ataques en contra de las movilizaciones; era fundamental que en cada marcha, acción reivindicativa y en cada momento artístico estuvieran presentes porque habían infiltraciones al movimiento, que pretendían sabotear la fuerza transformadora estudiantil y rebajar las acciones a meros

actos destructivos; los derechos humanos fueron el comité que salvó vidas, evitó detenciones y evidenció como la fuerza pública atentaba contra la vida de los estudiantes; crearon protocolos rápidos que ponían en marcha las garantías constitucionales en casos de capturas, evidenciando por medio de videos cualquier situación que pusiera en riesgo algún derecho fundamental.

6.4.1.3 Los Rancheros y las Ollas Comunitarias:

Eran el motor vivo del paro y la movilización, ya que mantenían la barriga llena de todos los estudiantes y manifestantes; gracias a la solidaridad de los habitantes de la ciudad quienes cada día llevaba alimentos, aportes económicos y elementos de cocina, nunca faltó el fogón prendido, símbolo de unión. Este comité fue tan consciente de su importancia que no solo brindaba alimentos a los estudiantes sino también a todas las personas que quisieran alimentarse de esa fuerza transformadora; se dividió en varias comisiones, una se encargaba de ir a las galerías y a diferentes puntos a recolectar alimentos buscando la solidaridad de los comerciantes y campesinos a través de la pedagogía informativa que terminaba involucrando a la comunidad en cada situación política; y la otra era la encargada de almacenar los alimentos en un espacio que se llamó el “economato”, término que se derivó de almacenar y economizar las donaciones.

6.4.1.4 Guardia Universitaria:

Este comité nace bajo la necesidad de blindar la movilización de filtros o sabotajes. Fue organizada por turnos de vigilancia para proteger la integridad de cada compañero que hacía parte del paro, se ubicaban en cada punto de apertura en el parque Caldas y en las puertas de las facultades teniendo comunicación directa y fluida con el comité de salud y derechos humanos, haciendo un engranaje comunitario que permitiera la fluidez de la comunicación en caso de que ocurriera alguna emergencia; este comité fue enriquecido y guiado en su gran mayoría por estudiantes que venían de las guardias indígenas, quienes con su saber propio compartieron sus conocimientos comunitarios y los aplicaron al paro.

Los Comités de Violencias Basadas en Género: esta fue una Iniciativa relativamente nueva en comparación con los demás espacios, surgió para abordar las problemáticas de violencia dentro y fuera del movimiento estudiantil y nacen bajo las necesidades de organización, ya que ocurrían sucesos desfavorables al interior que debían ser abordados rápidamente con una ruta bien planeada.

6.4.1.5 El Comité Pedagógico: la clave de la Concienciación Social

Uno de los espacios organizativos más importantes durante el paro en Popayán fue el Comité Pedagógico, un espacio organizativo que no obedecía a banderas políticas, ni a intereses partidistas, sino que se enfocaba en la formación y concienciación de la comunidad sobre la importancia de la movilización.

Este comité implementó una serie de estrategias para difundir el mensaje del paro con Intervenciones en espacios públicos, donde integrantes del movimiento visitaban plazas de mercado, se subían a los buses urbanos y realizaban "chapoleos" (distribución de panfletos informativos) para informar a los habitantes de la ciudad sobre las razones y motivos por los cuales estaban en paro.

Pedagógicamente se pensaron estrategias internas para mantener la llama encendida y que no hubiese participante que no supiera las razones de cada momento político, por medio de Cine-foros y clubes de lectura, se hacía una proyección con contenido social y se realizaban espacios de discusión sobre la lucha estudiantil y el contexto nacional.

Gracias a la labor del Comité Pedagógico, se logró la integración de las "Mamitas en Paro", un movimiento conformado por las madres de estudiantes, quienes jugaron un papel crucial en la movilización. Ellas brindaban leche y vinagre para aliviar los efectos de los gases lacrimógenos, organizaban la alimentación de los estudiantes, fortaleciendo y siendo el corazón del comité de alimentos y acompañaban a sus hijos en las marchas.

El trabajo del Comité Pedagógico permitió que la protesta trascendiera la educación superior y se conectara con problemáticas nacionales, como el asesinato sistemático de líderes y lideresas sociales.

Estos espacios de autogestión permitieron sostener la movilización y garantizar la seguridad de los participantes frente a la represión del Estado.

Interculturalidad y la participación de comunidades étnicas en el paro

Uno de los componentes más significativos de la movilización estudiantil de 2018 en Popayán fue la participación activa y propositiva de las comunidades indígenas y afrodescendientes dentro del espacio universitario. Estas comunidades, históricamente excluidas de los centros de decisión y representación, encontraron en el paro no solo un escenario de protesta, sino también un territorio simbólico de reivindicación y afirmación identitaria.

El Cabildo Indígena Universitario desempeñó un rol fundamental en la articulación del movimiento, aportando una mirada crítica y estructural frente a la crisis de la educación pública. Su participación no se limitó a la defensa presupuestal, sino que integró demandas relacionadas con el respeto a la vida, la autonomía territorial y la protección de los saberes ancestrales.

La denuncia del asesinato de líderes sociales y comunales se convirtió en un clamor colectivo, visibilizando la violencia sistemática que padecen los pueblos originarios en el Cauca.

A través del Comité Pedagógico, se desarrollaron actividades de reflexión política y formación crítica que incluyeron prácticas pedagógicas propias de las comunidades indígenas. La cosmovisión de líderes históricos como Quintín Lame y Juan Tama sirvió de base para enriquecer los debates, fortaleciendo un horizonte de lucha que no separa la educación de los procesos de liberación y dignidad colectiva.

La expresión artística también fue una herramienta central en esta resistencia cultural. Los llamados *Murales de la Resistencia* se convirtieron en una forma de memoria visual colectiva. A través del color, la imagen y el símbolo, el estudiantado dejó huellas visibles del proceso vivido, resignificando los muros universitarios como espacios de lucha y creación.

Por su parte, el *Palenque Universitario* —un colectivo conformado por estudiantes afrodescendientes, muchos de ellos procedentes de zonas costeras como Guapi— aportó una energía transformadora a las movilizaciones. Con danzas, música del Pacífico y expresiones culturales propias; estos estudiantes no solo denunciaron la discriminación estructural, sino que posicionaron la cultura afro como un elemento vivo dentro del movimiento estudiantil.

La inclusión de estas voces permitió que la movilización no se redujera a una demanda económica o sectorial, sino que se expandiera hacia una lucha más amplia por la justicia social, el reconocimiento de la diferencia y la construcción de una universidad realmente plural. La diversidad étnica no fue un elemento accesorio, sino uno de los pilares fundamentales que sostuvieron y dieron profundidad al paro.

6.4.2 El Arte como Grito Colectivo

Este paro no solo fue escenario de manifestaciones políticas en las calles, sino también de una profunda efervescencia cultural y creativa. Desde la educación popular, estas expresiones no son simples adornos o acompañamientos de la protesta, sino herramientas pedagógicas, lenguajes de lucha y formas de generar conciencia desde lo sensible, lo simbólico y lo colectivo.

Uno de los rasgos más significativos de esta movilización fue su dinamismo recursivo, donde la creatividad se volvió estrategia de resistencia. El arte emergió desde los comités estudiantiles, no como algo impuesto, sino como una necesidad orgánica de

comunicar, sanar y transformar. Los performances se tomaron las calles como espacios vivos de denuncia. Estudiantes personificaron escenas de represión, representaron el abandono estatal a la educación, y, con sus cuerpos pintados, en silencio o al ritmo de tambores, transformaron el asfalto en escenario de pedagogía popular.

La música también jugó un papel central. Grupos de estudiantes afrodescendientes trajeron a las marchas los ritmos del Pacífico currulaos, tamboras y alabados fusionados con letras críticas hacia el gobierno y en defensa de la universidad pública. También se escucharon canciones propias, rap político y adaptaciones de canciones populares que resignifican el mensaje, conectando con la sensibilidad de quienes observaban o participaban. La música, como memoria viva de los pueblos, sirvió para mantener la moral colectiva, generar identidad y proyectar el mensaje más allá de la academia.

El muralismo, fue otra de las formas en que la estética se convirtió en ética. Las paredes de la universidad y de los barrios cercanos se llenaron de imágenes vibrantes: retratos de líderes asesinados, frases contundentes, símbolos de rebeldía y esperanza. Estas pinturas no solo embellecieron el espacio, sino que lo resignificaron. Cada mural era un aula abierta, una conversación silenciosa pero poderosa con quienes transitaban por la ciudad. La fotografía, por su parte, documentó no solo la movilización, sino también la vida cotidiana del paro: los almuerzos comunitarios, los encuentros, los abrazos, las heridas. Las imágenes circularon ampliamente por redes sociales y medios alternativos, contrarrestando el relato oficial que criminalizaba al movimiento.

Asimismo, el uso estratégico de las redes sociales —en especial a través de la UNEES— permitió ampliar estas expresiones artísticas. Videos de performances, transmisiones en vivo de actos culturales, galerías fotográficas y campañas gráficas circularon entre miles de personas, muchas de ellas ajenas a la universidad, lo que fortaleció el vínculo entre el movimiento estudiantil y la población payanesa. Esta alianza fue

fundamental: a través del arte, la protesta dejó de ser un asunto “de estudiantes” para convertirse en una causa común por la dignidad y el derecho a la educación.

Estas prácticas expresivas no sólo fueron actos estéticos, sino profundamente pedagógicos. Desde la perspectiva freireana, el arte actuó como un mediador que generó diálogo, conciencia crítica, unidad en la diversidad y resistencia. Lejos de ser un adorno de la protesta, se convirtió en su corazón palpitante, en la voz de quienes no podían hablar, en la imagen de quienes habían sido silenciados, y en la danza de quienes se resistían a vivir de rodillas.

En este sentido, el paro no solo dejó huella política, sino también memoria cultural. Lo que quedó en las paredes, en las canciones, en los videos y en los cuerpos, constituye un archivo vivo de la lucha, que no solo cuenta lo que pasó, sino que sigue educando a quienes lo encuentran, lo ven, lo escuchan. Así, el arte se vuelve resistencia, y la resistencia, una pedagogía del pueblo.

6.4.2.1 Imágenes seleccionadas del paro nacional de 2018

Ilustración 1. *La Mesa Triestamentaria: El Poder de lo Colectivo*



Nota: la imagen muestra la mesa triestamentaria en la calle del centro de la ciudad. Tomada de: Unees Cauca

La imagen de la mesa triestamentaria resume la potencia del encuentro entre estudiantes, docentes y trabajadores unidos en un mismo propósito: defender lo público. En este círculo abierto, donde las decisiones se tomaban al calor del debate colectivo, se tejieron consensos, se confrontaron posturas y se sembró una práctica democrática que desbordaba lo institucional. Esta fue una pedagogía viva, donde el diálogo fue resistencia y la palabra se convirtió en herramienta de transformación social (Freire, 1970). Desde abajo, y con todos, logramos construir victorias que nacieron de la unidad, no de la homogeneidad, sino de la voluntad compartida de dignificar la educación.

Ilustración 2. Mujer Rebelde



Nota: la imagen muestra un cartel pegado frente a la Facultad de Humanidades

Tomada de: autoría propia

Esta imagen, pintada durante el Paro Nacional Estudiantil de 2018, muestra a una mujer de pie sobre un vehículo del ESMAD, con el rostro cubierto y un megáfono en mano. La frase “Te quiero porque tu boca sabe gritar rebeldía” convierte la voz en un acto de amor y resistencia. La mujer representa el papel clave que tuvieron muchas compañeras durante el paro: liderando, cuidando, organizando, resistiendo. Su presencia es símbolo de una rebeldía encarnada que desafía la represión estatal desde el cuerpo y la palabra.

Los colores del fondo evocan una Colombia dolida pero viva, donde la rebeldía se grita con ternura y dignidad. Como diría Paulo Freire, educar también es aprender a nombrar el mundo, y este mural lo hace desde una pedagogía de la resistencia y el afecto.

Ilustración 3. *El Peso de la Represión*



Nota: La fotografía, tomada el 13 de diciembre de 2018, muestra una montaña de cartuchos y artefactos lanzados por el ESMAD contra los estudiantes movilizados en Popayán. *Tomada de:* autoría propia

Cada cilindro metálico representa no solo un disparo, sino una decisión política de enfrentar la protesta social con violencia. El contraste era brutal: mientras el movimiento estudiantil apostaba por la palabra, el arte y la organización, el Estado respondía con fuerza militar.

Jóvenes armados con argumentos y ollas comunitarias frente a un aparato represivo entrenado para la guerra. Como lo denunció la Corte Constitucional años después, el uso desproporcionado de estas armas violó derechos fundamentales y dejó cicatrices físicas y emocionales en toda una generación.

Ilustración 4. La Sangre en los Pasillos

Nota: Esta imagen, tomada en la Facultad de Ingeniería, muestra el rastro de la represión en su forma más cruda: sangre en el suelo, insumos médicos abandonados y silencio. *Tomada de:* autoría propia

No es una escena de guerra, es una universidad pública. Allí quedaron heridos jóvenes estudiantes, muchos de ellos hijos de campesinos, indígenas y comunidades afrodescendientes, golpeados por un Estado que respondió con violencia a una exigencia legítima: el derecho a la educación.

Los pasillos que eran llenos de fórmulas, proyectos y sueños, se tiñeron de rojo. Esta fotografía interpela a la conciencia nacional: ¿cuánto cuesta una protesta? ¿Cuánto duele exigir dignidad?

Ilustración 5. *El Orden Que Lanza Piedras*

Nota: Esta fotografía capturada en Popayán durante el paro de 2018 expone una escena que desarma cualquier narrativa oficial sobre el uso legítimo de la fuerza: un agente de la Policía Nacional, con su uniforme reglamentario y casco institucional, levanta una piedra del suelo con la clara intención de usarla contra manifestantes. *Tomada de:* Unees Cauca.

La imagen, contundente y reveladora, muestra cómo la violencia simbólica y física puede partir también desde quien debería proteger. Este gesto, más que una acción aislada, revela el quiebre ético y la descomposición de las instituciones ante la protesta social.

Ilustración 6. *Esteban Canta con un Solo Ojo*

Nota: imagen símbolo de dolor estudiantil a nivel nacional. Fuente: David Arias Tatto

Este dibujo apareció pocas horas después del ataque que sufrió Esteban Mosquera el 13 de diciembre de 2018. Estudiante de música en la Universidad del Cauca, perdió un ojo por el impacto brutal de un proyectil lanzado por el ESMAD. Pero esta imagen no retrata el dolor, sino la dignidad: de su ojo brotan notas musicales y mariposas, como símbolo de arte, libertad y ternura en medio de la barbarie.

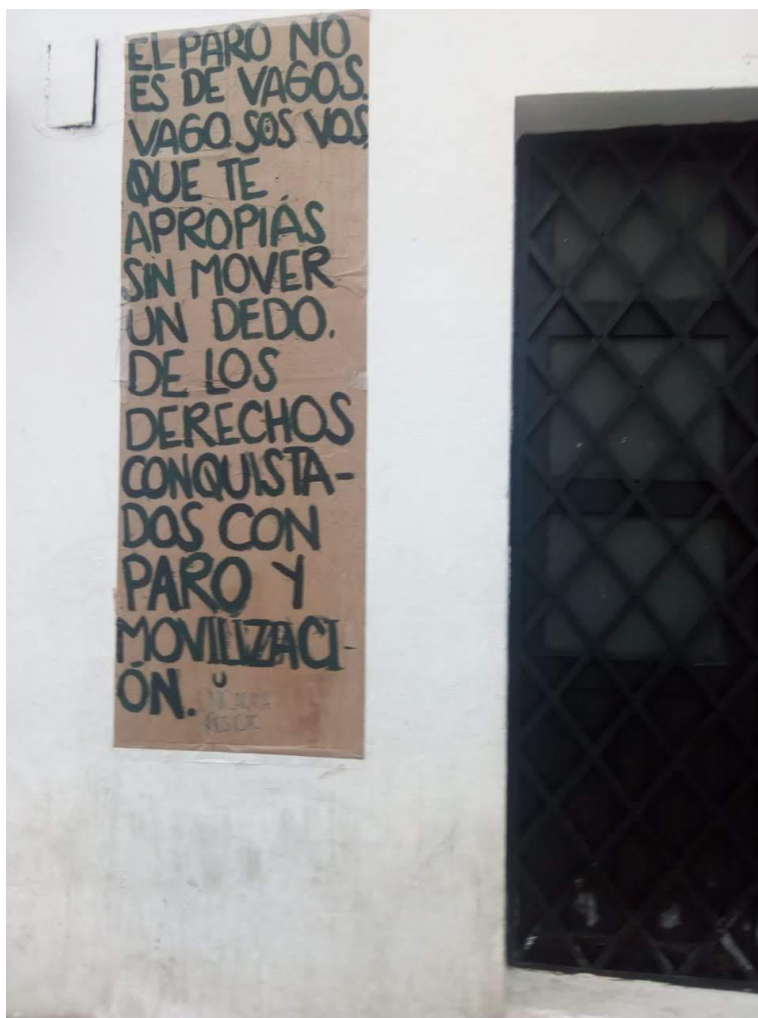
Esteban representa a una generación que no se rindió. Su rostro, marcado por la violencia estatal, nos recuerda que la esperanza también puede resistir cantando.

Ilustración 7. *Cuidar lo que se Ama*

Nota: inmortalizando el momento de cuidar lo que se ama. Fuente: Autoría Propia

Esta fotografía inmortaliza un momento de alegría colectiva durante el paro estudiantil de 2018 en la Universidad del Cauca. En ella, un grupo de estudiantes limpia y embellece la Facultad de Humanidades, convertida durante semanas en campamento y espacio de organización. Lejos de la imagen de caos o destrucción que ciertos sectores pretendieron imponer, aquí se revela la otra cara del movimiento: jóvenes que cuidan, que habitan con amor el lugar que defienden. La espuma que cae simboliza la limpieza material, pero también el deseo de renovar la historia desde la ternura, la autogestión y el compromiso con la universidad pública. Esta escena es prueba de que resistir también es abrazar y construir comunidad.

Ilustración 8. *No Somos Vagos, Somos Historia Viva*



Nota: el paro no fue de vagos. Fuente: autoría propia

Este cartel responde con claridad a uno de los estigmas más comunes contra la movilización estudiantil: el señalamiento de “vagos” por parte de sectores conservadores y medios de comunicación. Lejos de la pasividad que se les atribuye, los y las estudiantes que participaron en el paro de 2018 asumieron una acción política activa, arriesgada y profundamente comprometida. La frase escrita interpela a quienes gozan de los beneficios logrados por la lucha social sin haber aportado a ella, y reivindica que los derechos se conquistan caminando, resistiendo y organizándose. Este mensaje no solo defiende la dignidad del movimiento, sino que también denuncia la hipocresía de un sistema que desprecia la protesta, pero se beneficia de sus frutos.

Ilustración 9. Territorio, Raíces y Dignidad

Nota: El mural del campesino en la Facultad de Humanidades. Fuente: autoría propia

Este mural ubicado en la Facultad de Humanidades de la Universidad del Cauca representa con fuerza la presencia viva del campesinado dentro de la comunidad estudiantil. La figura del hombre sobre el burrito, cargando productos de la tierra y utensilios tradicionales, no es solo una escena costumbrista: es una declaración política. Nos recuerda que la universidad pública es también territorio campesino, y que muchos de los estudiantes que resistieron en el paro de 2018 vienen de hogares rurales, cargados de saberes ancestrales, de luchas silenciosas y de esperanzas sembradas en el surco. Este mural interpela la mirada urbana y elitista sobre el saber, y dignifica la memoria agraria que alimenta la universidad pública.

Ilustración 10. *La Presencia Indígena en el Paro Nacional Estudiantil de 2018*

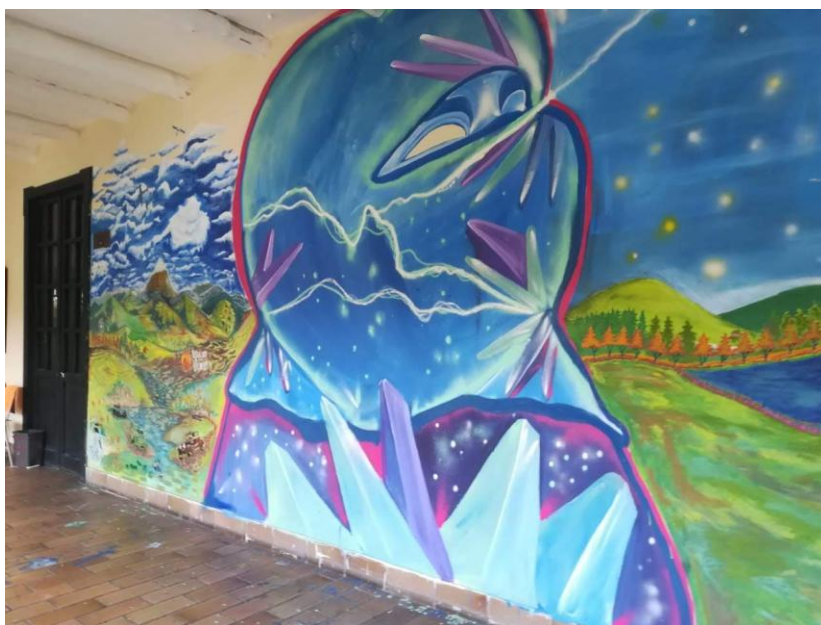


Nota: Presencia indígena paro nacional 2018. Fuente: autoría propia

Los murales recogidos durante la toma de la Facultad de Humanidades dan cuenta del profundo arraigo identitario y territorial que caracterizó la participación indígena en el paro estudiantil de 2018. Las representaciones de rostros, símbolos ancestrales y elementos de la cosmovisión indígena no fueron un adorno estético: fueron una forma de resistencia simbólica y pedagógica frente a un modelo educativo ajeno a los saberes propios. La imagen del rostro ancestral que irradia luz, por ejemplo, expresa una espiritualidad protectora que acompaña la lucha, recordándonos que la educación también es un territorio en disputa (Walsh, 2010).

Desde una perspectiva de educación popular, los pueblos indígenas han aportado no sólo cuerpos movilizados, sino sentidos, memorias, prácticas comunitarias y horizontes de vida. Su participación, documentada también en estas imágenes, reivindica una universidad pluriétnica y multicultural que supere el monoculturalismo académico. Esta propuesta crítica, sustentada en la pedagogía de la resistencia, interpela los cimientos coloniales de la institución universitaria y se alinea con lo que Freire (2005) definió como una educación problematizadora y liberadora.

Por ello, los murales no son solo expresiones artísticas; son narrativas políticas. Cada trazo, cada color, cada rostro pintado es una apuesta por el reconocimiento, por la dignidad y por la transformación estructural. La comunidad indígena no fue un actor más: fue un eje vital del proceso, articulando lucha por la financiación con lucha por el sentido mismo de la educación.

Ilustración 11. *La Capucha como Símbolo de Dignidad y Defensa*

El mural que representa una figura encapuchada, envuelta en paisajes cósmicos, montañas y ríos, nos recuerda que la capucha no es solo un objeto de ocultamiento, sino también una herramienta de defensa simbólica frente a la criminalización de la protesta. Lejos de representar violencia, este símbolo encarna la resistencia de quienes se protegen del anonimato forzado por un Estado que responde con represión en lugar de diálogo (Zibechi, 2012). La capucha, en este contexto, también es memoria de quienes se enfrentaron al poder sin más armas que su cuerpo, su palabra y su dignidad. En su interior habita la defensa de la vida, del territorio y de los sueños colectivos que se pintan en los muros como pedagogía insurgente (Mejía, 2011).

Ilustración 12. *Esteban Mosquera: Memoria Viva del Paro*

Este mural, pintado en los muros de la universidad, no solo retrata el rostro de Esteban Mosquera; plasma su fuerza, su ternura y su resistencia. Fue realizado después de que perdiera su ojo durante la represión estatal del 13 de diciembre de 2018. Esteban, estudiante de música, se convirtió en símbolo de dignidad, de juventud que no se rinde, de la lucha de los hijos de campesinos, indígenas y afrodescendientes que se atrevieron a decir “no más”. Su sonrisa, inmortalizada en la pared, no es una despedida: es un recordatorio de que seguimos. Porque mientras haya memoria, hay lucha.

6.4.3 Reflexión final de las fotografías:

6.4.3.1 la memoria como territorio de lucha

Cada imagen aquí recopilada no es solo una prueba material del paro estudiantil de 2018, sino un grito detenido en el tiempo. Desde los cartuchos del ESMAD que cubrían el suelo como metralla de guerra, hasta las sonrisas de estudiantes limpiando con amor su facultad, todas hablan del contraste brutal entre la violencia institucional y la dignidad popular. Estas imágenes narran, sin palabras, una historia que incomoda: la del uso desmedido de la fuerza contra jóvenes que solo pedían lo justo.

Los murales, cargados de simbología indígena, campesina y afrodescendiente, nos recuerdan que en las universidades también habita la Colombia profunda. Que el conocimiento no solo se construye desde la academia, sino desde la historia de nuestros pueblos. En cada trazo de estos muros palpita la defensa del territorio, del agua, de la vida digna, y de una educación que no excluya.

Esteban Mosquera, retratado con amor por sus compañeros, se convirtió en un símbolo que duele y al mismo tiempo inspira. Su rostro y su música sobreviven como testimonio de un país que le teme a sus jóvenes cuando se organizan, pero que también encuentra en ellos la esperanza.

No fue un paro de vagos, como se decía desde sectores conservadores. Fue un paro de soñadores. De hijos e hijas del pueblo que, a pesar de la represión, la estigmatización y el cansancio, apostaron por un país distinto. Estas imágenes son huellas de resistencia, memoria y creación colectiva. Al mirarlas, comprendemos que el paro no solo fue una coyuntura, sino una pedagogía viva, una experiencia de transformación que sigue latiendo en nuestras luchas actuales.

7 La Violencia Estatal y la Respuesta Comunitaria

El 13 de diciembre de 2018 no fue un día más en la historia de la Universidad del Cauca. Fue el cierre de un ciclo de 63 días de movilización estudiantil, una jornada que recogía el cansancio, la esperanza, la fuerza colectiva y la claridad de que luchar por la educación pública era también luchar por la vida digna. Ese día, como en otras tantas ocasiones a lo largo del paro, las calles de Popayán se llenaron de voces jóvenes, tambores, pancartas y pasos decididos. La convocatoria era una última marcha antes del cierre de año, un acto de dignidad para reafirmar que la lucha no había sido en vano.

Sin embargo, la jornada estuvo atravesada por la violencia institucional. La presencia del Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD) se tradujo en represión, miedo y heridos. En la Facultad de Ingenierías, uno de los escenarios centrales de la protesta, la arremetida policial alcanzó niveles alarmantes. Allí, en medio del humo de los gases y los gritos de auxilio, ocurrió uno de los hechos más dolorosos de esta movilización: el estudiante de música Esteban Mosquera fue herido de gravedad y perdió un ojo a causa del impacto de un proyectil disparado por el ESMAD.

Esteban, joven, artista, soñador, se convirtió desde ese instante en símbolo de la lucha estudiantil. Su rostro vendado, su fuerza inquebrantable y su decisión de seguir caminando al lado de sus compañeros y compañeras fue, y sigue siendo, una lección viva de coraje. Su historia traspasó los muros de la universidad y resonó en todo el país, interpelando a una sociedad que no puede seguir siendo indiferente frente a la violencia del Estado contra quienes sueñan y luchan.

La respuesta comunitaria fue inmediata y profundamente conmovedora. Habitantes de los barrios cercanos a la universidad salieron a las calles, no con piedras ni escudos, sino con sus cuerpos y su voz. Se organizaron corredores humanitarios, donde madres, padres, vecinos y vecinas alzaron libros, cuadernos y lápices como escudos de paz, protegiendo a los estudiantes del avance brutal de los uniformados. Esa imagen —libros

frente a escudos, cuadernos frente a cascos— quedó grabada en la memoria de una generación que aprendió que la solidaridad es un acto pedagógico y político.

Desde la perspectiva de la educación popular, estos hechos revelan que la universidad no es un espacio aislado de su contexto, sino que es territorio en disputa, lugar de encuentro, conflicto y esperanza. La represión no logró frenar la organización. Al contrario, fortaleció la conciencia colectiva, generó vínculos con las comunidades y reafirmó la necesidad de defender la universidad como bien común. El dolor se transformó en acción, y la rabia en propuesta.

A pesar de los intentos sistemáticos por silenciar la protesta, el movimiento estudiantil logró incidir en el escenario nacional. Como resultado de las negociaciones y la presión social, el gobierno se comprometió al desembolso de 6,2 billones de pesos para las universidades públicas, lo que permitió enfrentar el grave déficit presupuestal acumulado durante años. No fue una victoria total, pero sí una conquista importante que demostró la potencia de la organización estudiantil cuando se articula desde la base, con claridad política y sentido de comunidad.

Esta jornada, como muchas otras que marcaron el paro del 2018, es parte de una memoria viva, tejida en el andar colectivo, en la pedagogía del ejemplo, en el grito que se vuelve consigna y en la palabra que se convierte en mural. La historia de Esteban, de los barrios solidarios, de las madres con libros en alto, es también la historia de una universidad que no se rinde, que sigue soñando, cantando y luchando por una educación popular, pública y transformadora.

Una de las heridas más visibles que dejó el Paro Nacional Estudiantil de 2018 fue la marcada violencia institucional desplegada por el Estado contra quienes se movilizaban. En el caso de Popayán, los testimonios sobre el uso indiscriminado de armas menos letales, como el dispositivo VENOM, se multiplicaron. El VENOM, un lanzador múltiple de proyectiles de gas lacrimógeno, fue utilizado por el Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD)

en contextos de protesta pacífica, provocando lesiones graves e incluso mutilaciones, como el caso emblemático del estudiante Esteban Mosquera.

Durante las jornadas de movilización, múltiples organizaciones sociales, plataformas de derechos humanos y estudiantes documentaron los efectos de este dispositivo. Las imágenes y registros provenientes de ciudades como Popayán, Bogotá, Cali y Medellín evidenciaron que el uso del VENOM no respondía a criterios de proporcionalidad ni necesidad, tal como lo exige el derecho internacional humanitario y el derecho constitucional colombiano.

Fruto de estas denuncias, la Corte Constitucional de Colombia emitió la Sentencia C-093 de 2023, en la que declaró inconstitucional el uso del dispositivo VENOM en contextos de protesta social, al considerar que vulnera derechos fundamentales como la integridad personal, la libre expresión y la protesta pacífica. En su fallo, la Corte argumentó que “el uso de dispositivos diseñados para la guerra no puede trasladarse a escenarios de deliberación democrática y expresión ciudadana como lo son las movilizaciones sociales”.

Este pronunciamiento no ocurrió en el vacío. Fue el resultado de años de denuncia constante, del dolor y construcción de memoria. El paro de 2018, por su magnitud, continuidad y nivel de represión, fue una pieza clave en este proceso. El testimonio de víctimas como Esteban Mosquera, las campañas en redes sociales, los informes de ONG’s y las audiencias públicas ante la Corte, fueron escenarios donde se tejió la resistencia jurídica y simbólica frente a la violencia estatal.

El reconocimiento de la inconstitucionalidad del VENOM es un triunfo parcial, pero significativo, de los movimientos sociales. No borra el dolor, pero reivindica el derecho a manifestarse sin miedo. Este capítulo busca dejar constancia de cómo una experiencia de resistencia, sostenida con dignidad por cientos de jóvenes en Popayán, logró impactar el ordenamiento jurídico del país, resignificando la lucha por la vida, la palabra y la educación como pilares de una democracia real.

8 Aprendizajes para Continuar el Camino:

El paro nacional de 2018 no fue simplemente una protesta académica, ni una irrupción momentánea del calendario institucional. Fue, ante todo, una experiencia profundamente humana, cargada de sentidos, afectos, luchas colectivas y aprendizajes que marcaron una generación entera de jóvenes, docentes y trabajadores que decidieron alzar su voz por la defensa de la educación pública. Analizar lo vivido requiere ir más allá del recuento cronológico: exige atender a las emociones, a los cuerpos en resistencia, a las contradicciones, a los miedos y a las esperanzas que poblaron esos días de lucha intensa. Desde la mirada de la educación popular, este paro se erige como una experiencia pedagógica profunda, donde el aula se trasladó a la calle y la teoría se encarnó en la práctica comunitaria.

El testimonio de quienes vivieron el paro desde adentro revela que se trató de una lucha en la que se formaron sujetos políticos. No se trató únicamente de exigir un presupuesto, sino de repensar el sentido mismo de la universidad: ¿al servicio de quién está? ¿quiénes tienen derecho a ella? ¿qué significa una educación emancipadora? La vivencia de habitar el espacio público, de dormir en los campus, de organizar ollas comunitarias, de participar en asambleas maratónicas, fue en sí misma un proceso educativo. Se aprendió a convivir, a debatir, a organizarse, a cuidarse mutuamente. La solidaridad dejó de ser un concepto abstracto para convertirse en comida compartida, en brigadas de salud, en resguardo frente a los gases, en abrazos cuando el miedo era más fuerte que las consignas.

Uno de los elementos más potentes de esta experiencia fue la resignificación del espacio. El parque Caldas, las facultades tomadas, las calles marchadas una y otra vez, se transformaron en territorios pedagógicos, en escenarios de encuentro y creación política. Los cuerpos jóvenes, históricamente excluidos de la toma de decisiones, ocuparon esos espacios para disputar sentido. La marcha no fue solo desplazamiento físico, fue también

un movimiento simbólico, una irrupción del orden, una forma de decir "estamos aquí y no nos vamos a ir".

Pero también hubo dolor. El paro fue una experiencia de profundo aprendizaje, pero también de desgaste. Las detenciones arbitrarias, las golpizas, la pérdida del ojo de Esteban Mosquera, las persecuciones, el miedo latente de ser señalado por participar. La represión no solo dejó huellas físicas, sino también emocionales. Muchos testimonios hablan de la zozobra, de la ansiedad, de la sensación de impotencia frente a la fuerza brutal del Estado. En este contexto, la educación popular ofrece herramientas para comprender estas experiencias no solo como hechos aislados, sino como parte de una estructura de poder que criminaliza la protesta y que teme a una ciudadanía organizada y consciente.

La resistencia fue intergeneracional. No solo los estudiantes, también docentes, egresados, padres de familia, niños, niñas, artistas, campesinos y sectores populares. La movilización logró conectar a la universidad con el territorio, romper los muros simbólicos que muchas veces la separan de su entorno. Ese fue uno de los mayores logros del paro: demostrar que la universidad pública no es solo un espacio académico, sino un bien común que pertenece a todos los pueblos. En este sentido, el paro fue una experiencia de educación popular porque permitió el diálogo horizontal, el aprendizaje colectivo, el reconocimiento del otro como igual.

El uso de la capucha como herramienta de lucha, la conformación de brigadas, los talleres de género, las velaciones, los taitapuros, la creación de canciones, las proyecciones de cine y los debates espontáneos en las plazas públicas, son todas expresiones de una pedagogía viva, encarnada, sentida. No se trató de un currículo formal, sino de una formación integral que toca la conciencia y la sensibilidad. En palabras de uno de los testimonios: "yo aquí aprendí lo que no aprendí en cinco años de clase". Ese aprendizaje no cabe en diplomas, pero transforma a las personas y las comunidades.

Las contradicciones también fueron parte del proceso. No siempre fue fácil ponerse de acuerdo, hubo tensiones entre facultades, entre visiones políticas, entre formas de organizarse. Algunas personas sintieron que no eran escuchadas, otras que sus propuestas eran descartadas. Estas tensiones, lejos de ser fallas, son parte constitutiva de un proceso auténticamente democrático. En la educación popular, el conflicto no se niega, se asume como motor del cambio y como oportunidad para crecer.

Al mirar en retrospectiva, es inevitable sentir orgullo y también dolor. La experiencia del paro nos mostró que otra universidad es posible, pero que su construcción implica costos humanos, políticos y emocionales. El cuerpo puesto en la calle no es solo símbolo de lucha, también es testimonio del sacrificio que implica sostener una causa justa frente a un Estado sordo y represivo. La educación popular, en este contexto, no es solo una metodología pedagógica, es una ética de vida, una apuesta por la dignidad, por la construcción de un mundo donde todos y todas podamos aprender, vivir y luchar en libertad.

Fue una experiencia de formación política desde abajo, una escuela de vida que reafirma el papel transformador de la educación popular. No fue perfecta, no fue fácil, pero fue profundamente humana. Y en esa humanidad, en esa mezcla de rabia y esperanza, de cansancio y convicción, de miedo y ternura, está la semilla de las transformaciones que siguen por venir. Porque como dijeron tantas veces los estudiantes en las calles: "volveremos, y seremos miles".

9 Referencias

- Barthes, R. (2003). La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía. Paidós.
- Brunner Ried, J. J. (2009). Educación superior en América Latina: cambios y desafíos. Fondo de Cultura Económica.
- Cellard, A. (1999). La investigación cualitativa: enfoques epistemológicos y metodológicos. Universidad de Quebec/Universidad de Antioquia.

Congreso de la República. (1991). Constitución Política de Colombia. Constitución Colombia.

<https://www.constitucioncolombia.com/>

Congreso de la República. (n.d.). Ley 30 de 1992 por la cual se organiza el servicio público de la Educación Superior.

<https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=231>

Corte Constitucional de Colombia. (n.d.). Sentencia C-093 de 2023.

Corte Constitucional de Colombia. (n.d.). Sentencia C-376 de 2010.

<https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2010/C-376-10.htm>

Corte Constitucional de Colombia. (n.d.). Sentencia T-168 de 2005.

<https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2005/T-168-05.htm>

Corte Constitucional de Colombia. (n.d.). Sentencia T-729 de 2017.

<https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2017/t-729-17.htm>

Denzin, N. K., & Lincoln, Y. S. (2012). The SAGE handbook of qualitative research (4th ed.). SAGE Publications.

Fals Borda, O. (1986). Conocimiento y poder popular. Editorial Carlos Valencia.

Flick, U. (2007). Introducción a la investigación cualitativa. Ediciones Morata.

Freire, P. (1970). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Editores.

Freire, P. (1997). Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa. Siglo XXI Editores.

Freire, P. (2005). La naturaleza política de la educación. Siglo XXI Editores.

Gentili, P. (2011). Pedagogía de la desigualdad: crítica al neoliberalismo y la construcción de alternativa. CLACSO.

Giroux, H. A. (2016). La universidad en ruinas. Ediciones Akal.

Gispert, E. Í., & Cullen, C. (2009). Políticas públicas y democratización del conocimiento. Ministerio de Educación de la Nación, Argentina.

Gramsci, A. (1971). Cuadernos de la cárcel. Ediciones Era.

Guber, R. (2011). La etnografía. Método, campo y reflexividad. Siglo XXI Editores.

- Jara, C. C. (2005). *Sistematización de experiencias educativas: guía para su elaboración*. Universidad de Los Lagos.
- Jara Holliday, O. (2013). *Para sistematizar experiencias*. Ediciones Alforja.
- Jara Holliday, O. (2017). *La sistematización de experiencias: práctica y teoría para otros mundos posibles*. Instituto de Investigación y Capacitación Pedagógica.
- Jara Holliday, O. (2018). *Hacer visible lo invisible: aportes de la sistematización a la transformación social*. CEAAL.
- Korol, C. (2014). *Pedagogía de la ternura y de la rebeldía*. Editorial América Libre.
- Krueger, R. A., & Casey, M. A. (2015). *Focus groups: A practical guide for applied research* (5th ed.). SAGE Publications.
- Kvale, S., & Brinkmann, S. (2009). *InterViews: Learning the craft of qualitative research interviewing*. SAGE Publications.
- Ley 30 de diciembre 28 de 1992. (n.d.). SNIES. Retrieved May 14, 2025, from https://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-86437_Archivo_pdf.pdf
- Mejía, M. R. (2008). *Educación para la esperanza desde una pedagogía de la memoria*. En L. Vargas & L. Astorga.
- Mejía, M. R. (2013). *Educación popular y pedagogía crítica: caminos convergentes*. CEAAL.
- Mejía Jiménez, M. R. (2013). *Pedagogías de las ausencias y pedagogías de las presencias*. Instituto Paulo Freire.
- Mejía Jiménez, M. R. (2014). *Educación para la vida: educación popular, pedagogía crítica y construcción de paz*. Fundación Educación y Cultura Popular.
- Núñez Hurtado, C. (2007). *Educación popular: entre la utopía y la realidad*. Educación y Ciudad.
- Organización de los Estados Americanos (OEA). (2025). *Funciones y atribuciones de la CIDH*. <https://www.oas.org/es/cidh/mandato/Basicos/convencion.asp>
- Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos. (n.d.). OHCHR. Retrieved July 25, 2025, from <https://www.ohchr.org/es/instruments-mechanisms/instruments/international-covenant-civil-and-political-rights>

Rozo, V. (2019, diciembre 11). Asesinato a líderes sociales en Colombia en 2018: una estimación de la magnitud del problema (tabla 1). Dejusticia.

<https://www.dejusticia.org/publication/asesinato-a-lideres-sociales-en-colombia-en-2018-una-estimacion-de-la-magnitud-del-problema/>

Semana. (2018, octubre 10). Paro estudiantil: las universidades públicas, cortas de recursos.

Semana. <https://www.semana.com/educacion/articulo/la-explicacion-del-paro-estudiantil-del-10-de-octubre/586227/>

Stake, R. E. (1995). The art of case study research. SAGE Publications.

Taylor, S. J. (1990). Introducción a los métodos cualitativos de investigación: la búsqueda de significados. Paidós.

Torres, R. M. (2009). La educación en políticas públicas: hacia una agenda alternativa. UNESCO-OREALC.

Vasilachis de Gialdino, M. C. (2009). Estrategias de investigación cualitativa. Gedisa.

Zibechi, R. (2007). Autonomías y emancipaciones: América Latina en movimiento. Ediciones Desde Abajo.

Zibechi, R. (2012). Territorios en resistencia: Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas. Editorial Lavaca.